

**Editorial**

**Hombre Espiritual**

"La alegría de la fidelidad"

Reflexiones sobre la esperanza Sacerdotal

Reflexiones sobre la alegría Sacerdotal

Espiritualidad Sacerdotal

**Hombre de Iglesia**

Latinoamérica: "Iglesia de la Pascua"

**Cultor de la amistad**

Soledad y Amistad Sacerdotal

Perfil Sacerdotal del Cardenal Eduardo Francisco Pironio

Carta a Monseñor Lucio Gera, con motivo de su jubileo Sacerdotal

Un sabio y un amigo

**Enamorado de la Pascua**

Testamento Espiritual

Los tres Testamentos de Pablo VI

Homilía en la misa por el Cardenal Eduardo Pironio

**Recensiones**

**Crónica**

**Noticias**

## EDITORIAL

---

*«...¡Magnificat! Agradezco al Señor por mi sacerdocio. Me he sentido extraordinariamente feliz de ser sacerdote y quisiera transmitir esta alegría profunda a los jóvenes de hoy, como mi mejor testamento y herencia...» (Card. Eduardo F. Pironio, Testamento Espiritual)*

Este breve pero significativo párrafo del Testamento Espiritual del Cardenal Eduardo Francisco Pironio, nos ha inspirado al preparar este nuevo número de *Pastores*.

Para quienes hacemos la revista, como para tantos otros miembros del Pueblo de Dios, la muerte del querido Cardenal Pironio, su Pascua, ha sido la última gran lección de vida que el Señor ha querido regalarnos a través de este «*servidor bueno y fiel*» que ya ha pasado a participar del gozo de su Señor. Su figura pastoral ha sido y será evocada en distintos ámbitos de la Iglesia. Seguramente cada uno rescatará alguno de los muchos aspectos que ofrece su rica trayectoria eclesial. Nosotros queremos hacer este sencillo aporte desde la propio de nuestra publicación: el Cardenal Pironio y los sacerdotes.

Cuando comenzamos con nuestra publicación inmediatamente pensamos en pedirle su colaboración. Su respuesta no se hizo esperar: «...*Con mucho gusto acepto colaborar porque es un tema que me llega al alma. Siento la alegría de ser sacerdote. Hablo mucho de la fidelidad de Dios en la vida del sacerdote y de la alegría de nuestra fidelidad como respuesta al amor de Dios. Con motivo de mis 50 años de sacerdote y 30 de obispo quisiera volver a retomar el tema de la alegría de ser sacerdote, por consiguiente la alegría de la fidelidad. Procuraré hacerles llegar cuanto antes lo que me piden. Recen para que tenga tiempo y el Señor me inspire lo mejor para mis queridos hermanos sacerdotes...*» (carta del 25/6/94). Fruto de aquella inspiración fue el artículo «La alegría de la fidelidad» que publicamos en el N° 1 y volvemos a publicar en este número.

El afecto y la preocupación del Cardenal por los sacerdotes no era algo nuevo. En aquella misma carta nos contaba: «*Cuando en 1954 estuve en Roma y participé en la canonización de San Pio X junto al cuerpo incorrupto del Santo, apenas canonizado, hice como una especie de promesa de dedicar mi vida a los sacerdotes. Ahora que estoy casi llegando al final, quiero ser fiel también a esta promesa...*»

De la fidelidad del Cardenal a esta promesa pueden dar testimonio muchos que recibieron su palabra cálida y orientadora, sus gestos de paternidad y compromiso, su predicación sencilla y profunda (como el Evangelio), su servicio pastoral generoso. También sus escritos nos hablan del espacio que ocupaba en su corazón sacerdotal el «pastoreo de los pastores». Por ello hemos querido recuperar para las actuales generaciones algunos de los muchos artículos escritos por el Cardenal Pironio sobre el sacerdocio, ya desde sus primeros años de ministerio presbiteral. Hemos acudido a las «Notas de Pastoral Jocista», publicación que en la década del 50 alimentó la formación permanente de muchos de nuestros hermanos mayores. Desde entonces Pironio ha venido siendo referente de varias generaciones sacerdotales.

El fue ante todo un «**hombre espiritual**», en el sentido más hondo y abarcativo de la expresión. Un hombre del Espíritu; lleno y -por lo tanto- dócil al Espíritu. Y así entendía él la identidad sacerdotal. Esta docilidad es la que le permitió anticiparse, de algún modo, al Concilio Vaticano II y plasmar posteriormente con valentía y lucidez sus riquísimo magisterio. Sus reflexiones sobre «el sacerdote y la esperanza» y sobre «la alegría sacerdotal» cobran una notable actualidad, a pesar de haber sido escritas hace más de cuarenta años. Lo mismo su artículo sobre «Espiritualidad sacerdotal», escrito en el difícil período postconciliar.

De esta nota fundante de su identidad, el ser hombre espiritual, queremos destacar tres características que nos aproximan a su perfil humano, cristiano y sacerdotal.

Pironio fue un «**hombre de Iglesia**». Afirmarlo parece una obviedad; sin embargo no lo es tanto si precisamos en qué sentido entendemos su eclesialidad: vivió para ella, sufrió por ella, gozó con ella. Le tocó sufrir la soledad y la incompreensión de los que encarnan el Evangelio y dejan insatisfechos a los integristas de cualquier signo; como el discípulo, que no puede ser mayor que el Maestro, también conoció la envidia, los celos, la persecución. Por ello nos conmueve la grandeza de su espíritu cuando en su Testamento nos dice: *«Agradezco el Señor el privilegio de su cruz. Me siento felicísimo de haber sufrido mucho. Sólo me duele no haber sufrido bien y no haber saboreado siempre en el silencio mi cruz. Deseo que, al menos ahora, mi cruz comience a ser luminosa y fecunda. Que nadie se sienta culpable de haberme hecho sufrir, porque han sido instrumento providencial de un Padre que me amó mucho. Yo sí pido perdón, con toda mi alma, porque hice sufrir a tantos...»* Fue un hombre de Iglesia porque entendió su ministerio en ella y para ella. Por eso nos pareció oportuno publicar su modo de entender la Iglesia, desde su singular encarnación en América Latina: «Iglesia de la Pascua».

Pironio fue un «**cultor de la amistad**». Como hombre espiritual en ella pregustaba al Amigo y gozaba de su presencia en los amigos. La amistad recibida y ofrecida a todos. De allí su constante invitación a cultivar la amistad sacerdotal, lo que él supo hacer desde joven. De esta disposición de su alma nos hablan su reflexión sobre «Amistad y soledad sacerdotal» y su carta al P. Lucio Gera, con motivo de su jubileo sacerdotal.

Finalmente, su docilidad al Espíritu le hizo un «**enamorado de la Pascua**». Su recurrente referencia a este tema era la lógica actitud de quien ha descubierto la sabiduría del Evangelio, según la cual muy pocas cosas, o más bien una sola es necesaria. Por ello su actitud frente a la muerte, la propia y la de los otros. Su Testamento Espiritual y su comentario al Testamento Espiritual de Pablo VI son una formidable lección de vida, frente al misterio de la muerte. Lección que se enriquece con la homilía del P. Lucio Gera en una de las misas celebradas en la Catedral de Buenos Aires, durante las exequias del Cardenal.

Seguramente se podrían decir muchas cosas más. Ojalá estas páginas basten para acercarnos a quien alguien ha llamado la «figura más importante de la Iglesia en la Argentina» en la segunda mitad del siglo XX. Más allá de toda categorización, creemos que es justo dar gracias a Dios por el don que nos ha hecho en la persona del Cardenal Eduardo Pironio. En él hemos podido reconocer una vida en plenitud humana y cristiana, hemos

admirado la belleza de nuestra vocación sacerdotal y -contagiados por su espíritu- hemos querido ser un poco más fieles.

Cuando se terminaba la compaginación de este número de «*Pastores*», dedicado al Cardenal Pironio, nos enteramos de la muerte del Cardenal Antonio Quarracino, su «amigo del alma». Por ello incluimos en nuestra páginas la semblanza que hiciera en la Basílica de Luján el mismo Card. Quarracino, al cumplirse los cincuenta años de sacerdocio del Card. Pironio y su homilía en la misa exequial, el día 12 de febrero. Quiera Dios reunir en el cielo a estos dos amigos, compañeros en los desvelos y en las alegrías del servicio pastoral.

La Pascua recientemente celebrada, y actualizada en cada Eucaristía, nos ayude a releer el significado de las vidas de estos padres y «hermanos mayores» en la fe y el ministerio. A todos nuestros lectores un sincero deseo de paz, alegría y esperanza en el Señor Resucitado.

## *Hombre espiritual*

### «LA ALEGRÍA DE LA FIDELIDAD»<sup>1</sup>

---

«*Feliz de ti por haber creído*» (Lc 1, 45)

«*Felices los que escuchan la Palabra de Dios y la practican*» (Lc 11, 28)

#### I

Con motivo de mis 50 años de sacerdocio he hablado mucho del peso del amor de Dios («pondus meum, amor meus») y de la alegría de ser sacerdote. He sentido necesidad de gritarlo sobre todo a los jóvenes, a los sacerdotes jóvenes o a los sacerdotes no tan jóvenes pero en dificultad. Quiero ahora explicar un poco más el sentido de mis palabras. Pero quiero hacerlo a modo de simples apuntes o reflexiones que nacen de una larga experiencia sacerdotal. No pretenden ser una «teología de la fidelidad» (de Dios, ante todo, y luego del sacerdote), sino que es un modo sencillo de prolongar mi Magnificat sacerdotal.

Desde mi ordenación he dedicado gran parte de mi ministerio a los sacerdotes: a su formación inicial en el Seminario y a su formación permanente en escritos, conferencias y cursos. Recuerdo con gratitud y cariño mis años de profesor en Mercedes y mi tiempo privilegiado de Rector en Villa Devoto. ¡Cuánta oración y silencio compartido, cuánta cruz gustada, cuánta esperanza madurada! El Señor me concedió la gracia de trabajar con grandes sacerdotes (algunos de ellos ya muertos) y de peregrinar con ellos por algunas Diócesis y seminarios del país. Se trataba de una especie de cursos itinerantes de formación permanente donde siempre me reservaban el tema de la espiritualidad sacerdotal. En 1954 estaba yo en Roma cuando, a fines de mayo, canonizaron a Pío X. Recuerdo que durante la larga procesión a pie, desde San Pedro a Santa María la Mayor, acompañando el cuerpo del nuevo Santo, recé constantemente por los sacerdotes y le prometí a San Pío X vivir mi sacerdocio amando muy especialmente a los sacerdotes y trabajando por ellos y con ellos.

No sé si lo he cumplido bien, pero he intentado hacerlo y eso constituye una de mis alegrías más hondas. Porque es como compartir la alegría de mi propio sacerdocio, que es el sacerdocio de Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote. Me siento sumamente feliz cuando el Señor me concede la gracia –no tan frecuente en mi ministerio actual– de ordenar un sacerdote. Es un momento central en la gozosa paternidad de un Obispo.

#### II

Pero quiero volver al tema propuesto: *la alegría de la fidelidad*. «*Dios es fiel*» (cf. 2 Tm 2, 13). Al terminar su primera carta a los Tesalonicenses, el Apóstol Pablo los saluda augurándoles: «*Que el Dios de la paz los santifique plenamente, para que ustedes se conserven irreprochables en todo su ser –espíritu, alma y cuerpo– hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. El que los llama es fiel, y así lo hará*» (1 Ts 5, 23-24). Es importante tener conciencia de la inquebrantable fidelidad de Dios en nuestra vida sacerdotal. Dios es perpetuamente fiel. La esencia de Dios es la fidelidad: «*Yo soy el que soy*», dice a Moisés (Ex 3, 14), es decir: «*Yo soy el que siempre está contigo*». Por eso Jesús se autodefine «*Yo soy*» (Jn 8, 28). Y es él el que nos elige, nos consagra y nos envía: «*No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero*» (Jn 15, 16). Son palabras que nos

---

<sup>1</sup> De Pastores n. 1, diciembre 1994.

comprometen, pero al mismo tiempo nos dan serenidad y coraje. Valdría la pena recordarlas en particulares momentos de dificultad o desaliento. Y meditarlas desde el comienzo «*Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes*» (Jn 15, 9). «*Como el Padre me envió a mí, yo también los envió a ustedes*» (Jn 20, 21). La vocación es fruto del amor; es importante conservar en la vida la experiencia de este amor con que Jesús nos llama y se compromete. ¿Es que fui yo quien elegí este camino? ¿O es Alguien que lo recorrió primero, me «*miró con amor*» (Mc 10, 21) y me invitó a seguirlo radicalmente dejándolo todo y cargando cotidianamente su propia cruz que ahora se ha hecho adorablemente también mía (cf. Lc 9, 23-24)? Hay veces (y ahora es lamentablemente frecuente) en que nos puede entrar la duda: «¿Y si fui yo el que me equivoqué?», «¿si fui yo el que elegí un camino que no era para mí?». Yo creo que es una falta de confianza en la inquebrantable fidelidad de Dios o una falta de coraje en mantener nuestra palabra empeñada y nuestro compromiso definitivamente contraído. Me parece que es una manera fácil de olvidarnos de nuestra alianza con Dios y con los hombres. San Pablo nos recuerda que «*si somos infieles, él es fiel, porque no puede renegar de sí mismo*» (2 Tm 2, 13). Esto tiene que asegurar y confirmar nuestra fidelidad. Yo no quiero acusar superficialmente a mis hermanos (sobre todo, a sacerdotes jóvenes) que, por un motivo o por otro, han entrado en crisis profundas y dolorosas (a veces la culpa la tenemos nosotros mismos porque los hemos dejado lamentablemente solos). Sólo quiero ofrecerles mi amistad y mi oración, y recordarles que Dios es irremediabilmente fiel.

### III

En nuestra vida sacerdotal hay personas y cosas que ayudan a mantener viva la conciencia de la fidelidad a Dios: la familia, los amigos, la comunidad eclesial. En mi caso personal ha influido mucho mi familia, cristiana y numerosa. Me hizo bien su sencillez y su amor al trabajo. Un clima de oración y confianza en Dios que nos envolvía. Los amigos, particularmente los sacerdotes, han sido un regalo de Dios en mi vida. Siempre he sentido necesidad de sacerdotes amigos y he experimentado el amor de Dios en su presencia; su cercanía espiritual ha sido para mí una exigencia de fidelidad. Es más lo que yo he recibido de mis amigos que lo que haya podido darles yo. Por eso he hablado tanto de «la alegría de la amistad». En definitiva, es una experiencia continuada del día de nuestra ordenación: «*Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre*» (Jn 15, 15). Creo que es el don más grande en nuestra vida sacerdotal: la cercanía espiritual de los amigos. Pero, para tenerlos, hay que ser verdaderamente pobres y sencillos. Solo los pobres son capaces de abrirse, con humildad y gratitud, al don de los amigos. Los que se creen algo, quedan irremediabilmente solos. Otra circunstancia que nos ayuda a percibir y gozar la fidelidad de Dios es la propia comunidad eclesial a la que servimos. En ella se nos manifiesta y comunica el amor de Dios que nos exige y reconforta. Pero esto supone en nosotros una serena y constante voluntad de servicio: la edificación de una verdadera comunidad eclesial exige una capacidad de donación total. Entonces nos sentimos libres y felices. ¡Cómo nos ayuda a ser fieles la gozosa respuesta de una comunidad eclesial que nos siente sus «servidores» y constructores y «presidentes» de su comunión!

### IV

¿Cómo hacer para experimentar la alegría de la fidelidad?

**a-** Ante todo, la oración. Hace falta amar el desierto, la soledad, la contemplación. La vida del sacerdote supone momentos y espacios de silencio profundo, donde solo se perciba la Palabra de Dios y se experimente la acción del Espíritu Santo. Una oración y un silencio compartido, algunas veces, con otros sacerdotes. El sacerdote va descubriendo en la oración la alegría de ser amigo de Dios para los hombres; al mismo tiempo va gustando la alegría de ser, no solo hombre de oración, sino sobre todo «maestro de oración». Particularmente los jóvenes sienten la necesidad de acercarse al sacerdote para pedirle: «*enséñanos a orar*» (Lc 11, 1). Yo no creo que haya «fórmulas» para aprender o enseñar a orar. Hay ciertamente métodos que pueden ayudarnos a entrar en los secretos de la oración; pero en definitiva la oración supone la experiencia y cercanía del padre y del amigo («*yo los llamo amigos*», Jn 15, 15). Cuando Jesús intenta responder a la inquietud de sus discípulos les habla del «Padre» y del «amigo»: «*Cuando oren, digan: Padre...*» (Lc 11, 2) y luego añade: «*Supongamos que alguno de ustedes tiene un amigo y recurre a él a medianoche para decirle: "Amigo, ... etc."*» (cf. Lc 11, 5-6). Lo que más impresionaba a los discípulos era la actitud orante de Jesús. De hecho, San Lucas comienza así el relato de la enseñanza del Padrenuestro y de las exigencias de la oración: «*Un día, Jesús estaba orando en cierto lugar...*» (Lc 11, 1). Pienso que todos los sacerdotes han tenido esta experiencia: «¿Padre, cómo hace usted para orar?» o «¿cómo es su modo de orar?». Nos resulta difícil (al menos para mí) transmitir «fórmulas» o «recetas». Debiera ser más fácil vivir esta experiencia de los primeros discípulos de Jesús: «*Maestro, ¿dónde vives?*» «*Vengan y lo verán*», les dijo Jesús. «*Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día*» (Jn 1, 38-39).

**b-** Una segunda actitud para experimentar la alegría de la fidelidad, es la pobreza: porque el Señor se revela y comunica a los pobres. Pero a los pobres de veras, como María («*mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador, porque él miró con bondad la pequeñez de su servidora*», Lc 1, 47-48). Dios hace maravillas en los pobres, en los humildes, en los sencillos. «*Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo y dijo: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido"*» (Lc 10, 21). La pobreza verdadera nos pone en total dependencia, apertura y abandono, con respecto a Dios. Uno siente la alegría de no ser nada, de no poseer nada, de no saber nada. La única sabiduría es la del pobre, la de la cruz, la del Espíritu Santo. Uno siente entonces que Dios está dentro y lo va haciendo todo: cuando predica, cuando celebra, cuando organiza. Es una pena que habiéndolo dejado todo por el Reino –casa, parientes y bienes– no hayamos logrado todavía ser verdaderamente pobres. Siempre hay algo –búsqueda de estima, de éxito, de recompensa– que impide que despeguemos, seamos libres y felices. Hay veces en que nos sentimos tan seguros de nosotros mismos, tan capaces de organizarlo todo, que perdemos la alegría que alguien nos ayude, que el Obispo nos enseñe, que Dios nos perdone. Uno es pobre de verdad cuando sabe aceptar sus límites y reconocer su pecado. Es el caso de David: «*devuélveme la alegría de tu salvación*» (Sal 50, 14).

**c-** Pero hay un momento –también un medio privilegiado– en que el sacerdote experimenta la alegría del amor de Dios y la fidelidad a su promesa: es la configuración con Cristo Sacerdote por la cruz pascual. Cristo «*se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor... Se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó...*» (Flp 2, 6-11). El Misterio Pascual –muerte y resurrección, cruz y esperanza– es esencial en la vida del sacerdote. El sacerdote «es el hombre de la Pascua»: la anuncia en su predicación, la celebra en la Eucaristía, la transparenta y comunica en su vida consagrada. Tarde o temprano –más temprano que tarde– el Señor lo visita con su

cruz. Es un signo de que va bien, de que su vida se hace transparencia de Jesús y de que su ministerio se va haciendo cada vez más fecundo. «*Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere da mucho fruto*» (Jn 12, 24). San Pablo lo entendía bien cuando escribía: «*Yo sólo me gloriaré en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo*» (Ga 6, 14). Es la alegría de sentirse privilegiadamente amado por el Padre y llamado a participar de un modo especial en la Pasión del Señor: «*Me alegro de poder sufrir por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, para bien de su Cuerpo, que es la Iglesia*» (Col 1, 24).

Por eso es absurdo pensar que hemos equivocado el camino cuando nos visita la cruz. Es el único modo de vivir plenamente nuestro sacerdocio. «Salve, oh Cruz, nuestra única esperanza», canta la Liturgia en el tiempo de la Pasión; se trata ciertamente de la Cruz adorable de Jesucristo, pero, en ella y desde ella, de nuestra propia cruz cotidiana. Hay momentos en que la cruz nos resulta particularmente pesada; ojalá que entonces no nos falte la presencia espiritual de algún amigo. Lo necesitamos todos. Lo necesitó Jesús cuando la Cruz se le hizo dolorosamente inminente: «*Llevando con él a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo: “Mi alma siente una tristeza de muerte. Quédense aquí, velando conmigo”*» (Mt 26, 37-38). Ojalá encontremos siempre, en los momentos de soledad y sufrimiento, de crisis de fe y de desaliento, una persona amiga (el Obispo, sobre todo, o algún hermano sacerdote) que nos diga: «No tengas miedo; Dios es fiel».

La cruz no hay que pedirla: es un don que el Señor nos regala el día mismo de nuestra ordenación sacerdotal cuando nos llama sus amigos (cf. Jn 15, 13-15). Es un don oculto y misterioso; hay que saberlo acoger con gratitud y alegría. Cuando se hace más fuerte y evidente, es cuando se hace más íntima y reconfortante la experiencia de la fidelidad de Dios; por eso es el momento de la alegría profunda, serena, contagiosa. Es el momento en que el sacerdote es plenamente sacerdote. Podemos estar llorando por fuera, serenos y alegres por dentro. Suelo repetir que sólo tienen derecho a ser felices aquellos que, como María, viven silenciosos al pie de la cruz; es decir, que la alegría verdadera echa sus raíces en la contemplación y la cruz.

## V

### CONCLUSIÓN

Quisiera terminar con una invitación a la esperanza. La he predicado siempre en mi largo ministerio sacerdotal. Recuerdo que cuando prediqué mi Retiro en el Vaticano (1974), Pablo VI me recibió en Audiencia el último día y me agradeció que hubiese hablado tanto de la Iglesia y del sacerdocio. «También hablé mucho sobre la esperanza», le dije y me atreví a añadir: «Santo Padre, me pareció que, así como usted nos tiene que confirmar a todos en la fe, yo tenía en estos días la misión de confirmarle a Usted en la esperanza» (eran momentos duros en la vida de Pablo VI, el Papa más marcado por la cruz en este siglo). Pablo VI me miró con sus ojos profundos y luminosos y me dijo: «Y yo se lo agradezco y lo recibo como que viene de mi misionero».

Si hay algo que hoy necesita vivir, compartir y predicar el sacerdote es la esperanza. La esperanza que hay en él (cf. 1 Pe 3, 15). El sacerdote es el hombre de la Pascua y su misión es construir comunidades pascuales, profundamente animadas por el Espíritu de Pentecostés, es decir, orantes, fraternas, misioneras. ¡Qué bien hace en la Iglesia un sacerdote que irradia serenidad interior, alegría pascual y esperanza incommovible! Es la



esperanza que se apoya en la resurrección de Jesucristo y en la fidelidad del Padre a sus promesas. Por eso escribe San Pedro: *«Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, nos hizo renacer, por la resurrección de Jesucristo, a una esperanza viva»* (1 Pe 1, 3).

Es la experiencia de la fidelidad de Dios que celebra María en el Magnificat: *«como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre»* (Lc 1, 55). El canto de María es la respuesta a la «bienaventuranza» de su prima Isabel: *«Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor»* (Lc 1, 45), es decir, «feliz por haber dicho que sí». Pero María dijo que sí cuando tuvo la experiencia del amor de Dios y de la fidelidad de su promesa: *«¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo... No temas, María, porque Dios te ha favorecido... No hay nada imposible para Dios»*. Fue, entonces, cuando María dijo: *«Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho»* (Lc 1, 26-38). *«Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros»* (Jn 1, 14), es decir el Hijo de Dios asumió en las entrañas virginales de María la fragilidad de nuestra carne y quedó consagrado por el Espíritu Santo, Sumo y Eterno Sacerdote. *«Y nosotros hemos visto su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad»*, es decir, *«pródigo en amor y fidelidad»* (Ex 34, 6).

Yo termino aquí mis sencillos «apuntes» sobre «la alegría de la fidelidad». Es la alegría de la fidelidad de Dios a sus promesas: «Dios es fiel». Es la alegría, serena y honda, del sacerdote que ha vivido siempre en la pobreza, la contemplación y la disponibilidad de María, la humilde servidora del Señor. En el corazón de María –la pobre, la contemplativa, la fiel– dejo a todos los sacerdotes que he conocido en mi vida y en mi ministerio sacerdotal. Por todos rezo y a todos repito: «No tengan miedo. Dios es fiel», y no se cansen de proclamar con la vida y la palabra «la alegría de la fidelidad».

### I

Podemos fracasar en apariencias. Pero fundamentalmente nunca fracasamos. Podemos fracasar como individuos, pero nunca como miembros de la Iglesia y del Cuerpo sacerdotal de Cristo. Puede fallar una tarea o un método, pero nunca el apostolado mismo o el sacerdocio. Todo lo hace Cristo en nosotros para la edificación de su Cuerpo.

Sin haber llegado a la plenitud del desaliento, podemos haber perdido los sacerdotes la riqueza interior y el dinamismo vital de la esperanza. ¡La alegría teológica de la esperanza! El mundo nos ha contagiado un poco su desilusión y su amargura. Vivimos un poco derrotados y trabajamos por compromiso –con Dios o con los hombres– o por inercia. Pasan los años y no hemos realizado nada serio, no hemos encontrado la forma de realizar nuestra vocación concreta, de canalizar nuestras inquietudes o de actualizar nuestros talentos.

Demasiado entregados a la acción –más por temperamento o entusiasmo que por ubicación sobrenatural–, terminamos por agotarnos física y espiritualmente, por cansarnos de la acción y por hastiarnos de nosotros mismos. La revelación progresiva de nuestra miseria y la manifestación providencial de nuestros fracasos pueden salvarnos y ubicarnos. Nuestra existencia, nuestra misión y nuestro ministerio son esencialmente sobrenaturales. La felicidad –que es el término de la esperanza– la tendremos en la medida en que realicemos con generosidad progresiva nuestro sacerdocio, en la medida en que vivamos normalmente lo sobrenatural. Ordinariamente el desaliento se origina de una impaciencia humana no lograda.

Hay un *desaliento personal* del sacerdote: ver que su palabra resbala o que su acción no transforma. Tiene la impresión de que todo lo que hace es estéril, y quisiera no hacerlo más o hacerlo de otra manera. Así va probando distintas formas de ministerio o distintos métodos de apostolado o distintas clases de predicación. No tiene paciencia de esperar la hora de Dios y no se resigna a las limitaciones normales de su miseria.

Hay también un *desaliento colectivo*: ver que la eficacia de la Iglesia es mínima en el mundo, que las estructuras temporales continúan impenetrables al Mensaje, que la ciudad de los hombres –de la técnica, del arte, de la cultura– se construye totalmente al margen de la ciudad de Dios, que los hombres acentúan su indiferencia práctica frente al misterio sobrenatural de la Iglesia, del sacerdocio, de los sacramentos. ¡Y sin embargo se multiplican los esfuerzos individuales y las organizaciones apostólicas! Surgen apóstoles laicos formidables y sacerdotes de original inquietud apostólica. Pero el mundo no se convierte.

Existe una gran tentación de desesperar. Sin embargo, estamos en la hora providencial de la esperanza. Quizá porque estamos en la hora de la angustia. El Papa ha dicho recientemente que estamos en una primavera de la historia y de la Iglesia.

### II

Esperanza no quiere decir insensibilidad, indiferencia o irrealismo. La presencia del mal en el mundo –en nosotros mismos y en los demás– no puede dejarnos insensibles. Hay angustias humanas en cierta manera legítima: sufrimientos, enfermedades, separación, muerte, sensación experimental de nuestra miseria. Lo ideal no es suprimir la sensibilidad del dolor, sino ubicarlo dentro del plan de Dios. Sobre todo, no se puede suprimir la sensibilidad frente al dolor ajeno. El sacerdote debe cargar con la angustia de todos los

demás. Por más que amemos la Cruz y la deseemos, seguirá siéndonos humanamente pesada. Para el hombre que vive en la esperanza, el dolor de la cruz será precisamente la prenda del fruto.

Tampoco puede confundirse esperanza con indiferencia. La indiferencia es una especie de negación y de vacío; la esperanza es una riqueza interior y una valoración positiva. La negación de los bienes temporales y de los valores humanos –bajo el pretexto de buscar sólo lo eterno y lo divino– es la destrucción de la esperanza. La amistad, la salud, el arte, la profesión, son medios por donde el hombre va necesariamente tendiendo al término de la esperanza. Una total indiferencia frente a los valores humanos –pongamos, frente a la amistad– puede ser una forma de perezosa evasión o de abominable egoísmo.

Finalmente, esperanza no quiere decir irrealismo. Hay gente que se empeña en querer verlo todo bien o en justificar todos los disparates que cometen las causas segundas. Eso es hacer injuria a Dios y desnaturalizar la esperanza. Una cosa es tener esperanza teologal –que espera a Dios y se apoya en Dios–, y otra tener optimismo humano (que depende del temperamento, de los días y de las cosas). No es auténtica esperanza, sino falta de realismo, creer que todas nuestras Instituciones Parroquiales marchan, que nuestra gente es santa, que nuestra Iglesia está llena de hombres, que los obreros miran con amor al sacerdote.

### III

La esperanza es siempre una tensión hacia el futuro, una liberación interior, una cierta posesión inicial que marcha hacia la consumación.

La esperanza *es una tensión serena hacia el futuro*. Por ser tensión es movimiento y lucha, actividad, superación y combate. El objeto de la esperanza es un bien futuro, posible y arduo. Es una tendencia de amor producida por la atracción del bien y por la permanente insatisfacción del sujeto. En este sentido es bueno vivir hacia el futuro; pero hacia un futuro que es ya dado inicialmente y que se va realizando en el presente.

Como toda tensión, la esperanza es algo inacabado y algo incierto. Cuando el movimiento cese –por haber entrado el hombre en la gozosa posesión del bien deseado–, cesará la esperanza (que es ahora perfección de los imperfectos). Es esencial a la esperanza un cierto grado de incertidumbre. Proviene de que el objeto de la esperanza es un bien posible, pero arduo; siempre supone una gran aventura y se corre un gran riesgo. La esperanza exige, por eso, mucha audacia sobrenatural y mucho coraje; no tiene nada que ver con la paciencia ociosa. La esperanza es una virtud de conquista; nada se opone tanto a la esperanza como la quietud pasiva o la tonta resignación o la perezosa indiferencia. La esperanza es una virtud activa; supone expectación positiva, utilización de medios, esfuerzo, superación y conquista. ¡Cuán lejos de la esperanza la inercia de ciertos cristianos que escapan al tiempo bajo pretexto de que son para la eternidad!

La esperanza *es una liberación interior*. Es un desprendimiento de los bienes temporales, pero no una negación o indiferencia. Se puede pecar contra la esperanza de dos maneras: *instalarnos en el tiempo*, perdiendo la perspectiva de la eternidad, y *evadirnos del tiempo* con una resignación pasiva y perezosa. El sacerdote que no se desprendiera de los bienes temporales y de las consideraciones humanas –viviendo adherido a las cosas, a los hombres y a sí mismo– pecaría contra la esperanza: porque la esperanza prohíbe el encadenamiento a los medios. Pero el sacerdote que negara los valores temporales –de la amistad, de la belleza, de la salud– también pecaría contra la esperanza: porque son los medios normales para conseguir el difícil bien de la esperanza. En la medida en que nos

vayamos liberando interiormente de las cosas, las poseeremos mejor en su verdadera realidad.

La esperanza *es una posesión inicial*. El hombre que espera no tiene todavía la plena posesión del bien que desea, pero tiene sus primicias. De otro modo no podría desear ni esperar. No podría haber movimiento ni tensión ni apetencia si el bien no se nos hubiera ya dado en algún modo. La esperanza teologal se refiere –como a su término final– a la plena posesión de Dios por la gloria; pero se basa en la inicial posesión de Dios por la gracia. La gracia es la vida eterna comenzada: «es la semilla del árbol que contiene virtualmente todo el árbol» (S. Tomás). Esperamos a Dios porque ya se nos ha comunicado en cierto modo. *Nosotros, los que tenemos las primicias del Espíritu, también gemimos en nuestro interior, aguardando la filiación, la redención de nuestro cuerpo (Rm 8,23)*. Ello completa la expresión de S. Juan: *Carísimos, ya ahora somos hijos de Dios (1 Jn 3, 2)*. Resumiendo esta magnífica conexión entre el don inicial y el término de la esperanza, Jesús había dicho: *El que cree en el Hijo ya tiene la vida eterna (Jn 3, 36)*.

#### IV

El objeto de la esperanza *es la vida eterna*, en toda su dimensión y en todas sus etapas. La vida eterna es verlo a Dios como Él se ve, amarlo como Él se ama, gozarlo como Él se goza. Todo ello ocurre con plenitud en el cielo; pero se participa de algún modo en la tierra por la gracia y las virtudes. Entramos desde ya en el juego de Dios. Esperar la vida eterna – en toda su amplitud– no significa sólo esperar el cielo; significa también esperar ahora, en el tiempo, la santidad con todas sus etapas y todas sus manifestaciones.

La vida eterna tiene, ante todo, una *dimensión divina*: la glorificación de la Trinidad. En la plena posesión de Dios –término de nuestra esperanza– lo que importa no es primeramente nuestra bienaventuranza, sino la gloria de la Trinidad. Esperamos ser los glorificadores de la Trinidad; también aquí en el tiempo: cualquier acción nuestra, cualquier oración, cualquier cruz, cualquier fracaso, pueden glorificar a la Trinidad.

Hay, además, una *dimensión personal*: nuestra felicidad integral. El acto esencial es la visión de la esencia divina. Pero la perfección de nuestro gozo se dará con la glorificación final de nuestro cuerpo. Allí también se dará el gozo accidental de la compañía de los amigos. Todo esto constituye el objeto de nuestra esperanza personal.

Finalmente, hay una *dimensión cósmica* de la esperanza: se refiere a la segunda venida del Señor. Desde la Ascensión la Iglesia vive –en la progresiva manifestación del Espíritu– en la ardiente espera de la Parusía. Esperamos la vuelta del Señor, la resurrección de los muertos, el reencuentro personal con los amigos, los cielos nuevos y la tierra nueva, la glorificación definitiva de Cristo y de su Iglesia. Pero esto lo vamos realizando ya en el tiempo. El advenimiento del Reino de Cristo –cuya consumación coincidirá con su Parusía– es una realidad que vamos poniendo todos los días en la historia. El sacerdote que espera no mira únicamente la etapa última y plena de la esperanza, sino también la etapa temporal y la etapa escatológica.

#### V

Se suele confundir esperanza con confianza. La confianza es sólo el motivo y el sostén de la esperanza. Tendemos hacia Dios apoyados en su gracia. Objetivamente las dificultades pueden multiplicarse y nuestra debilidad puede irse manifestando, pero nos sostiene la promesa y fidelidad divinas. Es necesaria la promesa: no podríamos desear a Dios si Dios no se nos hubiese manifestado. Dios es fiel. En el Éxodo se define a Sí mismo:

*Dios de ternura y de piedad... rico en gracia y fidelidad* (34, 6). Coincidiría con la visión del Verbo Encarnado *lleno de gracia y de fidelidad* (Jn 1, 14).

Esta promesa es especial para los Apóstoles: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*. No es una simple asistencia exterior. Tampoco es su permanencia por la Eucaristía. Es su prolongación por la acción del Espíritu: *Yo rogaré al Padre y Él os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre* (Jn 14, 16).

Lo que funda nuestra esperanza apostólica de hoy es la nueva efusión del Espíritu de Pentecostés en la Iglesia. Hay una presencia nueva del Espíritu de Verdad que forma Profetas y Doctores, del Espíritu de Fortaleza que multiplica los Testigos, del Espíritu de Amor que engendra Santos. No se multiplican los carismas en forma colectiva, como en las primeras comunidades cristianas; pero existe también hoy, quizá con más abundancia que en épocas anteriores, una efusión del Espíritu con sus carismas.

## VI

Una de las crisis de desaliento es sentirnos *solos* y no ver fructificar *nuestra* obra. Olvidamos la *dimensión social* de nuestra esperanza: somos un pueblo, una familia, un cuerpo, que espera. Nunca estamos solos, ni peregrinamos solos en la ruta: somos un pueblo en marcha hacia la eternidad.

La dimensión social de la esperanza significa dos cosas: esperar para los demás (su esperanza, su salvación y su santificación) y esperar con los demás (la glorificación final del Cuerpo de Cristo). Lo primero funda y alimenta nuestro apostolado. Lo segundo asegura nuestra victoria.

Esperamos *para los demás*: su conversión en el tiempo (cuando sea el momento de Dios) y su salvación en la eternidad; su santificación y su máxima glorificación. Todo lo que hacemos con generosidad de entrega es infaliblemente fecundo. Esta esperanza se funda en la caridad: «Presupuesta la unión de amor con otro, entonces se puede desear y esperar un bien para otro como si fuera para sí. En este sentido se puede esperar para otro la bienaventuranza eterna en cuanto se está unido a él por el amor» (S.T. 2, 2, 17, 3).

Esperamos *con los demás*: *Sois conciudadanos de los santos, de la misma familia de Dios* (Ef 2, 19). Mi felicidad depende de la glorificación del cuerpo entero. Somos un pueblo en marcha hacia la Patria. Formamos parte de un cuerpo redimido. La esperanza tiene una doble conexión histórica: con la expectativa del Antiguo Testamento (todo un pueblo, Israel, en marcha hacia Jesucristo en su primera venida) y con la expectativa del Nuevo Testamento (todo un pueblo, la Iglesia, en marcha hacia Jesucristo en su segunda venida).

Esta dimensión social o integral de la esperanza nos hace muchísimo bien. Puede flaquear a veces nuestra esperanza: pero nos sentimos alentados por todo un pueblo en marcha. Yo espero con la esperanza de todos mis hermanos. Pueden fracasar nuestros proyectos personales y nuestras obras: pero no fracasa nunca el plan de Dios y la construcción progresiva de su Reino.

La esperanza está íntimamente conectada con la alegría. «La alegría procede también de la esperanza» (2, 2, 28, 1, 2um). Como su contrario –la desesperación– está íntimamente conectada con la tristeza o desgano o depresión espiritual. «Los que viven en la tristeza fácilmente caen en la desesperación» (2, 2, 20, 4). Hay una causalidad mutua entre ambas realidades sobrenaturales: la esperanza engendra gozo y el gozo alimenta la esperanza.

Para el mundo de hoy –tan sumido en la tristeza y en el desaliento– los sacerdotes debemos ser los permanentes testigos de la alegría y de la esperanza. Lo seremos en la medida de nuestra liberación interior.

1. Tomado de «Notas de Pastoral Jocista», año XII, mayo-junio (1958), pp. 13-20.

### I

En cierto sentido la Iglesia vive en permanente estado de crucifixión. Es la condición normal de la Iglesia presente, prolongación de Cristo crucificado. Y los cristianos, que formamos la Iglesia, vivimos fundamentalmente en la Cruz. En una permanente Cuaresma que prepara la Pascua definitiva. La glorificación futura de los elegidos –de toda la Iglesia– depende de la intensidad de la crucifixión presente.

No puede acobardarnos, por eso, la virulencia de ciertos ataques externos o de determinados escándalos internos. Tenemos la seguridad del triunfo y de la permanencia.

Pero eso no quita que nos dolamos de la miseria de los hombres de la Iglesia y de la perversa voluntad de los que la hieren. «*La Iglesia está pasando momentos muy difíciles – ha dicho recientemente Pío XII– y tenemos que orar mucho para que pasen pronto*».

Este año de la Virgen tiene que ser año de oración y penitencia. Pero, también, año de inmutable serenidad y de gozosa esperanza.

### II

Hay un clima general de desaliento y de tristeza en los sacerdotes. Entre los mejores, la sensación de que «la hora de Jesús» se retarda demasiado. Pero hay síntomas evidentes «de su próxima venida». Y en cierto modo ya estamos viviendo su real presencia.

La crisis de alegría y de esperanza es general: síntoma de la época que vivimos. Para los sacerdotes esta crisis se concreta en lo siguiente:

Sensación de estar «desubicados». De no estar donde debiéramos estar y donde nos parece que podríamos rendir más y podrían desarrollarse mejor nuestros talentos. Vivimos añorando otros momentos y otros puestos. Puede ocurrir también la sensación de una desubicación más profunda e irremediable: la de nuestra propia vocación.

Sensación de haber «fracasado». Surge al cabo de algunos años de sacerdocio y se manifiesta en dos aspectos: el personal de nuestra santidad y el ministerial de nuestra tarea apostólica. Siempre insatisfechos y descontentos de nosotros mismos: o porque no hemos realizado el ideal de santidad que nos habíamos fácilmente imaginado o los planes apostólicos que habíamos soñado en el Seminario. A veces Dios permite esta sensación como una permanente Cruz de nuestro sacerdocio: que lo hace fecundo e impide que nos mediocricemos. Pero a veces es una sensación demasiado humana que termina por aplastarnos.

Impresión de «no ser comprendidos»: por nuestros Superiores o por nuestros feligreses. A veces –también en esto– Dios permite la Cruz de la incomprensión. Pero muchas veces es una impresión sensible que brota de nuestro egoísmo descontento. En todo caso la mejor oración es ésta: «que no busque yo tanto ser comprendido como comprender».

Nos parece, entonces, que vamos «quemando» nuestra juventud y nuestro sacerdocio. Y nos resignamos –porque ya no podemos volver atrás– a «arrastrarlo». Las almas buenas nos miran con lástima o se escandalizan.

Frente a esta situación, la mejor apologética es la alegría y la esperanza sacerdotales.

### III

*La alegría es fruto del amor.* El sacerdote es el hombre que ama. Se desprende de los bienes materiales, de la dicha del hogar y de sí mismo para darse. No niega las cosas ni anatematiza a los hombres: se desprende de ellos para amar con más intensidad y con más

universalidad. No es un misántropo ni un resentido ni un evadido. Es el hombre que, para estar más en el corazón de la humanidad, se eleva sobre ella, se libera y se le entrega. Sería fundamentalmente malo un sacerdocio que, bajo el pretexto de amar a Dios, negara las cosas y los hombres.

*La alegría es perfecto descanso en el Bien Sumo:* perfecta quies in optimo. El sacerdote es el hombre que ha encontrado el único Bien, lo disfruta en toda su riqueza interior y lo reparte en su palabra y en su acción.

*La alegría es fruto del Espíritu Santo (Ga 5, 22).* El sacerdote es el hombre plenamente poseído por el Espíritu Santo, permanentemente conducido por Él y que vive la inquietud de comunicarlo siempre –como Cristo– a través de su humanidad crucificada y glorificada.

Por consiguiente el sacerdote es el hombre de la alegría. Pero de la alegría austera, majestuosa e inalterable, que supone la Cruz y el recogimiento.

La alegría no es dispersión, disipación o bullicio. Eso indica el vacío interior y lo produce. Las almas dispersas o agitadas pueden ser «divertidas» (en el sentido de «apartarse» o «quebrarse») pero no alegres. La verdadera alegría va siempre precedida del silencio y lo desea.

La verdadera alegría es riqueza interior, plenitud de vida, posesión perfecta de sí mismo. Hay una exacta correspondencia entre la plenitud de la gracia y la perfección del gozo: María Santísima es, por eso, «la llena de gracia» y «la causa de nuestra alegría». También hay una exacta correspondencia entre la serenidad interior –plena posesión de sí mismo– y la alegría.

#### IV

Santo Tomás estudia la alegría como primer acto o efecto interno de la caridad (2, 2, 28). Los efectos internos son: gozo, paz, misericordia. Los efectos externos: beneficencia, limosna, corrección fraterna.

Para entender bien nuestra alegría sacerdotal –como toda alegría cristiana– conviene ubicarla dentro de este marco teológico. Entonces resulta una alegría virtuosa e inmovible. Cuando se ama a Dios con toda el alma se está siempre inmutablemente sereno y alegre. Y cuando el amor alcanza su máxima expresión, en la Cruz, entonces la alegría alcanza también su mayor intensidad. El amor madura en la Cruz y se expresa en el silencio; ahora se comprenderá mejor esta progresión: amor, cruz, recogimiento, gozo.

*Existe la alegría del Bien inmutable de Dios.* Pensamos pocas veces en ella; sin embargo es la fundamental y caracteriza el puro amor de benevolencia. «La alegría resulta del amor: o bien porque el objeto amado está presente o bien porque la persona amada posee y conserva su bien» (2, 2, 28, 1).

Nos sentimos felices porque la persona amada –en este caso Dios– lo es. «Te damos gracias por tu grande gloria». Sentimos la alegría de la Trinidad Santísima y de su vida íntima, la alegría de la Encarnación, de la Redención, de la glorificación de María Santísima, de la Comunión de los santos, etc.

Cuando predicamos sobre la felicidad del cristianismo casi siempre lo hacemos con respecto a nosotros; pocas veces con respecto a Dios mismo. Cuando hacemos un rato de adoración queremos buscar la felicidad de ser mirados y oídos por Dios; y nos duele su aparente ausencia. Pocas veces vivimos la alegría, bien honda y austera, de saber que a pesar de nuestra involuntaria insensibilidad Cristo está glorificando al Padre. Hemos perdido de vista la dimensión primera de nuestro cristianismo: movimiento hacia la Trinidad y no hacia los hombres.



*Existe también la alegría de su presencia:* «Aún en esta vida Dios está presente en los que lo aman, por medio de la gracia que lo hace inhabitar en ellos» (2, 2, 28, 1, 1um). En el orden sobrenatural cuanto más lo amamos más presente se nos hace Dios. Y el mismo amor con que lo amamos es un fruto y un signo de su presencia.

Por último *existe la alegría de la esperanza:* «La alegría procede también de la esperanza, por la cual esperamos la fruición del bien divino» (2, 2, 28, 1, 2um). Para nosotros y para los demás. No es sólo el gozo individual de una salvación personal sino la consumada esperanza de la futura glorificación de los elegidos. Es la alegría de la segunda venida del Señor. La esperanza de la Parusía que llenaba de gozo a la Iglesia primitiva: *El Señor está cerca* (Flp 4, 5).

Si la alegría es fruto del amor, la tristeza nace del egoísmo. «La tristeza mala proviene del desordenado amor de sí mismo, el cual no es un pecado especial sino la raíz general de todos los pecados» (2, 2, 28, 4, 1um).

## V

Esta alegría teologal es común a los cristianos. Como lo es la caridad de la cual procede. Pero además hay motivos especiales –que anotaremos muy rápidamente– para nuestra alegría sacerdotal:

*Alegría de la perfecta asimilación al Verbo:* de realizar plenamente la imagen de Cristo en la tierra, de asimilar su alma filial, sacerdotal y de víctima. De ser plenamente Cristo a los ojos del Padre. Por consiguiente, ser su permanente y substancial glorificación.

*Alegría de ser mediador:* de realizar la idea fundamental de la mediación sacerdotal de Cristo: hundido en la Trinidad y hundido en los hombres. De ser la síntesis de la humanidad ante el Padre. Experimentar la alegría inagotable y siempre nueva de la Liturgia: de la Misa y del Breviario.

*Alegría de ser ministro y dispensador,* es decir, instrumento vivo de la Trinidad. No sólo representante. El «ministerio» sacerdotal no es una simple legación sino una verdadera instrumentalidad viva. En la misma línea de la instrumentalidad sacramentaria y de la instrumentalidad física de la Humanidad de Cristo. Aunque en un plano de causas segundas: sólo la Trinidad es causa principal de la gracia; la Humanidad de Cristo es causa instrumental primera; los sacerdotes y los sacramentos son causa instrumental segunda. «La definición del ministro es idéntica a la del instrumento» (3, 64, 1).

*Alegría de darse siempre:* de sentir que las almas lo van devorando en la caridad y que Dios mismo lo va consumiendo en el amor. Alegría de sentir que su vida va siendo fecunda, no en la medida en que aparece y brilla, sino en la medida en que se entierra y se ofrece. Alegría de saber que somos útiles cuando el Señor nos inutiliza.

*Alegría del desprendimiento,* de la liberación: de no pertenecerse, sino pertenecer a la Iglesia y a las almas. De no ser dueño de sus cosas, de su tiempo, de su salud y de su vida.

*Alegría de la virginidad sacerdotal:* cuando la castidad es plenitud espiritual y no ausencia o represión. Es plenitud de amor y condición de verdadera paternidad. Es participación de la virginidad fecunda y luminosa del Verbo y de María Santísima.

*Alegría de saberse amado particularmente por el Padre:* porque el Padre no ama sino a Cristo. Y el sacerdote es la plena realización de Cristo.

*Alegría de la Cruz:* porque sabemos que entonces es infaliblemente fecundo nuestro ministerio. Y en la medida de la Cruz está la medida de nuestro gozo. San Ignacio Mártir escribe a los Romanos: «Oh, hermanos míos, no queráis poner obstáculos a mi felicidad, no me quitéis esta alegría».

## VI

La gran crisis de vocaciones –que tan justamente nos alarma– se debe en parte a la crisis de alegría sacerdotal. Porque no vivimos la plenitud de nuestra gracia, de nuestro ministerio y de nuestra cruz. El mundo nos ve un poco tristes y como arrepentidos de nuestro sacerdocio.

Es necesaria una reacción. La Sagrada Escritura nos incita a la alegría: «*estad siempre alegres*» (1 Ts 5, 16). Este versículo, el más breve de todos, está conectado con la oración: «*orad sin cesar*» (v. 17). Santiago Apóstol también conecta la alegría con la oración: «*¿Hay entre vosotros alguno que sufre? Haga oración*» (5, 13).

San Pablo, impresionado por la Parusía, insiste a los Filipenses: «*Alegraos en el Señor, nuevamente os lo digo: alegraos*» (4, 4). «*Porque el Señor está cerca*». Precisamente la alegría es una de las notas características de toda esta epístola. Y es precisamente la Epístola de la gran «*kénosis*» de Cristo, de su gran anonadamiento y exaltación (2, 6-11).

San Ignacio M. –el gran Obispo de Antioquía que desea «*ser triturado por los dientes de las fieras a fin de ser hallado limpio pan de Cristo*»– saluda siempre así a las Iglesias: «*A todos, muchísima, perfecta e irreprochable alegría*».

En esta hora difícil para el mundo –de la angustia, de la tristeza y del desaliento– se nos pide a los sacerdotes que vivamos con intensidad la esencia del Evangelio y que nos hundamos en un clima permanente de serenidad, de alegría y de esperanza.

No que vayan a desaparecer los problemas, los dolores y las naturales inquietudes. Pero, en medio de todo, está la ardiente exhortación de Jesús que suena como una infalible promesa: «*En el mundo tendréis que sufrir mucho; pero tened coraje: Yo he vencido al mundo*».

## NOTAS

<sup>1</sup> Son breves apuntes, no más, sobre la alegría y la esperanza sacerdotales. No un estudio profundo y detenido. Quizás algún día –si Dios nos da tiempo– valdría la pena intentarlo.

Tomado de «*Notas de Pastoral Jocista*», año XII, mayo-abril (1958), pp. 15-21.

### INTRODUCCIÓN

1. No hay más que una espiritualidad cristiana, la de realizar plenamente el Evangelio. Ello nos irá dando una progresiva transformación en Cristo por la acción santificadora del Espíritu.

No hay más que una sola vocación definitiva: la de ser santos. *Nos eligió en Él para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia (Ef 1, 4). La voluntad de Dios es que sean santos... Dios nos llamó a la santidad (1 Ts 4, 3-7). Así como Aquel que los llamó es santo, también ustedes sean santos en toda su conducta (1 Pe 1, 15).*

La espiritualidad cristiana arranca del Bautismo, supone el ahondamiento cotidiano de la gracia de adopción filial y desemboca en la perfecta similitud con Cristo en la gloria. Pero es fundamentalmente la acción del Espíritu Santo que va grabando en nosotros la imagen de Cristo *primogénito entre muchos hermanos (Rm 8, 29)*. La santidad es más tarea de Dios que del esfuerzo del hombre. Dios es el que produce en nosotros *el querer y el hacer para cumplir su designio de amor (Flp 2, 13)*.

Realizar la santidad –tender a la perfección por los caminos de la espiritualidad evangélica– es vivir en la sencillez de lo cotidiano la fe, la esperanza y la caridad. Ahí está todo. En definitiva los santos serán los que *han manifestado su fe con obras, su amor con fatigas y su esperanza en Nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia (1 Ts 1, 3)*.

Al cristiano se le exige fidelidad al Evangelio. Es decir, que viva a fondo el espíritu de las Bienaventuranzas (*Mt 5, 3 ss.*). Que ame a Dios con todo su corazón y al prójimo como a sí mismo (*Mt 22, 34 ss.*). Que esté siempre alegre y ore sin interrupción (*1 Ts 5, 16-17*). Ser verdaderamente pobre, amar la cruz y saborear el silencio de la oración, es válido para todo el mundo.

2. Pero es cierto que el sacerdote tiene un modo específico (también un camino propio) de tender a la santidad. El mismo ejercicio del ministerio sacerdotal es esencialmente santificador. «Los presbíteros conseguirán propiamente la santidad ejerciendo sincera e infatigablemente en el Espíritu de Cristo su triple función» (P. O. 13).

La particular configuración con Cristo Sacerdote le impone una manera nueva (también una exigencia nueva) de ser santo. Especialmente consagrado por el Espíritu Santo el sacerdote expresa a Cristo –lo contiene y comunica– con características propias.

Es válido para todo bautizado el grito de San Pablo: *Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Ga 2, 20)*. Pero el sacerdote lo realiza con particular intensidad. También son válidas para todo cristiano las palabras del Apóstol: *Evidentemente ustedes son una carta de Cristo (2 Co 3, 3)*. Pero el sacerdote lo es de un modo único y original.

El sacerdote dice una relación especial con Cristo como «imagen del Dios invisible», como «Servidor de Yavé», como «Buen Pastor». Eso nos marcará tres líneas fundamentales de nuestra espiritualidad sacerdotal:

- el sacerdote como «misterio de amor»;
- el sacerdote «servidor de Cristo para los hombres»;
- «la caridad pastoral»: centro y alma de nuestra espiritualidad.

3. Lo específico de la espiritualidad sacerdotal deriva de que el sacerdote es el hombre consagrado por el Espíritu Santo para hacer y presidir la comunión en la Iglesia. Es el instrumento del Espíritu, «principio de unidad en la comunión».

Ello exige una particular comunión con el Obispo, de cuya consagración y misión participa. La espiritualidad sacerdotal –como toda la Teología del presbítero– está en vinculación muy estrecha con la Teología y espiritualidad del Obispo.

Sobre todo, exige una comunión muy honda con Cristo Sacerdote y Cabeza, con el Misterio Pascual de su muerte y su resurrección. La espiritualidad del sacerdote es, de un modo muy especial, la del testigo de la Pascua. Por eso supone la cruz, la alegría y la esperanza. Por eso, también, la permanente comunicación del Espíritu de Pentecostés.

## **I - FIELES AL EVANGELIO**

4. Lo primero que nos pide el Evangelio es que seamos verdaderamente pobres. Con la radical pobreza de Nuestra Señora.

Solo así conseguiremos comprender las exigencias absolutas del Evangelio (porque el Evangelio es revelado solamente a los sencillos: *Mt 11, 25-27*) y nos animaremos a comprometer definitivamente nuestra fidelidad. De la pobreza surge la confianza (*para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible Mt 19, 26*). Y la confianza engendra la completa disponibilidad (*Lc 1, 38*).

Hemos complicado mucho las cosas. Ya no entendemos exigencias tan claras como éstas: *Sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo (Mt 5, 48)*. *El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, que cargue su cruz cada día y que me siga (Lc 9, 23-24)*. *Si tu ojo es para ti ocasión de pecado, arráncalo (Mc 9, 47)*. O si las entendemos, nos parece que son cosas irrealizables en el mundo secularizado en que vivimos. Se nos contagia la angustia y el escándalo de los discípulos: *¡Este lenguaje es muy duro! ¿Quién puede escucharlo? (Jn 6, 60)*.

En concreto podemos preguntarnos: ¿sigue siendo válido que el sacerdote es «el hombre de Dios»? ¿Qué sentido tiene su irrenunciable vocación a la santidad? ¿Cómo hablar de silencio y de oración, de anonadamiento y de cruz, de obediencia y de virginidad? Si estas cosas perdieron su sentido ya no vale nuestra vida consagrada y es absurdo nuestro oscuro ministerio.

Pero hemos de ubicarnos en una perspectiva esencialmente distinta: la perspectiva única de la fe y de la totalidad del Evangelio. No podemos reducir el Evangelio a ciertas cosas, o interpretarlo desde las cambiantes circunstancias de la historia. Al contrario: es la luz del Evangelio la que debe penetrar en los signos actuales de los tiempos.

5. El llamado de Cristo es absoluto: *Vende todo lo que tienes, ven y sígueme (Mt 19, 21)*. Exige siempre una respuesta total y definitiva: *El que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios (Lc 9, 62)*. Los Apóstoles tienen conciencia de lo absoluto del llamado y la respuesta: *Nosotros lo hemos dejado todo (Mt 19, 27)*.

En la vocación del sacerdote –como en la de los Apóstoles– se da siempre el carácter absoluto de la vocación de Abraham: *Vete de tu tierra y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré (Gn 12, 1)*.

Solo en la plenitud de la fe –la misma fe que hizo feliz a María (*Lc 1, 45*)– puede captarse lo absoluto del llamado y entrenarse en la obediencia sin preguntar demasiado: *Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba (Hb 11, 8)*.

6. Los sacerdotes hemos de ser verdaderamente pobres. Saber que el momento que nos toca vivir es muy difícil. Se nos pide todo. Pero Dios obra maravillas en las almas pobres.

Antes los hombres nos miraban con veneración y con respeto. Hoy nos miran con indiferencia o con lástima. Antes lo esperaban todo de nosotros. Hoy no les interesa el

Cristo que les ofrecemos. Surge entonces la peligrosa tentación de *falsificar la Palabra de Dios* (2 Co 4, 1), de asimilarnos a la inestabilidad del mundo (Rm 12, 2) o de presentarles un Cristo demasiado humano (Ef 4, 20): *No es éste el Cristo que ustedes han aprendido*.

No es éste el camino para salvar al hombre. Ni siquiera es el modo de llenar sus aspiraciones más profundas. En el fondo, el mundo espera de nosotros que seamos fieles a nuestra original vocación de testigos de lo Absoluto. Que no desfiguremos *el lenguaje de la cruz* (1 Co 17, 25).

Que manifestemos a Dios en la totalidad de nuestra vida. Que enseñemos a los hombres cómo es aún posible la alegría y la esperanza, la fidelidad a la palabra empeñada, la inmólación cotidiana a la voluntad del Padre y la donación generosa a los hermanos. Es decir, que les mostremos cómo para ganar la vida hay que perderla (Mt 16, 25), cómo para comprar el Reino hay que venderlo todo (Mt 13, 44-46), cómo para ser fecundo hay que enterrarse (Jn 12, 24), cómo para entrar en la gloria hay que saborear la cruz (Lc 24, 26), cómo para amar de veras hay que aprender a dar la vida por los amigos (Jn 15, 13).

No tiene sentido nuestra existencia sacerdotal sin una completa fidelidad al Evangelio. Lo cual implica silencio y soledad, anonadamiento y cruz, servicio y donación. Implica el heroísmo de dar cotidianamente la vida. Es relativamente fácil, quizás, darla en un solo momento solemne de nuestra existencia. Es más difícil consumirla en lo sencillo, en lo oculto, en la monotonía de lo diario.

7. Ser fieles al Evangelio implica esencialmente vivir y comunicar la alegría profunda del Misterio Pascual. Allí se centra el ministerio y la vida de los presbíteros. Lo anuncian con la Palabra, lo realizan en la Eucaristía, lo expresan en la totalidad de su existencia. El sacerdote es el hombre del Misterio Pascual.

Es el testigo de la Resurrección del Señor. Con todo lo que supone de cruz y de esperanza, de desprendimiento y pobreza, de anonadamiento y de muerte, de donación y de servicio, de exaltación, de fecundidad y de vida. Con todo lo que la Pascua implica de serenidad interior, de coraje y de luz. Porque la Pascua adquiere su plenitud en Pentecostés donde se nos comunica la paz, la fortaleza y la claridad del Espíritu.

Hemos de ser fieles al Evangelio. Todo sacerdote, como Pablo, es *servidor de Jesucristo, llamado para ser apóstol, y elegido para anunciar el Evangelio de Dios* (Rm 1, 1).

Esta fidelidad –hoy tan dolorosamente sacudida– nos está pidiendo a los sacerdotes esta fundamental actitud de la Virgen, Nuestra Señora: *Felices más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la practican* (Lc 11, 28).

Ahí está todo: entregarnos con generosidad a la totalidad absoluta del Evangelio. No solo en parte. Recibir en la pobreza, rumiar en el silencio, realizar en la disponibilidad, la Palabra que nos ha sido dicha. Esa misma Palabra que los hombres esperan, para ser salvos, de nuestros labios de profetas de nuestro corazón de testigos.

Dicho de otro modo más sencillo: los hombres quieren ver a Jesús en el sacerdote (Jn 12, 21). Porque, en el fondo, el clamor es siempre el mismo: *Muéstranos al Padre y eso nos basta* (Jn 14, 8).

## **II - CONSAGRADOS POR EL ESPÍRITU**

8. Recibimos en la ordenación sacerdotal el «Espíritu de santidad». Espíritu de Luz, de Fortaleza y de Amor. Espíritu de la profecía y del testimonio. Espíritu de la Pascua. Espíritu de la alegría, la paz y la esperanza. Fuimos consagrados por el Espíritu del Señor para hacer la comunión entre los hombres (Is 42, 1; 61, 1). La vida y el ministerio del sacerdote solo

tienen sentido desde una particular «consagración» y «conducción» del Espíritu como en Cristo.

Cristo ha sido ungido sacerdote, en el seno virginal de Nuestra Señora, por el Espíritu Santo (Lc 1, 35). El Espíritu lo consagró para llevar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la liberación y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos (Is 61, 1-2; Lc 4, 18-20). En la vida y el ministerio de Cristo, todo ocurre bajo la conducción del Espíritu (Lc 4, 1). Sobre todo, ocurre «por obra del Espíritu Santo» el Misterio Pascual de una sangre que se ofrece a Dios para purificarnos y darnos nueva vida (Hb 9, 14).

Si hemos de ser fieles al Evangelio –para descubrir las líneas fundamentales de una auténtica espiritualidad sacerdotal– hemos de esforzarnos por entender también las exigencias nuevas de la Iglesia y las actuales expectativas de los hombres. Siempre es el mismo Espíritu del Señor Jesús el que recrea constantemente a la Iglesia y nos habla a través de los signos de los tiempos. Por eso hay un modo nuevo de expresar a Cristo ante los hombres.

Pero lo fundamental para el sacerdote es que lo exprese. Que sea verdaderamente Cristo para la gloria del Padre y la redención de los hombres. En cierto sentido el misterio de cada sacerdote *es Cristo entre ustedes, la esperanza de la gloria* (Col 1, 27).

9. No tiene sentido nuestra vida sino en esencial relación con la consagración y misión de Cristo. Aquel, *a quien el Padre santificó y envió al mundo* (Jn 10, 36), es el que nos eligió a nosotros (Jn 15, 16), nos hizo partícipes de la unción del Espíritu y nos envió a los hombres: *Como Tú me enviaste al mundo, yo también los envío al mundo* (Jn 17, 18).

El mundo trae sus problemas. Tiene sus riquezas y sus riesgos. Lo sabe Cristo, quien previene a sus enviados: *Si el mundo los odia, sepan que antes me ha odiado a mí. Si ustedes fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya. Pero como no son del mundo, sino que yo los elegí y los saqué de él, el mundo los odia. Acuérdense de los que les dije: “el servidor no es más grande que su Señor”* (Jn 15, 18-20).

Por eso Cristo le pide al Padre que no los saque del mundo, sino que los preserve del Maligno. Sobre todo, que los consagre en la verdad (Jn 17, 15-17). La fidelidad a la Palabra es la verdad. Toda consagración exige separación, dedicación exclusiva, sacrificio.

El sacerdote está ubicado en el mundo. Lo ama y lo padece. Lo entiende, lo asume y lo redime. Pero su corazón está segregado y consagrado totalmente a Dios por el Espíritu. Su misión está dentro de los hombres y no fuera: *Ustedes son la sal de la tierra, la luz del mundo* (Mt 5, 13-14). Pero solo será auténtico testigo de la Pascua si es ungido por *la fuerza del Espíritu Santo* (Hch 1, 8). Ni la palabra del sacerdote será fuego, ni su presencia claridad de Dios, ni sus gestos comunicadores de esperanza, si el Espíritu no lo cambia interiormente en Jesucristo.

10. Lo esencial está aquí: **«Los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan marcados con un carácter especial que los configura con Cristo Sacerdote, de tal forma pueden obrar en nombre de Cristo Cabeza»** (P. O. 2).

La consagración del Espíritu nos marca de un modo definitivo. Nos cambia radicalmente en Cristo, dejándonos sin embargo la experiencia de lo frágil y la posibilidad misma del pecado (Hb 5, 2-3). El Espíritu nos da la seguridad, pero nos deja la sensación serena de lo pequeño y de lo pobre. Nos ilumina interiormente, pero nos impone la búsqueda, el estudio y la consulta. Nos robustece con su potencia sobrehumana, pero nos hace sentir la necesidad constante de los otros.

La unción del Espíritu Santo nos configura con Cristo Sacerdote. Nos da capacidad para obrar en nombre de Cristo Cabeza.

11. Todo lo de Cristo –santificado por el Espíritu– nos resulta modelo o tipo sacerdotal. Pero hay tres cosas que debemos señalar con preferencia:

□ lo **absoluto** del sacerdocio de Cristo; es decir, el carácter radical de sus relaciones con el Padre.

Cristo vino para llamar a los pecadores (*Mt 9, 13*), para buscar las ovejas perdidas de la casa de Israel (*Mt 15, 24*), para que el mundo se salve por él (*Jn 3, 17*). Por eso multiplica el pan, cura a los enfermos, resucita a los muertos. Es decir, a Cristo le interesa el hombre y sus problemas, su felicidad y liberación definitiva.

Pero, fundamentalmente, a Cristo le interesa el Padre: su gloria y su voluntad. Cristo se mueve solo en la línea de Aquel que lo ha enviado. Por eso rehuye el liderazgo político (*Jn 6, 15; 18, 36*) o el arbitraje puramente humano (*Lc 12, 13-14*).

La esfera de Cristo es exclusivamente la del Padre. De aquí la importancia esencial del silencio, la soledad y la oración. De aquí la libertad frente a los poderes temporales o a la interpretación injusta de sus actitudes. De aquí el valor absoluto de su cruz y de su muerte: *Para que conozca el mundo que yo amo al Padre (Jn 14, 31);*

□ la **universalidad del amor de Cristo**. Siente preferencia por los pobres, los enfermos, los pecadores. Pero su amor no es exclusivo. Come también con los ricos, como Zaqueo o Simón; conversa con los intelectuales, como Nicodemo; ama con predilección a Juan (*Jn 13, 23*), al joven que lo interpela (*Mc 10, 21*) y a la acogedora familia de Betania (*Jn 11, 5*). Su amor abarca la totalidad del hombre: cura las dolencias, perdona los pecados, elige a los apóstoles. Finalmente, es un amor que se da hasta el extremo (*Jn 13, 1*) y se expresa en la donación de la vida por los amigos (*Jn 15, 13*);

□ el **sentido del total desprendimiento y la pobreza**. La vive como experiencia fundamental: *Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde apoyar la cabeza (Mt 8, 20)*. Así se nos revela la generosidad de Cristo quien *siendo rico se hizo pobre por nosotros a fin de enriquecernos con su pobreza (2 Co 8, 9)*.

La proclama como condición interior para poseer el Reino: *Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos (Mt 5, 3)*. La exige, sobre todo, de los apóstoles o misioneros del Reino: *No lleven nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas (Lc 9, 3)*. Es la única forma de seguirlo y poseerlo. Para ganar a Cristo –conocerle a Él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta tener el privilegio de asemejarse a Él en su muerte– hay que perder todas las cosas y tenerlas como basura (*Flp 3, 8-11*).

Cristo exige constantemente de sus apóstoles la fe, el desprendimiento y el servicio. En una palabra: Cristo exige absolutamente todo. Una vez más: Solo quien entienda, por la fe, lo absoluto de la gracia y del pedido podrá ser capaz de entregarse con alegría. Precisamente con respecto a la virginidad dice Jesús: *No todos entienden esto, sino solamente aquellos a quienes les fue dado comprender (Mt 19, 11)*.

### III - MISTERIO DE AMOR

12. La figura del sacerdote no puede ser comprendida y aceptada sino desde la fe. De lo contrario resulta absurda su exigencia (su obediencia y su cruz, su silencio y su virginidad). Esencialmente, como Cristo, será *signo de contradicción (Lc 2, 34)*. Si pretendemos juzgarlo humanamente será siempre *escándalo y locura (1 Co 1, 23)*.

Pero la fe nos ubica al sacerdote en el corazón del misterio divino, que es misterio de amor. *Dios es amor (1 Jn 4, 16)*. Lo primero que revela el sacerdote es que *Dios amó tanto al mundo, que le dio a su Hijo único (Jn 3, 16)*. Una existencia sacerdotal es, como Cristo, una donación del Padre y un signo de que Dios no quiere la condenación del mundo, sino que el mundo se salve por él (*Jn 3, 17*).

No tiene sentido nuestro sacerdocio sino en el contexto esencial del amor. El sacerdote es un hombre a quien Cristo amó de una manera única: *Como el Padre me amó, también yo los he amado (Jn 15, 9)*. Por eso se adelantó a elegirlo: *No son ustedes los que me eligieron, sino Yo el que los elegí (Jn 15, 16)*. Por eso le comunicó su misma misión: *Como el Padre me envió a mí, Yo también los envió a ustedes (Jn 20, 21)*. Cuando se dice que el sacerdote expresa a Cristo, es lo mismo que decir que expresa el amor del Padre.

El Espíritu Santo consagró al sacerdote para la revelación y la donación extrema del amor. Si no tiene capacidad de amar como Jesús, no puede ser sacerdote. Si no sabe compadecerse de la multitud fatigada y abatida (*Mt 9, 36*) o de la muchedumbre que padece hambre (*Mt 15, 32*), si no sabe conmoverse ante el dolor (*Lc 7, 13*) y llorar ante la muerte (*Jn 11, 35*), no puede ser sacerdote. Si la indiferencia seca su corazón, no puede vivir el misterio de su virginidad consagrada. Solo en la absoluta posesión del Espíritu de Amor es posible el gozo del celibato sacerdotal.

13. El sacerdote es **sacramento del amor de Dios**. Expresa y realiza el amor de Dios a los hombres. Es signo de que Dios es esencialmente amor (*Ex 34, 6; 1 Jn 4, 16*) y ha entrado por amor en la historia. Su predicación se resume en esto:

*Les hablaré claramente del Padre. Él los ama (Jn 16, 26-27)*. Nos da seguridad en la iniciativa enteramente gratuita del amor del Padre: *El amor no está en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como expiación por nuestros pecados (1 Jn 4, 10)*.

Solo en esta perspectiva esencial del amor se comprenderán las exigencias absolutas del silencio, la obediencia, la virginidad y la cruz. El amor exige profundidad interior, unidad en la comunión, fecundidad en la muerte, universal donación en la caridad.

El silencio es indispensable para entrar en la intimidad divina. Para descubrir también el misterio del hombre. Para recibir la Palabra que debe ser proclamada como testimonio. Para hablar al Padre *como conviene (Rm 8, 26)*. Por eso lo realiza el Espíritu en nosotros.

Hay todavía dos aspectos que merecen ser subrayados cuando hablamos del sacerdote como «misterio de amor»: la paternidad y la amistad. El sacerdote es «sacramento de la paternidad divina». Es también «el amigo de Dios para los hombres». Indiquemos solamente algunos puntos.

14. Sacramento de la **paternidad divina**. Si hay un nombre que merece ser dado al sacerdote (mucho más, al Obispo) es el de «padre». Es verdad: solo Dios es Padre (*Mt 23, 9*). Solo Dios es Bueno (*Mc 10, 18*). Solo Cristo es el Maestro y el Señor (*Jn 13, 14*). Como solo Cristo es Sacerdote. Pero así como Cristo es *imagen del Padre (Col 1, 15; Heb 1, 3)* y el que lo ha visto a Él, *ha visto al Padre (Jn 14, 9)*, también el sacerdote (que es sacramento de Cristo) expresa y realiza la fecundidad del Padre. Es un grito permanente de que Dios es Padre. *Por eso doblo mis rodillas delante del Padre, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3, 14-15)*.

El mundo necesita hoy experimentar a Dios como Padre y a Cristo como a Señor de la historia. No puede concebir a Dios demasiado lejos y a Cristo demasiado extraño. No puede sentirse solo, abandonado y huérfano. Por eso, si el sacerdote es verdaderamente «padre»



(sin la desfigurada imagen del «paternalismo»), su presencia es bendecida y su ministerio buscado.

El sacerdote engendra por la Palabra y el Sacramento. *Aunque tengan diez mil preceptores en Cristo, no tienen muchos padres: soy yo quien los ha engendrado en Cristo Jesús, mediante la predicación del Evangelio (1 Co 4, 15)*. Pero no basta comunicar la vida. Hace falta la educación en la fe y el crecimiento progresivo en Cristo: *Hijos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en ustedes (Ga 4, 19)*.

Es extraordinariamente bueno ser padre. Llena de plenitud y gozo la existencia sacerdotal. Pero es tremendamente difícil. Porque la verdadera paternidad exige una donación total de nosotros mismos, hecha en la sencillez cotidiana de lo sobrenatural.

Un verdadero padre necesita: sabiduría para ver, bondad para comprender, firmeza para conducir. Sobre todo, un verdadero padre supone ser permanente testimonio: *Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo (1 Co 11, 1)*.

15. Sacramento de la **amistad divina**. Otro de los elementos que más aprecian y buscan los contemporáneos: la amistad verdadera. Cristo establece una relación profunda con sus sacerdotes: *Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he revelado todo lo que aprendí de mi Padre (Jn 15, 15)*. La amistad con Cristo supone dos cosas: cumplir sus preceptos y saborear los secretos del Padre. Eso es entrar en comunión, por Cristo, con el Padre. Lo cual es obra del Espíritu.

El sacerdote se vuelve así en «amigo de Dios para los hombres». No un amigo cualquiera. No un simple compañero de ruta. Como Abraham «el amigo de Dios» (*St 2, 23*). Que creyó en Él y se puso en camino sin saber a dónde iba (*Hb 11, 8*).

Bien cerca y adentro de los hombres. Que los interprete, acompañe y redima. Pero que les comunique constantemente a Dios, que los lleve a Dios, que esté en comunión ininterrumpida con Dios para expresarlo en su Palabra, en sus gestos, en su simple presencia.

¿Qué es un amigo? El que sabe escuchar con interés. El que sabe hablar con oportunidad. El que va haciendo el camino con el amigo.

Escuchar con interés: es hacer nuestros los problemas de los otros, asumir sus angustias, aliviar la cruz de los hermanos. El sacerdote lo recibe todo en silencio, lo guarda, lo transforma en oración. No es fácil hacerlo cotidianamente y con todos.

Hablar con oportunidad: es decir la palabra justa en el momento necesario. La palabra que ilumina, que levanta o que serena. No se trata de decir muchas cosas. Un silencio es, a veces, más fecundo y consolador que la palabra.

Hacer el camino con el amigo: no basta señalar la ruta con el dedo; hay que hacerla cotidianamente con los hermanos. Acercarse a ellos, descubrir su tristeza y desaliento, interpretarles la Escritura, partírles el pan (*Lc 24, 13 ss.*).

¡Qué difícil ir haciendo el camino de todos los hombres con la invariable serenidad del primer día o el gozo incontenible del primer encuentro! Sin embargo el Espíritu nos consagró para que fuéramos *a anunciar la Buena Nueva a los pobres y a vendar los corazones rotos (Is 61, 1)*.

#### IV - SERVIDOR DE CRISTO PARA LOS HOMBRES

16. Uno de los aspectos que marcan más claramente la espiritualidad del sacerdote hoy es su condición de «servidor». De aquí derivan muchas exigencias frente a Cristo y los hombres.

El sacerdote recibió el «ministerio de la comunidad» (L. G. 20). Es constituido «próximo colaborador del orden episcopal, ayuda e instrumento suyo, para servir al pueblo de Dios» (L. G. 28).

La espiritualidad sacerdotal se inscribe hoy esencialmente en la línea del servicio. Es entrar en las riquezas y exigencias del «Servidor de Yavé», de Cristo *que no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud* (Mt 20, 28).

El sacerdote es *servidor de Jesucristo, elegido para anunciar el Evangelio de Dios* (Rm 1, 1). *Los hombres deben considerarnos servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios* (1 Co 4, 1). *No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor, y nosotros no somos más que servidores de ustedes por amor de Jesús* (2 Co 4, 5).

No hay más que un modo de servir plenamente a los hombres: servir a Jesucristo. Como no hay más que un modo de servir auténticamente a Jesucristo: servir a los hombres. *Les he dado el ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes* (Jn 13, 15).

17. ¿Qué es servir? Es poner la totalidad de nuestros dones y carismas –la totalidad de nuestra vida– en plena disponibilidad para el bien integral de los hermanos. Servir es dar todo lo que tenemos. Mejor, todo lo que somos. Servir es entregar cotidianamente la existencia. Es estar dispuestos a dar la vida por los amigos.

Lo primero que nos pide el servicio de los hombres es que los sintamos verdaderamente hermanos. Y que ellos nos sientan plenamente hombres. Con una gran capacidad de entenderlos, de amarlos, de asumir sus angustias y esperanzas. *Alegrarse con los que están alegres, y llorar con los que lloran* (Rm 12, 15). Servir a los hombres es compartir su dolor y su pobreza, descubrir sus aspiraciones, atender a sus aspiraciones.

La espiritualidad sacerdotal exige una personalidad humana muy rica. Desarrollar el sentido sagrado de los auténticos valores humanos: la sinceridad y la justicia, la firmeza y la fidelidad, la sencillez y la amistad, el desprendimiento y la generosidad, la alegría y el equilibrio, el coraje y la lealtad.

Esto no es lo único ni lo principal. Es cierto. Pero está en la base de una plena transformación en Cristo. Es una exigencia de la salvadora presencia en el mundo de los testigos de la Pascua. «No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de otra vida más que de la terrena, pero tampoco podrían servir a los hombres si permanecieran extraños a su vida y a sus condiciones» (P. O. 2).

18. Pero hay un modo de servir específico del sacerdote: como ministro de la Palabra y de la Eucaristía, como poseedor de una autoridad sagrada. En cualquiera de las tres funciones el sacerdote «sirve» haciendo y presidiendo la comunidad cristiana.

Por la Palabra sirve a los hombres abriéndoles *los misterios del Reino de los cielos* (Mt 13, 11), marcándoles el camino de las Bienaventuranzas (Mt 5, 3-11), subrayándoles el mandamiento principal (Mt 22, 34-40). Los sirve, sobre todo, convocándolos en asamblea de Dios: «El Pueblo de Dios se reúne, ante todo, por la palabra de Dios vivo, que absolutamente hay que esperar de la boca de los sacerdotes» (P. O. 4).

Pero él mismo debe hacerse servidor de la Palabra. Debe tener *lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra alentadora* (Is 50, 4). La Palabra debe entrar en el sacerdote como Luz y como Fuego. Debe ser engendrada en su corazón (como en María), antes que nazca en sus labios de profeta. Debe escuchar en silencio. Debe orar y contemplar mucho. Debe recibir con pobreza la Palabra y entregarse a ella con generosidad.

De este modo el ministerio de la Palabra es esencialmente santificador (P. O. 13). Porque participa directamente de la caridad de Dios, se hace voz del único Maestro y es poseído por el ardor del Espíritu.

19. Por la Eucaristía sirve a los hombres consagrando *el pan vivo, bajado del cielo* y comunicándoles la carne de Cristo *para la vida del mundo* (Jn 6, 51). Pero, sobre todo, realizando por la Eucaristía la comunidad eclesial. Por la Eucaristía «vive y crece continuamente la Iglesia» (L. G. 26). «Ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la Santísima Eucaristía» (P. O. 6). Por lo mismo, la función esencial del presbítero –que preside y hace la comunidad– es la celebración de la Eucaristía (L. G. 28; P. O. 5). Inclusive su tarea evangelizadora tiende a culminar esencialmente en la Eucaristía.

Pero aquí también el sacerdote debe convertirse él mismo en servidor de la Eucaristía. Dejarse transformar en el Cristo Pascual, asumir su esencial condición de víctima, asimilar su alma de «Buen Pastor» que da cotidianamente la vida, entrar en comunión profunda con Cristo, con el Obispo y su presbiterio, con todos los cristianos, con el mundo.

Celebrar bien la Eucaristía es preparar una Asamblea cristiana donde se coma verdaderamente «la Cena del Señor», sin divisiones que rompan el único Cuerpo de Cristo (1 Co 11, 17-33). La Eucaristía engendra la unidad. Pero la Eucaristía –comunión con el cuerpo y con la sangre de Cristo– es sacrilegio si no existe comunión con los hermanos: *somos un solo pan y un solo cuerpo todos los que participamos del mismo pan* (1 Co 10, 16-17). Servir la Eucaristía, para el sacerdote, es purificar su indiferencia y su egoísmo y dejarse invadir por el Espíritu de caridad.

20. Finalmente el sacerdote sirve por la autoridad sagrada que ha recibido directamente de Cristo. Su autoridad no viene de la comunidad. Pero está esencialmente a su servicio. *Yo estoy entre ustedes como el que sirve* (Lc 22, 27), dice el Señor. Cristo subrayó el carácter servicial de la autoridad: no como dueños o dominantes, sino como siervos y esclavos. *El que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes* (Mt 20, 24-28). Es el ejemplo de Cristo: *Si yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros* (Jn 13, 14). San Pedro recoge la lección y la transmite: *Exhorto a los presbíteros, siendo yo también presbítero y en mi condición de testigo de los sufrimientos de Cristo... apacienten el Rebaño que les ha sido confiado; velen por él, no forzada, sino espontáneamente, como lo quiere Dios; no por un interés mezquino, sino con abnegación; no queriendo dominar a los que les han sido encomendados, sino siendo de corazón ejemplo para el Rebaño* (1 Pe 5, 1-3).

Son todas las exigencias de la «caridad pastoral». Ejercer la autoridad, como Cristo, es tener alma de «buen Pastor». La autoridad exige del sacerdote una especial actitud de servicio. Pero –aquí también queremos subrayarlo– este servicio está hecho de sabiduría, de bondad y de firmeza.

21. La espiritualidad del sacerdote –«servidor de Cristo para los hombres»– nos es claramente anticipada en los cuatro cánticos del «Siervo de Yavé» (Is 42, 1-9; 49, 1-6; 50, 4-11; 52,13; 53, 12). Destaquemos solamente algunos puntos:

□ **Seguridad y confianza** del Siervo:

*He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi Espíritu sobre él* (Is 42, 1).

*Yo, Yavé, te he llamado en justicia, te así de la mano, te formé* (Is 42, 6).

*Yavé desde el seno materno me llamó; desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre... Me escondió en el hueco de su mano... Me plasmó desde el seno materno para siervo suyo (Is 49, 1-2.5a).*

□ **Misión** del Siervo:

*Te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes, para abrir los ojos ciegos, para sacar del calabozo al preso, de la cárcel a los que viven en tinieblas (Is 42, 6-7).*

*Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra (Is 49, 6).*

□ **Condiciones** del Siervo:

*El Señor Yavé me ha dado lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos (Is 50, 4).*

*No vociferará ni alzaré el tono. No partirá la caña quebrada, ni apagará la mecha mortecina (Is 42, 2-3).*

*Varón de dolores y sabedor de dolencias... Herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas (Is 52, 3-5).*

## **V - LA CARIDAD PASTORAL**

22. Constituye el centro de la espiritualidad sacerdotal. Es la caridad del «buen Pastor», conocedor personal de sus ovejas, pronto a dar la vida por ellas, con inquietud misionera por las extrañas (Jn 10, 14-16), siempre dispuesto a buscar y cargar sobre sus hombros a la extraviada (Lc 15, 4-7).

Ezequiel profetiza contra los malos pastores que se apacientan a sí mismos (Ez 34, 1 ss.). Que se toman la leche de las ovejas, se visten con su lana, sacrifican las más pingües. Que no fortalecen a las débiles, no cuidan a las enfermas, no curan a las heridas, no tornan a las descarriadas, no buscan a las perdidas. Que dominan con violencia y con dureza. También Jeremías grita contra los pastores que dejan perderse y desparramarse las ovejas (Jr 23, 1 ss.).

El salmo 22 nos pinta a Yavé, solícito Pastor de su pueblo. *Yavé es mi Pastor, nada me falta.* Cristo realizará, en su Persona, el consolador anuncio de Ezequiel: *Aquí estoy yo. Yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él (Ez 34, 11).* La imagen de Cristo «el buen Pastor» marcará el cumplimiento de las profecías. Y señalará a los pastores de la Iglesia la profundidad espiritual de su donación a los hombres.

23. La caridad pastoral sintetiza la espiritualidad sacerdotal. Como la caridad en general *es la síntesis de la perfección (Col 3, 14).*

Por eso el Concilio reduce todo a la caridad pastoral. El ministerio mismo es esencialmente santificador porque la triple función sacerdotal supone y engendra «la caridad del Buen Pastor» (P. O. 13). La unidad de vida de los presbíteros (contemplación y acción) se obtiene mediante «el ejercicio de la caridad pastoral» (P. O. 14). Sobre todo, «la caridad pastoral» ilumina las exigencias absolutas de la humildad y la obediencia (P. O. 15), de la virginidad consagrada (P. O. 16), de la pobreza sacerdotal (P. O. 17).

24. ¿Qué es la caridad Pastoral? Podríamos describirla como la entrega heroica y gozosa a la voluntad del Padre, que nos lleva a una generosa y sencilla donación a los hombres, en sacramental comunión con nuestros hermanos.

Esencialmente la caridad pastoral es vivir en comunión. Si el sacerdote es el hombre elegido y consagrado para hacer y presidir la comunión, se entiende por qué la caridad

pastoral es el alma de su espiritualidad. Toda su vida ha de ser inmolación y ofrenda, donación y servicio, obediencia y comunicación.

La caridad pastoral se realiza así en tres planos: el de Dios, el de los hombres, el del Obispo con su presbiterio.

El sacerdote vive en permanente comunión con Dios (en esencial actitud de inmolación y ofrenda) por la intensidad de la oración, la serenidad de la cruz, la sencillez oculta de lo cotidiano. Vivir en permanente actitud de Fiat. Sentir la alegría de la fidelidad.

La comunión salvadora con los hombres (actitud de donación y de servicio) exige en el sacerdote un gozoso morir a sí mismo, una particular sensibilidad por los problemas humanos, una inalterable disponibilidad para escuchar, interpretar, y entregarse generosamente a los demás. Lo cual supone una perfecta libertad interior y una capacidad muy honda de amor universal.

La comunión con el Obispo y su presbiterio exige vivir a fondo una «obediencia responsable y voluntaria» (P. O. 15) y la misteriosa fecundidad de una auténtica amistad sacerdotal. Obediencia y amistad son exigencias de una profunda comunión sacramental, de una misma participación en la consagración y misión de Cristo Sacerdote, y no simple conveniencia o reclamo de una acción pastoral más eficaz. La amistad sacerdotal es una gracia. Es un signo de la presencia del Espíritu que santifica. Los presbíteros están todos unidos entre sí «por una íntima fraternidad sacramental» (P. O. 8). El sacerdote no solo debe obedecer y respetar a su Obispo. Antes que todo debe quererlo de veras. Como a padre, hermano y amigo (L. G. 28; P. O. 7).

25. En la caridad pastoral encuentran su sentido –particularmente hoy– tres exigencias absolutas del sacerdote: su actitud contemplativa, su obediencia, su celibato.

Hay valores absolutos que no pueden ser perdidos: el silencio, la oración, la contemplación. Exigen ser vividos de una manera nueva, más honda y más auténtica. Pero toda la Iglesia –esen-cialmente comprometida con el hombre y encarnada en su mundo– debe asumir hoy un alma contemplativa. Solo en el silencio se engendra la Palabra que merece ser anunciada. Solo la oración nos equilibra en Dios. Solo la contemplación nos capacita para entender al hombre. Sigue siendo válida la actitud de Cristo orante (Lc 3, 21; 5, 15-16; 6, 12; 11, 1-4; 22, 39 ss.; Jn 17; Lc 9, 28).

El momento sacerdotal actual está caracterizado por una lamentable pérdida de la capacidad del silencio, del valor de la oración, del sentido de la contemplación.

El silencio es necesario como capacidad indispensable para el encuentro equilibrado con nosotros mismos, para asimilar hondamente la Palabra que hemos de anunciar, para aprender a dialogar de veras con los otros. Las cosas grandes ocurren siempre en la plenitud del silencio. La oración es indispensable para participar en el tiempo el gozo de la visión, para no perder la profundidad interior, para evitar el cansancio o la monotonía de la acción, para tener algo siempre nuevo que ofrecer a los hombres. La contemplación es necesaria para realizar bien nuestra función profética, para descifrar bien los signos de los tiempos, para que se forme en nosotros un permanente estado de disponibilidad, de comunión y de servicio.

Pero que el silencio esté lleno de la Palabra. La oración sea un grito inefable del Espíritu (Rm 8, 26). Y la contemplación sea reposo activo en la visión del Padre.

El sacerdote hoy debe amar la fecundidad del silencio. Solo merece ser dicha la palabra que brota del silencio, pero solo es fecundo el silencio que termina en una palabra.

Debe saborear, en la intensidad de la oración, el encuentro con el Padre. *Por la mañana, antes que amaneciera, Jesús se levantó y fue a un lugar solitario, para orar (Mc 1, 35).*

*Jesús se retiró a una montaña para orar, y pasó toda la noche en oración con Dios (Lc 6, 12). En la era del ruido, la acción y la palabra, Cristo nos enseña el silencio, la soledad y la oración.*

Oración que sea un encuentro personal con el Señor. Oración que sea asimilar en silencio la Escritura. Oración que sea buscar juntos –en la meditación comunitaria del Evangelio– los caminos del Espíritu. Lo importante no es pensar o decir mucho. Lo importante es callar, ofrecerse y contemplar. Escuchar al Señor y dejar que el Espíritu se posea de nuestro silencio y grite: Abba, Padre. En la vida del sacerdote lo verdaderamente esencial es «el clima de oración». Pero para ello es indispensable tener momentos de tranquilidad para el diálogo exclusivo con el Padre.

26. Otra exigencia absoluta del sacerdote: la obediencia. Sólo es válida en la medida en que sea una inmolación a Dios. Sólo tiene sentido como «comunidad» de Iglesia (P. O. 15). Para una obediencia auténtica, madura y responsable, se requieren estas tres cosas:

□ una profunda **actitud de fe**. Solamente desde allí puede tener el hombre el coraje de arrancarse, de morir, de ponerse en camino como Abraham, de entregarse en plenitud como María;

□ una sencilla **actitud de amor**. *Para que sepa el mundo que yo amo al Padre y conforme al mandato que me dio mi Padre así obro (Jn 14, 31)*. Lo que precisamente vale, en el misterio de la cruz y de la muerte del Señor, es su espontánea inmolación al Padre por amor. Sólo puede obedecer de veras quien ama y se siente personalmente amado. María pudo decir que **Sí** porque tuvo experiencia de haber hallado gracia a los ojos de Dios;

□ una sincera **actitud de diálogo**. La obediencia debe ser leal, franca, sincera. Tener la valentía sobrenatural de decir las cosas y manifestar nuestras inquietudes. Buscar juntos con el Superior el plan del Padre. La obediencia puede ser quebrada por rebeldía (no hacer lo que nos mandan). Pero también por indiferencia o cobardía (no hablar cuando debemos).

27. Finalmente, la caridad pastoral da sentido a nuestra virginidad consagrada. Sólo puede ser entendida en un contexto de amor. Y de amor absoluto. El Señor tiene derecho a una forma de amor exclusivo. No es que el celibato sea intrínsecamente esencial a nuestro ministerio. Pero «es signo y estímulo de la caridad pastoral y fuente peculiar de la fecundidad espiritual en el mundo» (P. O. 16). La virginidad consagrada es inmolación y ofrenda gozosa a Dios, donación y servicio generoso a los hermanos, paternidad espiritual. A través de ella el sacerdote se hace luminoso testigo de la esperanza escatológica, revelador de los bienes invisibles, profeta de los bienes futuros.

Pero importa vivir el celibato como plenitud de vida y de amor, no como negación o como muerte. El celibato sacerdotal es un modo de vivir anticipadamente la resurrección. Es un modo de expresar sensiblemente la fecundidad de la Pascua. Por eso hay que vivirlo en la alegría del Misterio Pascual.

## CONCLUSIÓN

### Con la Virgen Fiel

28. La profundidad interior de un sacerdote –fruto del Espíritu de Amor que nos fue dado (Rm 5, 5) y que inhabita en nosotros (Rm 5, 5)– se revela normalmente en la palabra que anuncia, en la serenidad que comunica, en la alegría pascual que transparenta.

Esto es hoy fundamental en nuestro ministerio. Los hombres lo necesitan y lo buscan. En definitiva, que seamos para ellos los hombres de Dios, que les expresemos a Cristo, que hagamos con ellos el camino como testigos de lo Absoluto.

Más que nadie el sacerdote debe ser el sencillo artesano de la paz (Mt 5, 9). En un mundo de tensiones y violencias. Más que nunca su presencia –superando desalientos y cansancios– debe ser un mensaje de esperanza y de alegría. Es decir, un mensaje de la Pascua que él encarna. *Que el Dios de la esperanza los llene de alegría y de paz en la fe, para que la esperanza sobreabunde en ustedes por obra del Espíritu Santo (Rm 15, 13).*

29. Hoy los hombres se mueven en la incertidumbre, la angustia y el miedo. Los sacerdotes padecen también esta experiencia. Es el precio doloroso de la hora tan rica que vivimos: tan llena de búsquedas auténticas, de exigencias tan claras del Señor y de la presencia misteriosa de su Espíritu.

Una hora que nos pide total generosidad, fortaleza y equilibrio. Hemos de comprender y amar esta hora nuestra sacerdotal. Con sus luces y sus sombras, sus posibilidades y sus riesgos, su fecundidad y su cruz. Hemos de comprometer en ella nuestra fidelidad.

Fidelidad a Cristo que nos ha llamado de una manera absoluta. Fidelidad a la Iglesia cuya comunión realizamos y presidimos como instrumentos del Espíritu. Fidelidad a los hombres para cuya salvación integral fuimos constituidos humildes servidores.

30. La hora sacerdotal de Cristo fue marcada por una singular presencia del Espíritu Santo y de María. También la nuestra.

En el seno virginal de Nuestra Señora el Espíritu Santo ungió a Jesucristo Sacerdote. También a nosotros.

En la pobreza de la Virgen el Espíritu engendró la fidelidad a la Palabra: *Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho (Lc 1, 38).* Para servir plenamente a los hombres, hay que entregarse con generosidad al Padre, como María.

En la pobreza y el silencio virginal de Nuestra Señora encontraremos siempre los sacerdotes el camino de la sencilla disponibilidad para ser fieles. *Feliz de ti porque has creído (Lc 1, 45).*

Comprenderemos, sobre todo, que el único verdaderamente Fiel es el Señor. *Que Él, el Dios de la paz, los santifique plenamente, para que ustedes se conserven irrefragables en todo su ser –espíritu, alma y cuerpo– hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo. El que los llama es Fiel y es Él quien lo hará (1 Ts 5, 23-24).*

## NOTAS

<sup>1</sup> Tomado del libro «Iglesia Pueblo de Dios», Indo-American Press Service, Bogotá, Colombia, 1970, pp. 57-81.

El estudio Espiritualidad Sacerdotal, fue solicitado a Monseñor Eduardo Pironio, Obispo Secretario General del CELAM, por los organizadores de las Jornadas Sacerdotales de Guatemala. Éstas se realizaron a finales del mes de julio de 1970. Posteriormente, el autor retocó algunos de los pensamientos del trabajo y éste fue nuevamente presentado en la IV Reunión Continental de la Organización de Seminarios Latinoamericanos –OSLAM, que tuvo lugar en San Miguel, provincia de Buenos Aires, entre el 14 y el 19 del mes de septiembre.

### **Introducción**

1. Una interpretación de la Iglesia Latinoamericana debe ser hecha *desde la fe*. Es el único modo de penetrarla en su profundidad sacramental y en el dinamismo interior del Espíritu que la invade y la mueve. El único modo de entenderla en su realidad sin desfigurarla en su misión.

Pero más que un estudio o análisis de nuestra Iglesia esto es una sencilla meditación hecha desde el interior de su vida y su misterio.

No se trata simplemente de describir una realidad –con sus luces y sus sombras– o de enumerar superficialmente los principales problemas o proyectos. Podríamos caer fácilmente –según la perspectiva en que nos coloquemos– en la desesperación o en la euforia. En todo caso, sería una autoconsideración que nos cierra a la comunión verdadera con la única Iglesia de Jesucristo.

El primer error sería «latinoamericanizar» la Iglesia y erigirnos en maestros críticos o modelos. En este sentido, hemos de cuidarnos de exagerar el misterio y el prodigio de una Iglesia Latinoamericana.

Desde la fe nos esforzamos por descubrir el *designio de Dios* en nuestra Iglesia. Por entender y asumir «*el tiempo y el momento*» (Hch 1, 7). Penetramos en la situación concreta de nuestros pueblos para ubicarlos en el contexto único de la historia de la salvación. La Iglesia –Sacramento primordial de Cristo– es la actualización cotidiana de la salvación.

Una interpretación auténtica de la Iglesia Latinoamericana supone siempre esta triple consideración:

- su perfecta fidelidad a Cristo,
- su respuesta evangélica a la realidad global del Continente y
- su generosa comunión con la totalidad de la Iglesia Universal.

2. La Iglesia Latinoamericana está viviendo *su hora*: hora de cruz y de esperanza, de posibilidades y riesgos, de responsabilidad y compromiso. Conviene que la comprendamos, amemos y vivamos con intensidad comunitaria. El Espíritu Santo está obrando maravillas en nuestra pobreza. No es para que nos sintamos felices y descansemos, sino para que comprometamos generosamente nuestra entrega.

Incluso esta hora providencial de nuestra Iglesia no puede ser vivida por nosotros solos o solamente para nosotros. Aquí entra fundamentalmente el Misterio de la Comunión.

La Iglesia Latinoamericana debe ser fiel a su designio: su fisonomía propia y su vocación original. El Espíritu Santo la irá desarrollando en la fecundidad de su dinamismo propio. Irá despertando en todos la inquietud de la búsqueda y el compromiso en la tarea creadora. No podemos simplemente importar o repetir esquemas. Hemos de ser fieles al Espíritu y hacer que la Iglesia Latinoamericana sea plenamente ella misma.

Pero para ello necesita la riqueza espiritual de las Iglesias hermanas. Es el sentido fundamental de la ayuda indispensable: promover el crecimiento interior de cada Iglesia para que pueda ser fiel a su vocación específica.

Puede haber dos modos de paralizar la vida de una Iglesia: dejarla totalmente librada a su energía juvenil o pretender aprisionarla en moldes extraños.



Pero hay otro modo –y eso ya depende de nosotros mismos– de desfigurar nuestra Iglesia o asfixiarla: vivir hacia adentro, demasiado preocupados por lo nuestro, no ofrecer generosamente nuestra pobreza a la variada riqueza de la Iglesia Universal. Siempre hay dones nuevos del Espíritu en la dolorosa penuria de nuestras Iglesias jóvenes. Iremos madurando nuestra Iglesia en la medida de la apertura y la donación. Pablo escribe de las Iglesias de Macedonia: «*Su rebosante alegría y su extrema pobreza han desbordado en tesoros de generosidad*» (2 Co 8, 2).

3. Es evidente que la Iglesia Latinoamericana está viviendo una etapa nueva y providencial de su historia. Lo señaló Pablo VI en su visita a América Latina: «Por una convergencia de circunstancias proféticas, se inaugura hoy con esta visita un nuevo período de la vida eclesial» (Discurso de Apertura de la II Conferencia Episcopal Latinoamericana, Bogotá, 24-VIII-68). Los Obispos Latinoamericanos lo afirmaron también en su «Mensaje a los Pueblos de América Latina»: «Creemos que estamos en una nueva era histórica. Ella exige claridad para ver, lucidez para diagnosticar y solidaridad para actuar».

Lo que fundamentalmente marca esta hora providencial de nuestra Iglesia es una *particular efusión del Espíritu de Pentecostés*. De allí el anhelo de la conversión y la solidez de la esperanza. No entenderíamos lo que está pasando en la Iglesia Latinoamericana si sólo lo explicáramos como un intento superficial de actualización o como simple fruto de presiones históricas. Hay algo más profundo y definitivo: Dios se está manifestando de un modo nuevo y comprometiendo la transformación interior de cada hombre.

Esta manifestación de Dios tiene –entre otras– dos expresiones concretas:

a) las *aspiraciones* legítimas de los pueblos que interpelan evangélicamente a la Iglesia y  
b) la *mayor conciencia* que la Iglesia Latinoamericana va adquiriendo de la globalidad de su *misión esencialmente religiosa*.

*En lo primero* citemos simplemente dos textos de los Documentos de Medellín:

– «Estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro Continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva» (Introd. 4).

– «Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte» (Pobreza, 2).

En síntesis: aspiración a lo libre, a lo personal, a lo comunitario. Anhelo de participación, personalización, liberación.

*En lo segundo*, recordemos lo que no enseña el Concilio: «La misión de la Iglesia es esencialmente religiosa, pero por lo mismo profundamente humana» (G. S. 11). ¿Cuáles son las dimensiones humanas del mensaje evangélico y las exigencias históricas de lo religioso y eterno?

Cuando decimos que la hora de la Iglesia Latinoamericana está fundamentalmente marcada por una particular efusión del Espíritu de Pentecostés queremos encuadrarla en un *contexto esencialmente salvífico*. Queremos decir que la imagen de la Iglesia Latinoamericana no puede ser definida desde una perspectiva simplemente socio-económica y política. Lo que importa en ella es el Sacramento –es decir, el signo e instrumento– del Señor Resucitado.

Por lo mismo es preciso partir –si queremos entender bien el misterio de la Iglesia Latinoamericana– de un auténtico acto de fe en la acción fecunda del Espíritu Santo. Por un lado nos impulsa a la *conversión* (mediante una profunda asimilación a Cristo Muerto y

Resucitado) y a la *contemplación*. Por el otro, nos impulsa a la *misión* y al *testimonio*: la Iglesia debe ser en el mundo fermento de transformación y signo del Dios verdadero.

Todo lo cual es exigencia y fruto de comunión. Esto nos lleva a presentar la imagen de la Iglesia Latinoamericana –«Iglesia de la Pascua»– bajo tres aspectos esenciales y concretos: IGLESIA DEL ACONTECIMIENTO DE PENTECOSTÉS, IGLESIA PROFÉTICA, IGLESIA LIBERADORA DEL HOMBRE.

La expresión «*Iglesia Pascual*» la tomamos de los Documentos de Medellín: «Que se presente cada vez más nítido en América Latina el rostro de una Iglesia *auténticamente pobre, misionera y pascual*, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres» (Juventud, 15).

Pero ¿qué significa una Iglesia Pascual? Una Iglesia del desprendimiento y la pobreza, del anonadamiento y la cruz, de la fecundidad y la esperanza.

### **I. – Iglesia del acontecimiento de Pentecostés**

«*Quedaron todos llenos del Espíritu Santo*» (Hch 2, 4).

4. Lo primero que es preciso subrayar en la Iglesia Latinoamericana en su *fidelidad al Espíritu*. Le interesa el hombre, la liberación de los pueblos, la construcción activa de la historia. Pero desde las exigencias radicales del Evangelio, en perspectiva fundamental de fe, en esencial tensión escatológica.

Sería falso concebir el momento de la Iglesia Latinoamericana fuera del ámbito específico de la salvación. Pero de una salvación que tiene su único principio en Cristo (Hch 4, 12), y que abarca la totalidad del hombre y de su historia.

Pentecostés –plenitud del Misterio Pascual– no es una simple celebración del Espíritu o una conmemoración histórica de su descendimiento. Es un «*acontecimiento*» que –por la particular efusión del Espíritu Santo– «manifiesta» la Iglesia (L. G. 2) y la hace «sacramento universal de Salvación» (L. G. 48).

Se repite permanentemente en la Iglesia. Pero hay momentos providencialmente salvíficos en que la Iglesia experimenta la fecundidad y el compromiso del acontecimiento de Pentecostés: con lo que supone de sinceridad en la *conversión*, de profundidad en la *comunión* y de irresistible dinamismo en la *misión*.

La Iglesia se siente entonces verdadero *Sacramento del Señor y fermento de Dios* para la transformación de los pueblos. «Germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación» (L. G. 9).

Lo que está sucediendo en la Iglesia de América Latina no es fruto de la improvisación de algunos o del talento y esfuerzo de los hombres. Es esencialmente *obra del Espíritu Santo* que nos llama a todos a la conversión y nos hace experimentar la angustia de los pueblos que esperan nuestro servicio y el testimonio cotidiano de nuestra fe.

5. Insistimos en el hecho de la *conversión*. Por allí comienza la búsqueda de los caminos nuevos, la exigencia de los cambios fundamentales y el compromiso evangélico de los cristianos en la transformación del mundo.

Tal conversión –fruto interior del Espíritu– supone una fe madura y activa, una esperanza firme y creadora, una caridad ardiente y concreta (1 Ts 1, 3). Es el sentido el «hombre nuevo paulino» (Col 3, 10) que exige despojarse de lo anterior para revestir auténticamente a Cristo «*el Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad*» (Ef 4, 24).

Mientras peregrina en el tiempo la Iglesia se va rejuveneciendo y renovando con la fuerza del Evangelio y la acción incesante del Espíritu (L. G. 4). Porque tiene conciencia de

que es «al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación» (L. G. 8).

Pero hay momentos en la historia en que este llamado a la conversión es más urgente. Lo vivimos en América Latina como una gracia y acción del Espíritu. También como un compromiso solemnemente anunciado. Los Obispos dijimos en Medellín: «Durante estos días nos hemos congregado, movidos por el Espíritu del Señor, para orientar una vez más las tareas de la Iglesia en un afán de *conversión* y de *servicio*. Hemos visto que nuestro compromiso más urgente es purificarnos en el espíritu del Evangelio todos los miembros e instituciones de la Iglesia Católica» (Mensaje a los Pueblos de América Latina).

Pienso fundamentalmente en tres cosas:

–los cristianos no habíamos asimilado profundamente a Jesucristo (conocíamos superficialmente el Evangelio o habíamos estudiado técnicamente a Cristo sin saborearlo en su misterio);

–divorciamos la fe de la vida (nos contentamos con proclamar la fe o celebrarla en la Liturgia, pero sin realizarla en lo concreto del amor y la justicia);

–por lo mismo, habíamos perdido la sensibilidad cristiana frente a las angustias de los hombres, no supimos iluminar sus esperanzas y nos desentendimos de la construcción positiva de la historia.

Una Iglesia del acontecimiento de Pentecostés debe ser una Iglesia de la conversión: pero de la vuelta fundamental a Cristo –cuya sencilla transparencia seremos– y a las exigencias radicales del Sermón de la Montaña. Ser perfectos como el Padre (*Mt 5, 48*). Realizar la plenitud de la justicia nueva (*Mt 5, 20 ss.*). Comprometernos a ser verdaderamente sal de la tierra y luz del mundo (*Mt 5, 13-16*). Vivir cotidianamente el espíritu de las Bienaventuranzas Evangélicas (*Mt 5, 1 ss.*). Es el único modo de ser cristianos, expresar la Iglesia y transformar al mundo.

Esta conversión –lo confesamos con sincera fidelidad al Espíritu– la sentimos como urgencia y la hemos comenzado. Pero falta mucho todavía. No somos perfectos. Como Pablo «*corremos para alcanzarlo, sabiendo que nosotros mismos hemos sido ya alcanzados por Cristo Jesús*» (*Flp 3, 12 ss.*).

6. Pentecostés nos asegura un particular revestimiento del Espíritu de la Verdad, de la Fortaleza y del Amor. Lo vamos experimentando, en diversas formas y niveles, en la fisonomía, inquietudes y tareas de nuestra Iglesia Latinoamericana.

*El Espíritu de la Verdad* nos introduce en Cristo, nos descubre el misterio del hombre, nos interpreta la historia. Es Espíritu de interioridad, de oración y de diálogo. En él la Iglesia se ubica en asimiladora actitud contemplativa frente a la Palabra: la recibe, la rumia y la comunica.

La Iglesia Latinoamericana –Iglesia de la misión y del servicio, de la actividad y la presencia, de la comprensión del hombre y solidaridad con la historia– se asienta y nutre en la *interioridad*. Busca ser una *Iglesia contemplativa*. Por eso la reflexión de sus teólogos y la sabrosa meditación de la Palabra revelada.

*El Espíritu de Fortaleza* nos comunica la audacia equilibrada y el sereno fuego de los testigos. Por un lado nos quema la Palabra que no puede ser adulterada u omitida. Por otro, se acentúan los riesgos, crecen las tensiones y se multiplican las dificultades. Vivimos en un Continente cargado de esperanzas, pero lleno de conflicto, de desesperación y violencia. Esto puede contagiar a la Iglesia la desastrosa tentación del desaliento, el pesimismo y la desesperanza. En un contexto así es muy fácil replegarse en el silencio o convertirse en «profetas de calamidades» (Juan XXIII).

Necesitamos experimentar en nosotros la inquebrantable firmeza del Espíritu y comunicar a los hombres la seguridad que viene de Pentecostés. Hace muchísimo daño a la Iglesia la duda, el miedo y la tristeza. La Iglesia de América Latina recoge y proclama la exhortación de Pablo VI en Bogotá: «No temáis. Ésta es para la Iglesia una hora de ánimo y de confianza en el Señor» (Pablo VI, Bogotá, 24-VIII-68).

*El Espíritu de Amor* engendra en nosotros la capacidad de ofrenda y de servicio. Construye, sobre todo, la Iglesia comunión: «unión íntima con Dios y unidad de todo el género humano» (L. G. 1). La Iglesia de América Latina experimenta hoy la urgencia de su respuesta salvadora al hombre y de su misión religiosa en el mundo.

Puede correr el riesgo –en algunos de sus miembros o en la insistencia de algunas actitudes– de «secularizarse» (perdiendo así su esencial condición de fermento y volviéndose «sal insípida»), así como antes corrió con frecuencia el riesgo de «deshumanizarse» (olvidando el sentido de la Encarnación de Cristo).

El Espíritu del Amor nos recuerda la inseparabilidad práctica de las dos dimensiones del mandamiento principal (*Mt 22, 34-40; 1 Jn 4, 20*).

Hoy la Iglesia de América Latina –revestida del Espíritu del Amor– se siente particularmente llamada a vivir y expresar la comunión: «Dios y el hombre, Liturgia y promoción, Evangelio y Eucaristía». Esa es su gracia y su responsabilidad. Esa es también –lo diremos en la conclusión– la providencial finalidad del CELAM.

7. Pero la Iglesia del acontecimiento de Pentecostés nos sugiere otra cosa; *lo que en definitiva cuenta es el Espíritu Santo*. Lo cual nos transmite la seguridad y el desprendimiento de la Iglesia. Es decir, el sentido total de la *esperanza*.

La Iglesia Latinoamericana es una *Iglesia pobre*: en bienes materiales, en riqueza de tradición, en talentos personales.

Pero la pobreza es precisamente la fuente de su fecundidad. Quizás sea eso lo que esperan de ella otras Iglesias. Porque la pobreza abre fundamentalmente a Dios.

Una Iglesia pobre sólo cuenta en las armas del Espíritu. No se apoya en los recursos materiales, en los poderes temporales ni siquiera en las posibilidades humanas de sus miembros. Sólo cuenta la infalible eficacia del Espíritu. El hombre se salva por la fuerza del Evangelio (*Rm 1, 16*), la sabiduría de la cruz (*1 Co 1, 24*) y el poder del Espíritu (*Lc 24, 49; 1, 35*).

La pobreza es parte de nuestra vocación latinoamericana. Si se la entiende bien define el rostro peculiar de nuestra Iglesia desposeída y en camino, liberada de ataduras y consciente de sus límites, apoyada en Dios y transparente al Señor Resucitado. No es sólo un modo de solidarizarse con los que sufren o manifestar su protesta. Es ante todo un signo de que el Señor ha llegado y la seguridad de que el Reino de Dios ha entrado en la historia.

Pero la pobreza tiene que ser asumida en el gozo y el silencio. La proclamación solemne la destruye, engendra en el corazón la amargura y suscita en los hombres la rebeldía. Una Iglesia verdaderamente pobre tiene hambre de Dios y experimenta la alegría del servicio. Es la Iglesia de la esperanza y de la caridad. Porque su preocupación salvadora es el hombre, su única riqueza es Cristo y su única potencia es el Espíritu Santo.

## **II. – Iglesia profética**

*«Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16, 15).*

8. La misión es esencial a la Iglesia. Toda ella es enviada por Cristo al mundo para ser «sacramento universal de salvación» (A. G. 1). La actividad misionera de la Iglesia es exigencia radical de la comunión.

La Iglesia de América Latina –providencialmente Iglesia de la Pascua– siente hoy la urgencia de proclamar el Evangelio. En la totalidad de sus miembros el Espíritu despierta y anima el carisma de la profecía. Por eso asume como principal tarea la *evangelización plena* de los pueblos.

Hay dos principios que la impulsan a ello:

- uno *teológico*: la fe supone la proclamación de la Palabra (Rm 10, 14);
- otro *histórico*: tenemos un Continente bautizado pero apenas superficialmente evangelizado.

Cuando decimos «*evangelización plena*» entendemos el anuncio de la *totalidad del Evangelio*. Hemos de ser fieles a las exigencias del Mensaje y a su transmisión integral y clara.

No somos dueños de la Palabra sino ministros. Es válida para todo profeta la exhortación de Dios a Jeremías: «*Todo lo que te mande dirás... mira que he puesto mis palabras en tu boca*» (Jr 1, 7-9). Ni siquiera Cristo –el Profeta grande– se siente con derecho a inventar la doctrina o modificar las palabras: «*Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar*» (Jn 12, 40).

Desde una situación concreta intentamos penetrar la Palabra y actualizar el Evangelio; pero sin pretender disimular sus exigencias o torcer la potencia del Espíritu.

Una Evangelización plena significa también otra cosa: que la proclamación auténtica del Evangelio –que suscita y madura la fe– tienda esencialmente a su *culminación en la Eucaristía*.

No podemos separar –mucho menos oponer– Evangelio y Sacramento, Iglesia Profética e Iglesia Cultural. San Pablo nos habla –como responsabilidad y gracia de su ministerio– de la «*Liturgia del Evangelio de Dios*, para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo» (Rm 15, 16).

Finalmente una Evangelización plena supone desembocar en el *compromiso práctico de la fe*. Engendrar la fe en el corazón de los cristianos es comprometerlos para la vida. Es el sentido del reproche de Santiago: «*¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: "Tengo fe", si no tiene obras?... Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe*» (St 2, 14 ss.).

Es decir, que la evangelización plena –si es auténtica proclamación de la Palabra en el Espíritu– comunica a los hombres el misterio total de Dios que se revela en Cristo, desentraña la dimensión humana del acontecimiento de la salvación y compromete a los cristianos en la promoción integral de todo el hombre y de todos los hombres.

No podemos simplemente identificar Evangelización y promoción humana. Pero tampoco podemos separarlos demasiado. La fe alcanza su perfección en la realización práctica de la justicia y la caridad. Y por allí avanza el camino de la paz.

9. La Iglesia de América Latina se enfrenta ahora con dos urgencias concretas en orden a la evangelización de sus pueblos: una *interiorización* en la fe (lo cual supone iluminación, purificación, maduración y compromiso) y una *interpretación*, desde la fe, de la realidad global latinoamericana.

La urgencia de evangelización no es sólo nuestra. Es una exigencia del Espíritu en la Iglesia Universal. Pero en América Latina –continente vasto y nuevo– la sentimos con dramática insistencia. Allí se nos plantea precisamente la necesidad de multiplicar los agentes de la evangelización (sacerdotes, religiosos y laicos) y de revisar las diversas formas de transmisión del mensaje (predicación, catequesis, liturgia, medios de comunicación social).

Falta, en muchos casos, una elemental *aproximación a la fe*. Aún en zonas pobladas y centrales. No es simplemente problema de marginación o de distancia. Es ausencia de sentido religioso, insensibilidad frente a los valores del espíritu, falta de interés ante la proclamación del Evangelio. Dios ha dejado de ser un elemento necesario o práctico.

Indudablemente han influido los cambios rápidos y universales que afectaron profundamente los sistemas de vida y modificaron la perspectiva religiosa. Pero ha habido también una presentación abstracta y desencarnada del mensaje cristiano, una imagen fría de Dios como extraño al mundo, lejano de la historia y descomprometido con los hombres. No era el Dios vivo de la Revelación, manifestado en Cristo –imagen del Padre– (Col 1, 15; Hb 1, 3), permanentemente Fiel a sus promesas y presente entre nosotros hasta el final (Mt 28, 20).

Falta, sobre todo, *profundidad en la fe*. Depende, en parte, de carencia de corazones limpios y desprendidos –los únicos capaces de ver a Dios– (Mt 5, 8) y de acoger en la pobreza la revelación del Padre (Mt 11, 25).

Pero principalmente depende de una falta de reflexión auténtica y de una penetración más simple y cotidiana en la Palabra de Dios. La vida se siente desconectada de la fe (con mucha frecuencia hasta opuesta a la fe y como su negación práctica).

No se ha llegado a provocar en la conciencia adulta una opción personal y definitiva. La fe seguirá siendo algo extraño y añadido. Algo que se «siente», se «celebra» o se «practica» por momentos. Pero no algo definitivamente nuevo y esencial que da sentido único a la existencia cotidiana, a la misión concreta y al relacionamiento con el prójimo.

Cuando la fe es profunda todo cambia en la vida del cristiano. Porque Cristo es Alguien para él, y también el hombre en quien Cristo se manifiesta (Mt 25). Desde la fe se aprende a interpretar la historia como designio de salvación. Lo cual es importante entre nosotros. Es urgente penetrar desde la fe la realidad global latinoamericana.

Hay un hecho que particularmente nos preocupa. Los jóvenes –que constituyen un verdadero cuerpo social en América Latina– se sienten fuertemente interpelados en su fe por la situación penosa que viven nuestros pueblos (marginados y oprimidos) y por sus legítimas aspiraciones a la liberación. Hay en ellos una especial sensibilidad para descubrir el grito del Espíritu en este signo de los tiempos.

Pero con frecuencia perciben que la única forma de vivir la fe –de ser cristianos– es comprometerse con la revolución y la violencia. Falta aquí una interiorización en la fe, una profundización auténtica en el Evangelio, una verdadera interpretación de los hechos en el contexto de la salvación.

10. Esto nos lleva a explicitar el *sentido de una Iglesia Profética*. Hoy la urgimos con insistencia en América Latina. Y podemos decir que es una de las características fundamentales de nuestra Iglesia como Iglesia de la Pascua.

Afortunadamente el Espíritu nos hace sentir, como responsabilidad y como gracia, la necesidad de asumir generosamente nuestra función profética. Quizás pudiéramos incluso decir –sin que ello signifique superioridad o dominio– que la Iglesia de América Latina se manifiesta al mundo como la Iglesia de la Profecía. Es decir, que su grito profético es hoy una vocación suya para la totalidad de la Iglesia Universal. No precisamente por prestigio o mérito de nuestra Iglesia, sino por la particular situación que vive el Continente.

Pero hemos de entender bien la Profecía. No se trata simplemente de denunciar las injusticias o gritar el pecado de los hombres. Esto entra también en la tarea del profeta (si es auténtico), pero no es lo único ni primero.

Además «*la pasión*» del profeta es el *Espíritu Santo*, no la agresividad humana. Precisamente una de las características más claras del profeta verdadero es la conciencia de sus límites y la dolorosa experiencia de su impotencia y su miedo (cfr. *Jr* 1, 4-10; *Is* 6, 1 ss.; *Ez* 2). De ahí su resistencia y la tentación de evadirse de la misión encomendada.

El *profeta es el hombre del Espíritu* que anuncia en su nombre las cosas de Dios. El profeta es hombre de oración y fiel a la transformación personal de la Palabra. El profeta es pobre y revestido de la fortaleza del Espíritu. El profeta ama profundamente a todos sus hermanos y golpea evangélicamente su corazón para salvarlos.

Cuando hablamos de nuestra Iglesia Latinoamericana como Iglesia Profética queremos entender la Profecía en tres sentidos:

–*Como proclamación de las maravillas de Dios* en el lenguaje diverso de los hombres. Es el acontecimiento profético de Pentecostés cuando el Espíritu Santo llena a los Apóstoles y anuncia así los tiempos definitivos (*Hch* 2). El contenido fundamental de esta comunicación profética es el hecho de la Resurrección de Jesús a Quien el Padre constituyó «Señor y Cristo» (*Hch* 2, 36). Su fruto es la conversión y la constitución de la comunidad cristiana primitiva (*Hch* 2, 37-47).

–*Como interpretación salvífica de la historia*. Es decir como lectura de los acontecimientos humanos en el contexto de la historia de la salvación. El profeta intuye el designio de Dios y descubre en cada momento el paso de Jesús, el Señor de la historia. Compromete así a los hombres a la entrega práctica de la fe en la transformación del mundo.

–*Como llamado evangélico a la conversión*. Desde la manifestación de Dios y el anuncio de la inminencia del Reino, el profeta llama a la conversión y señala sus caminos (*Mt* 3, 1 ss.). Es el sentido de la misión de Juan el Bautista –el más grande de los profetas antiguos (*Lc* 7, 28)– que «*proclama un bautismo de conversión para perdón de los pecados*» (*Lc* 3, 3 ss.) y revela a Cristo que ya está en medio de los hombres y es «*el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (*Jn* 1, 26-29).

Una Iglesia profética denuncia claramente las injusticias con la audacia del Espíritu. Pero solamente lo hace cuando –consciente de su fragilidad y su pobreza– se ha dejado revestir plenamente por el Espíritu de la Santidad y ha revelado totalmente a Cristo.

11. Por lo mismo, una Iglesia profética necesita ahondar –desde la profundidad interior del Espíritu– en dos elementos esenciales: la *fe* y la *oración*. Por allí tiene que caminar la Iglesia de América Latina como Iglesia de la Pascua.

Ante todo, la *fe*: como *respuesta* a Dios y *seguridad* en su Palabra. Como entrega y confianza. La Iglesia de América Latina siente hoy un llamado especial a ser «germen firmísimo de unidad, esperanza y salvación» (L. G. 9) en el Continente. Debe ser fiel, como María. «*Feliz, porque has creído*» (*Lc* 1, 45). Los pueblos latinoamericanos esperan de nuestra Iglesia –obispos, presbíteros, religiosos y laicos– los frutos concretos de una fe que es iluminación, testimonio y compromiso.

Pero, además, la Iglesia Latinoamericana tiene que transmitir su fe en la Resurrección de Cristo. Creer que Cristo resucitó es tener seguridad de que *Cristo vive*: en la Iglesia como su Sacramento, en el mundo como Señor de la historia, en el rostro de cada hombre que peregrina en la búsqueda.

Finalmente, la *oración*. Una Iglesia Profética tiene que ser necesariamente contemplativa. Sólo podemos anunciar la Palabra de Vida que contemplaron nuestros ojos y tocaron nuestras manos. «*Lo que hemos visto y oído*». Sólo así –de un anuncio profético

que nace de la experiencia de lo contemplado– se puede esperar el fruto de una Iglesia comunión que engendra gozo y esperanza (*I Jn* 1, 1-4).

Por eso la Iglesia de América Latina –Iglesia de la Palabra y de la acción, de la encarnación y del servicio, de la transformación y del cambio– quiere ser la Iglesia del silencio, de la oración, de la contemplación.

### III. – Iglesia liberadora del hombre

«Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos» (*Lc* 4, 18).

12. Hay una conexión muy íntima –muy evangélica y pascual– entre la consagración del Espíritu, el anuncio de la Buena Nueva a los pobres y la proclamación de la liberación a los cautivos (*Is* 61, 1). Es la relación intrínseca entre el acontecimiento de Pentecostés, la proclamación auténtica del Evangelio y la liberación plena de los oprimidos. La misma liberación es fruto de la proclamación del Evangelio.

Una de las características fundamentales de nuestra Iglesia Latinoamericana –uno de sus compromisos más solemnes y constantes– es el de la liberación. Tema bíblico y pascual que es preciso entender en su plenitud y su riqueza. Podemos abusar del término. Podemos, también, vaciarlo de su contenido integral salvífico.

La «liberación» constituye una de las ideas claves de los Documentos de Medellín. Diríamos que el momento latinoamericano está marcado por un anhelo creciente de liberación y un compromiso religioso de la Iglesia. La Iglesia tiene que ser una respuesta a este llamado del Espíritu manifestado en la aspiración de los hombres y el grito de los pueblos.

Pero la «liberación» –plenamente entendida– es también el centro de la historia de la salvación y el fruto concreto de la Pascua. Por eso la Iglesia Latinoamericana –si experimenta de veras su vocación original como Iglesia de la Pascua– tiene que ser necesariamente liberadora de los hombres.

Pero ¿qué es la liberación? Es la realización en el tiempo de la salvación integral que nos trajo Cristo en esencial tensión escatológica. Se va haciendo en la historia, a través del compromiso de fe de los cristianos, pero se consumará en la gloria.

Por un lado la liberación implica el sacudimiento de toda servidumbre (empezando por el pecado que esclaviza: *Jn* 8, 33), opresión o dependencia injusta. Por otro es la creación de condiciones tales que hagan posible al hombre ser el sujeto activo de su propia historia.

En términos bíblicos la liberación coincide con la redención. Pero extendida a la totalidad del hombre, los pueblos y el cosmos.

Es la creación del «hombre nuevo» (*Ef* 2, 15; 4, 24; *Col* 3, 10), renacido de lo alto por la acción del Espíritu (*Jn* 3, 5) y revestido de Cristo (*Ga* 3, 27). Es el hombre que ha sido hecho en Cristo «una nueva creación» (*2 Co* 5, 17) y que vive ahora, como hijo de Dios, según el Espíritu que inhabita en él, lo conduce, grita en su interior al Padre y lo lleva a la manifestación perfecta y a la gloriosa libertad de los hijos de Dios (*Rm* 8).

El hombre nuevo es el hijo de Dios; su forma es Cristo, su principio interior el Espíritu, su término la gloria definitiva del Padre. Es el hombre libre, fraterno, señor de las cosas.

Cuando en América Latina hablamos de «liberación» no queremos encerrarnos en el ámbito de lo puramente socio-económico y político. Al menos no es ese el concepto evangélico que proclamamos. Sería una forma de ateísmo moderno (G. S. 20). Tampoco



queremos limitarnos a la formación de un hombre nuevo según el esquema provisorio de una temporal proyección histórica (G. S. 10).

Nos interesa la totalidad del hombre, la globalidad de su salvación, la riqueza plena de su libertad en Cristo (*Ga* 5, 1).

Pero tampoco excluimos –antes al contrario lo exige la unidad del hombre y de la misión esencialmente salvadora de Cristo– la serie de acondicionamientos temporales que permiten al hombre realizar su vocación divina, ser dueño de su destino, reflejar verdaderamente la imagen de Dios y desarrollar «la semilla del Verbo» (A. G. 11) plantada en su interior desde el principio. «El Evangelio anuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios, rechaza todas las esclavitudes que derivan, en última instancia, del pecado» (G. S. 41).

La liberación, en su sentido pleno, abarca la totalidad del hombre, alma y cuerpo, tiempo y eternidad, persona y comunidad. Se inscribe en el dinamismo escatológico de la redención que nos describe Pablo en la Carta a los Romanos. No sólo el hombre –que posee ya las primicias del Espíritu– sino todo el cosmos redimido en esperanza ansía vivamente y marcha hacia la liberación perfecta y consumada. Se dará cuando Cristo vuelva y –sometido el último enemigo que es la muerte– entregue al Padre el Reino definitivo «*para que Dios sea todo en todo*» (*I Co* 15, 28).

13. Para entender la liberación cristiana es preciso penetrarla y descubrirla desde el interior del Misterio Pascual de Cristo. Cristo es el que vino a «*quitar el pecado del mundo*» (*Jn* 1, 29), a «*salvar a su pueblo de sus pecados*» (*Mt* 1, 21) y «*dar su vida como rescate por muchos*» (*Mt* 20, 28). Es el sentido de su Encarnación Redentora, de su predicación del Reino y de la manifestación de su gloria en los milagros, de su vida y de su muerte, de su cruz y su resurrección. Cristo ha venido para quebrar el imperio del demonio y para arrancarnos de la esclavitud del pecado, de la ley y de la muerte (*Rm* 8, 2).

Para ello nos comunicó «la verdad» que nos libera (*Jn* 8, 32) e infundió en nosotros «un agua que salta hasta la vida eterna» (*Jn* 4, 14). Somos libres por el Espíritu de adopción que recibimos (*Rm* 8, 15) como fruto de la glorificación de Cristo por la cruz (*Jn* 7, 39). Allí alcanza su plenitud la historia de la salvación que empieza con la liberación de Israel de «*la casa de la servidumbre*» (*Ex* 13, 3).

Pero el Misterio Pascual de Cristo recrea totalmente al hombre –lo hace integralmente nuevo y «*llamado a la libertad*» (*Ga* 5, 23)– y lo libera de toda servidumbre derivada del pecado: egoísmo, ignorancia, hambre, miseria, injusticia, muerte.

Cristo no se contenta con perdonar los pecados o predicar la Buena Nueva del Reino; multiplica los panes, cura a los enfermos, y resucita a los muertos. Es que a Cristo le interesa la totalidad del hombre y la integralidad de su salvación. La Iglesia prolonga ahora la misión salvadora del Señor (G. S. 3).

14. Pero más que una explicación teológica del sentido mismo de la liberación yo quisiera describir el modo cómo interpela hoy a la Iglesia en América Latina y cuál es –en la actividad de la esperanza y la fecundidad de las Bienaventuranzas Evangélicas– el camino para la liberación cristiana del Continente.

Hay una manifestación de Dios en el despertar de la conciencia de nuestros pueblos. La Iglesia lo asume con audacia en el Espíritu para impedir que se autodestruyan en la desesperación.

Por un lado los hombres descubren su situación infrahumana, su marginación, su dependencia injusta (en todos los niveles: socio-económico, político, cultural, etc.). La Iglesia –como «conciencia crítica» (Sínodo 71) desde la profundidad del Evangelio– la

define como «situación de pecado» (Med. Paz 2, 1). Hay un estado de injusticia estructurada que clama al cielo (P. P. 30).

Corresponde a la Iglesia –por exigencia de su misión esencialmente religiosa– denunciarlo y provocar la conversión. Es tarea primordial de la Iglesia «quitar el pecado del mundo»: del corazón de los hombres, o del interior de las instituciones. Proclama el cambio radical y urgente de las estructuras (P. P. 32); pero sin incitar a la violencia ni alentar la desesperación o la amargura. Grita la conversión y crea una conciencia nueva con la fuerza del Evangelio y el poder del Espíritu. Sigue creyendo en la infalible eficacia de la Palabra y de la acción de Dios. Aunque hayamos perdido la confianza en la palabra y la promesa de los hombres.

Por otro lado, los hombres y los pueblos descubren su vocación divina y el sentido de la historia. Se sienten urgidos a ser sujetos activos de la realización de su destino. No pueden dejar de ser ellos mismos. No pueden traicionar –por pereza o por servidumbre– su vocación única y suprema (G. S. 22). No pueden contemplar pasivamente desde fuera cómo se va haciendo la historia sin ellos. No pueden autodestruirse como persona o como pueblos. No pueden apagar «la imagen de Dios» en su vida o en su tarea.

La Iglesia se siente también aquí comprometida: a revelar a los hombres la globalidad de su dignidad personal (P. P. 13), a alentar y facilitar la realización de su vocación divina, a solidarizarse con sus angustias y esperanzas. Tiene que ser «el alma de la sociedad» (G. S. 40).

Aquí entra, sobre todo, la urgencia concreta del compromiso de fe de los cristianos. «Lo que el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo» (Epíst. a Diogneto: cfr. L. G. 38). La fidelidad del cristiano a sus tareas temporales –construyendo así la historia con espíritu evangélico– es expresión práctica de su fe y manifestación de su perfecta fidelidad al prójimo y a Dios (G. S. 43).

15. Éste es el camino evangélico para la liberación cristiana del Continente. Hay entre nosotros –incluso en el interior de la Iglesia misma– una especie de cansancio y desaliento. El único camino que se abre es la desesperada tentación de violencia. Resulta estéril la palabra, lento el cambio, improbable la conversión.

Pero entonces tendríamos que negar el Evangelio, desconfiar de la fecundidad de la cruz y renunciar a la infalible eficacia de la Palabra.

Por eso hace falta, más que nunca, insistir en la *actividad creadora de la esperanza cristiana* y en el poder transformador de las *Bienaventuranzas Evangélicas*.

La *esperanza es tensión escatológica*; supone desprendimiento y vigilia. Pero es también, *creación y compromiso*. «La esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales» (G. S. 21). Mientras esperamos «*los cielos nuevos y la tierra nueva en que habitará la justicia*» (2 Pe 3, 13) se nos exige construir la historia y transformar el mundo. La esperanza cristiana es actividad y comunión en el camino.

Hace falta comunicar a los hombres desalentados la seguridad de la Resurrección, la permanente presencia de Cristo Señor del universo y la continua actividad del Espíritu Santo en el interior de la historia. Hay que gritarles a los hombres que el Reino de Dios está en medio de nosotros y que exige conversión y entrega en la fe (Mc 1, 15).

Estamos viviendo en América Latina un capítulo –muy duro y difícil, pero extraordinariamente fecundo– de la historia de la salvación. Con tal que todos lo asumamos como gracia y como llamado. Es posible la paz. Porque es posible la justicia y el amor. Porque es infalible el Evangelio.

Si se vive el dinamismo creador de la esperanza cristiana –que no es espera pasiva y ociosa, sino seguridad y compromiso, actividad y firmeza– llegará para América Latina la hora de la liberación anhelada. Pero no basta la esperanza de unos pocos. Tiene que ser la esperanza de la Iglesia.

Se nos exige a todos los cristianos que seamos enteramente *fieles al Sermón de la Montaña*. Que vivamos a fondo las *Bienaventuranzas Evangélicas*. Hasta ahora las hemos aprendido y enseñado; pero falta celebrarlas en la vida. No somos verdaderamente pobres, ni mansos, ni misericordiosos. No tenemos hambre sincera de justicia. No hemos amado a Dios con toda el alma, ni hemos descubierto a Cristo en los hermanos. Por eso no hemos saboreado la cruz ni hemos servido de veras a los hombres.

Los pueblos esperan de nosotros la liberación. O la ofrecemos nosotros por la fecundidad pacificadora del Evangelio o la intentan ellos por los caminos de la violencia.

El momento que vive América Latina –momento de salvación y de gracia– es definitivo. Y es el desafío más grande para la Iglesia: o el Evangelio es una utopía o los cristianos no vivimos el Evangelio. Porque el único camino para la liberación verdadera pasa siempre por la Pascua de Jesús –anonadamiento y resurrección, cruz y esperanza– y se prolonga entre nosotros por el espíritu transformador de las Bienaventuranzas Evangélicas.

## **Conclusión**

16. Ésta es la Iglesia de América Latina que hoy va descubriendo su fisonomía propia y –desde su pobreza– busca ser fiel a su vocación original. Se siente particularmente comprometida por el Señor, evangélicamente interpelada por las aspiraciones de los pueblos y penetrada por el Espíritu de Pentecostés. Es la Iglesia de la Pascua: Iglesia en comunión y en esperanza, Iglesia de la profecía y del testimonio, Iglesia de la novedad pascual y la misión, Iglesia-Sacramento del Señor Resucitado.

Va naciendo entre nosotros como nació en María: en la pobreza, en el silencio, en la disponibilidad. En Ella –la Virgen Fiel, «la humilde servidora del Señor» (L. G. 56) aprende y asegura su propia fidelidad: al Espíritu que la cubre con su sombra (Lc 1, 35) y a los hombres que esperan su servicio (Mt 20, 28).

Uno de los signos de la acción de Dios en América Latina –providencial inspiración del Espíritu a su Iglesia– ha sido la creación del CELAM. Precisamente su naturaleza teológica es esa: *expresar y hacer la comunión* entre las Iglesias Particulares. No es una estructura de gobierno –superconferencia– sino un organismo de servicio. Fundamentalmente es un alma y un espíritu.

La esencia del CELAM es manifestar y promover la colegialidad episcopal al servicio de la comunión de los fieles. Mucho antes que el Concilio definiera la colegialidad episcopal –y que el Sínodo de los Obispos la profundizara– ya el CELAM la vivía y realizaba. Fue intuición providencial y don de Dios a nuestra Iglesia. Sentimos por eso el gozo de una gracia y la responsabilidad de un compromiso.

El CELAM no es la Iglesia de América Latina. No la agota en la plenitud de su riqueza ni en la totalidad de sus perspectivas. Pero la expresa en la originalidad de su búsqueda y en la fuerza transformadora de su presencia: como Sacramento del Señor, como Sacramento de unidad, como Sacramento universal de salvación.

Si hubiéramos de sintetizar los frutos alcanzados por el CELAM señalaríamos los siguientes:

–haber creado un sentido de *colegialidad episcopal*, y de comunión de Iglesias Particulares;

–haber ayudado a descubrir el *rostro propio* de la Iglesia Latinoamericana y su vocación original en el contexto de comunión de la Iglesia Universal;

–haber impulsado el dinamismo de *presencia de la Iglesia* en la actual transformación del Continente;

–haber promovido la *reflexión teológico-pastoral* propia sobre la realidad global latinoamericana;

–haber ofrecido su pensamiento autóctono y su experiencia simple a la variada riqueza de la Iglesia Universal.

Así vivimos la comunión en el Espíritu (2 Co 13, 13). Necesitamos ser pobres y generosos. Pobres para recibir con alegría; generosos para dar con sencillez.

En América Latina experimentamos más que nunca la necesidad de una Iglesia Comunión. Por eso les pedimos en el Señor que nos ayuden: a pensar y construir esta Iglesia de esperanza. Por eso, también, les ofrecemos esto poco que somos y tenemos. Son los dones de Dios en nuestra Iglesia de la Pascua.

Esta Iglesia que se expresa en la unidad de la enseñanza y la comunión, de la fracción del pan y las oraciones (Hch 2, 42).

Formamos un solo cuerpo porque hemos bebido todos de un solo Espíritu (1 Co 12, 13).

Desde América Latina –Continente de cruz y de esperanza– es el único anuncio que ofrecemos y la única invitación que formulamos: que vivamos todos en comunión, que nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo, Jesucristo, para que el mundo experimente la fecundidad salvadora de nuestro gozo completo en el Espíritu (1 Jn 1, 3. 4).

## NOTAS

1. Tomado de «Criterio» n. 1652, año XLV, setiembre 1972.

*Cultor de la amistad*  
**SOLEDAD Y AMISTAD SACERDOTAL<sup>1</sup>**

---

Amamos a Jesucristo en la medida en que amamos nuestro sacerdocio. Y amamos nuestro sacerdocio en la medida que amamos auténticamente a los sacerdotes. «Cristo es la fuente de todo sacerdocio» (S. Tomás).

Esto significa que debemos vivir indisolublemente conectados: Cristo, el Obispo y los sacerdotes. Y correr juntos los riesgos y las alegrías de esta fundamental conexión.

«El individualismo es un pecado contra el sacerdocio; ya se trate de un individualismo vertical, que separa más o menos al sacerdote de su Obispo, ya se trate de un individualismo horizontal que separa a los sacerdotes los unos de los otros» (Pío XII). El gran interés del demonio –y de sus potencias en la tierra– está precisamente en esto: en quebrar nuestro sacerdocio, ya sea vertical, ya sea horizontalmente.

El gran pecado contra la santidad y la eficacia de nuestro sacerdocio es el aislamiento y la soledad sacerdotal. Mons. Ancel preguntaba un día a 300 sacerdotes reunidos en Ars: «¿Cuál es el mayor obstáculo que encontráis para vuestra santificación?». Y todos respondieron: «La soledad».

Hay tres tipos de soledad.

Hay la *soledad material*, física o geográfica, provocada por la distancia. Éste es un fenómeno objetivo, independiente de nuestra voluntad, en algunos casos insalvable. Los sacerdotes de zonas rurales necesitan muchas horas –a veces algunos días– para comunicarse. No es sólo el problema de la distancia; existe también el problema del transporte. Esta soledad material puede ser desastrosa o fecunda. Será fecunda si se convierte en enriquecimiento interior. De lo contrario será un doloroso encuentro con la amargura personal o con la superficialidad del ambiente.

Hay la *soledad moral* o psicológica, provocada por la indiferencia o el egoísmo. Existe también en los grandes pueblos. Sacerdotes que viven encerrados en sí mismos e impermeables a las necesidades del hermano. Se da también en las ciudades con muchos sacerdotes, en las Comunidades, en los Seminarios. Es un fenómeno subjetivo. Trabajamos en el mismo campo, vivimos bajo el mismo techo, comemos en la misma mesa; pero no nos importan los problemas de los hermanos. Ni siquiera los conocemos. Solamente nos interesan sus fracasos o sus defectos. Vivimos encerrados en nuestro egoísmo individual o en nuestro egoísmo de grupos. Los sacerdotes que trabajan en el Seminario pueden vivir desconectados de los problemas y dificultades de los sacerdotes que trabajan en las parroquias. Los sacerdotes que se dedican a la A. C. pueden mirar con indiferencia a los que trabajan en la J.O.C. Los de la J.O.C. pueden mirar con lástima a los que se dedican al estudio. Y vamos quebrando nuestro común sacerdocio. No hay peor cosa que «ignorarlos» mutuamente.

Hay, además la *soledad espiritual* (quizás el término no sea feliz), provocada por el desprendimiento. Ésta es esencialmente sacerdotal y fecunda. Es plenitud y riqueza. Es la que exige N. Señor: que dejemos todas las cosas, que nos apartemos de todos, que nos desprendamos de todo. Que subamos al Monte y oremos. No para encontrarnos con nosotros mismos, sino con Dios y con los hombres. No hay peor infierno que el de nuestro propio interior humano, con todas sus miserias y flaquezas, con todos sus problemas y amarguras. La soledad espiritual es una liberación de todo –esencialmente una liberación de sí mismo– para encontrar a Dios. Allí se da el descanso y la serenidad que brotan del orden. Y la alegría solemne y austera que nace del amor.

Ésta es la soledad del genio y del santo. Que exige mucho silencio y hondura. Pero es esencialmente interior; por eso se la puede tener aún conviviendo con los demás. No es necesario siempre recluirse en un Convento o subir materialmente a la montaña. Más aún esta soledad es servicio generoso a los demás. Toda soledad fecunda es un reencuentro con nuestro profundo ser sacerdotal, con Jesucristo Sumo Sacerdote.

Desde otro punto de vista –quizás un poco incluidos en la clasificación anterior– podemos distinguir estos tres tipos de soledad moral:

a) Hay la soledad del *sacerdote autosuficiente*, que no necesita de los demás. Tiene sus libros, sus amigos, sus formas cómodas de piedad individual. La convivencia sacerdotal – con los propios compañeros de Seminario– no le resulta necesaria. Hasta la juzga superficial y demasiado humana. Vive espiritualmente cómodo. Las cosas le han ido siempre bien; no tuvo conflictos con sus Superiores ni con sus compañeros. Pero ésta es una paz negativa. Ausencia de discordia y de lucha. La paz positiva –la única que es reposo del orden– es fruto interior de la caridad.

El sacerdote «autosuficiente» vive la quintaesencia del egoísmo. La amistad sacerdotal – aunque esencialmente nos enriquece– no es esencialmente para enriquecernos sino para enriquecer a los demás. Podemos no necesitar nosotros de los demás; pero los demás pueden tener necesidad de nosotros. La caridad nos exige tener la sensibilidad despierta a los problemas de los demás. Saber acercarnos a ellos, descubrir sus problemas, compartirlos, iluminarlos, solucionarlos.

Hay tres formas abominables de egoísmo sacerdotal: no alabar nunca al hermano que triunfa, alegrarnos del hermano que fracasa, despreocuparnos del hermano que cae.

b) Hay también la soledad del *sacerdote amargado*, que vive permanentemente la tristeza de su sacerdocio vacío y fracasado. Que huye la compañía sacerdotal porque puede resultarle un reproche la generosidad del hermano. Que considera inoperante cualquier reunión sacerdotal. ¿Por qué reunirnos? ¿Para qué las Jornadas Sacerdotales? ¿Para qué las Semanas de Estudio? ¡Si todo continúa inevitablemente lo mismo! Éste es el tipo de sacerdotes que siembran perennemente el pesimismo entre sus hermanos y secan la fuente de su esperanza.

c) Hay, finalmente, la soledad del *sacerdote arrinconado*, que padece el «complejo de inferioridad». Se siente psicológicamente disminuido ante los demás. No habla nunca porque lo suyo no vale. Si dice algo, le parece siempre haber dicho una vulgaridad. Al menos nunca se arriesga a dar una opinión. Por eso no acude a las reuniones. Sufre internamente y se encierra en su amargura. Se siente abandonado, incomprendido, por sus Superiores; conscientemente aislado de sus compañeros. A veces los sacerdotes contribuimos dolorosamente a crear situaciones así entre nuestros hermanos.

¿Cuáles son las consecuencias de la soledad?

Cuando la soledad material no es superada –convertida en fecunda soledad espiritual– o cuando se vive culpablemente cualquiera de las tres formas de la soledad moral o psicológica (autosuficiencia, amargura o complejo de inferioridad), las consecuencias son terribles.

La soledad priva del aliento, de la experiencia, de la corrección de los demás.

Nos hace muchas veces falta una palabra de aliento. Un elogio austero que nos impulse o nos levante. Los sacerdotes difícilmente nos elogiamos. Somos seudosupernaturalistas; creemos que todo se reduce a fórmulas desencarnadas, a un espiritualismo angélico, y olvidamos que el cristianismo es esencialmente el misterio de un Dios *encarnado* y que el sacerdocio es el misterio de un *hombre* transformado. No se trata de adular; esto sería un

imperdonable pecado contra la veracidad sacerdotal. Pero nos hace falta una palabra que nos levante. La necesitamos del Superior y del hermano sacerdote. ¡Qué bien nos hace, por ejemplo, un elogio sereno cuando sentimos el peso aplastante de nuestra propia miseria, o el aparente vacío de nuestra vida o la dolorosa impresión de nuestro fracaso sacerdotal! ¡Cómo empezamos de nuevo!

Necesitamos, también, la experiencia de los demás. Nos ahorra tiempo y esfuerzos; multiplica nuestras energías y nuestros éxitos. Contarnos las cosas abre horizontes nuevos en nuestro ministerio. Rara vez un sacerdote solo agota las posibilidades pastorales. Además la generosidad sacerdotal exige que comuniquemos a los demás los frutos de nuestras experiencias.

La corrección fraterna –hecha a tiempo y con delicadeza– preserva de las caídas y abre horizontes de santidad heroica. Hay posibilidades insospechadas en nuestros hermanos y es necesario que les ayudemos a explotarlas.

*La soledad desconecta de los libros y de la oración misma.* Siembra el hastío y el cansancio. Es necesaria una fuerza interior, una gracia de estado especial, para no contaminarse del aburrimiento. Si no existe una honda inquietud espiritual –nacida en el Seminario y alimentada en el ministerio– el sacerdote que está solo corre el grave riesgo de superficializarse. No aguanta más lecturas que las revistas y las noticias breves de los periódicos.

*Nos vuelve fríos, seca nuestro corazón.* Lo cual es un grave peligro en nuestro ministerio de amor. Ya no sabemos amar, ni compadecer bien. Kierkegaard tiene una frase terrible: «Nada más exacto que esta frase de Pascal, la más justa de cuantas han sido dichas jamás acerca de la cristiandad: es una sociedad de gente que mediante algunos sacramentos se sustraen al deber de amar a Dios». Nosotros podríamos añadir, a propósito de nosotros mismos: somos una sociedad de gente que, mediante algunas fórmulas desencarnadas, nos sustraemos al deber de amar a nuestros hermanos.

*La soledad nos vacía.* Una forma de enriquecernos es hablar de lo nuestro, de lo sacerdotal, con nuestros hermanos. Podremos tener almas privilegiadas, amigos laicos, que nos elevan espiritualmente mucho; pero hay un campo vedado a ellos, un lenguaje que ellos no pueden entender, un contenido sacerdotal –inquietudes, proyectos, fracasos– que ellos no pueden compartir. Si intentáramos compartirlo nos haríamos mutuamente mal. Hace falta una comunicación sacerdotal. Una aspiración natural del hombre es saber; inmediatamente surge la segunda aspiración: comunicar lo que sabemos, pero con la sensación de ser comprendidos en lo que decimos. Esta intercomunicación es infaliblemente fecunda.

Contra la soledad oponemos la amistad sacerdotal. S. Tomás escribió cosas hermosas sobre la amistad en general, comentando a Aristóteles en la *Ética*, y a propósito de la caridad teológica que él define «una cierta amistad con Dios».

La amistad sacerdotal es la primera forma de la caridad teológica. Porque amamos la obra más perfecta de Dios –que son los sacerdotes– y porque amamos lo más próximo a nosotros mismos, lo más «alter ego». No practicamos la caridad –en su movimiento hacia el prójimo– si no empezamos amando a los sacerdotes.

Esto hay que entenderlo bien por dos cosas:

1ª Para que nuestra amistad no se convierta en simple camaradería o vacío compañerismo. Nuestra amistad tiene una dimensión más honda y más extensa. Comprende lo humano –entra también la sensibilidad– pero hunde sus raíces en la caridad teológica que

es la «forma de todas las virtudes». Una amistad sacerdotal auténtica tiene necesariamente que santificar.

2ª Para que aprendamos a sacrificar cualquier cosa ante una exigencia de la amistad sacerdotal. Es necesario dejarlo todo –aún lo más aparentemente urgente de nuestro ministerio– para atender una grave necesidad del hermano. A veces sentimos escrúpulos de dejar la Parroquia unas horas –un día– para visitar a un sacerdote que nos necesita o del cual necesita nuestro sacerdocio. El sacerdote es antes que la Parroquia; salvado o santificado un sacerdote se santificarán las almas. De lo contrario se hunde todo.

Toda amistad auténtica supone tres cosas: benevolencia, reciprocidad, comunicación de bienes.

**BENEVOLENCIA.** Es la esencia de la amistad. «Amar es querer el bien a alguno», dice S. Tomás. Esto supone desinterés y entrega; olvido de sí mismo y generosa donación al otro. Para desearle y procurarle el bien específico suyo. En el sacerdote es el bien de su propio sacerdocio: su santidad personal y la fecundidad de su ministerio. Amar a un sacerdote es desearle y procurarle la santidad. No es amistad la que se desentiende del bien sobrenatural –sacerdotal– del amigo. Es simple y vacío compañerismo. Toda amistad es un enriquecimiento espiritual del prójimo: superación en la santidad.

**RECIPROCIDAD.** Aunque no lo busquemos, si la amistad es verdadera nos enriquece personalmente. Nos santifica a nosotros mismos y nos equipa bien para el apostolado. *Amicus amicus amicus.*

**COMUNICACIÓN DE BIENES.** Toda amistad nace de una semejanza y a la vez la ahonda. Es la comunicación substancial en la gracia y en el bien de nuestro sacerdocio. Nos amamos a nosotros mismos –nuestro propio bien sacerdotal– y amamos a Jesucristo Sumo Sacerdote.

Esta amistad verdadera se impone por tres motivos:

a) el mismo Jesús la enuncia y la manda. «*Os llamé amigos, porque os comuniqué los secretos del Padre*». «*Que sean una misma cosa*».

b) las necesidades personales la reclaman. Nos impulsa hacia arriba y nos inmuniza contra el desaliento.

c) la eficacia de nuestro ministerio la exige. Rendimos incalculablemente más cuando somos un «cuerpo sacerdotal», cuando los esfuerzos y las experiencias se multiplican.

¿Cómo se manifiesta la amistad sacerdotal?

*Saber elogiar sin adular.* El elogio es el oxígeno del alma; pero la adulación es su más aplastante asfixia.

*Saber corregir sin hundir.* Una palabra, un consejo, una visita, pueden salvar a un sacerdote y abrirle un horizonte de generosidad.

*Saber educar sin violentar.* Los sacerdotes más experimentados –los más dotados intelectualmente o equipados sobrenaturalmente por la gracia– tienen el grave deber de ayudar, de orientar, de hacer fecundo el ministerio de los demás. Educar sin violentar significa no pretender imponer nuestra propia forma de ser, nuestra personalidad, nuestra mentalidad. Ayudar a que cada uno sea cada uno y realice plenamente su personalidad sacerdotal, que será la personalidad de Cristo encarnado en su temperamento y formas humanas de convivir.

¿Cómo romper la soledad y abrirnos a la amistad?

Viviendo generosamente la caridad teologal. Saliendo de nosotros mismos. No para dispersarnos en las cosas o en los hombres, sino para encontrar a Cristo en los demás. La caridad supone austeridad y sacrificio. Supone donación de sí mismo. Si somos sacerdotes



somos una «donación sagrada». Exige que nos entregemos, primero, a nuestros hermanos sacerdotes para elevarlos en la santidad. Lo cual es, fundamentalmente, una heroica y generosa donación a Jesucristo Sacerdote.

Las reuniones sacerdotales son una forma de romper la soledad. Como tal que sean sobrenaturales, abiertas y espontáneas; pero con la espontaneidad que nace del amor. Tenemos que reunirnos, no para resolver problemas o cambiar estructuras, sino para vivir más intensamente la común unidad de nuestro sacerdocio.

Vivir juntos nuestras alegrías sacerdotales. Quizás parezca demasiado pueril o demasiado humano, pero es necesario también convivir (al menos espiritualmente) nuestras grandes fechas: aniversario de nuestra ordenación, día onomástico, fiestas patronales, etc. Unas breves líneas, escritas con sinceridad, hacen muchísimo bien a nuestros hermanos.

Los pecados más graves contra la caridad sacerdotal no son precisamente los de crítica o de calumnia, sino los de *omisión*. Los pecados de *ausencia* o de *indiferencia* sacerdotal. No hablamos teológicamente, sino psicológicamente. Algo así como cuando S. Tomás dice que el pecado más grave es el pecado contra la esperanza; no se refiere a una calificación teológica porque es evidente que «teológicamente» es más grave el pecado de odio (contra la caridad) y el de infidelidad (contra la fe). Pero desde el punto de vista psicológico es más grave la desesperación: porque seca la fuente misma de la resurrección y es comienzo de un declive acelerado. También la indiferencia o ausencia sacerdotal seca las fuentes de nuestro sacerdocio; porque seca las fuentes del Amor.

Debemos vivir en el Amor. Esto supone vivir con generosidad la alegría austera de una amistad sacerdotal santificadora.

## NOTAS

<sup>1</sup> Tomado de «Notas de Pastoral Jocista», año X, noviembre-diciembre (1956), pp. 4-12.

## **PERFIL SACERDOTAL DEL CARDENAL EDUARDO FRANCISCO PIRONIO**

---

Cardenal Antonio Quarracino<sup>1</sup>

Cuando en sus designios eternos Dios elige a un hombre para que sea su sacerdote, le concede la gracia de un don gratuito -por ello inmerecido- y exigente por ser prolongación y configuración de Cristo sacerdote, Palabra hecha carne y Víctima Redentora.

Pero si un hombre recibe el don del sacerdocio es, a su vez, como sacerdote del Altísimo, un don entregado a los hombres, don para la Iglesia santa, un don para el bien del Pueblo de Dios.

La vida del sacerdote se juega en un doble intercambio: es todo para Dios, hombre de Dios y de sus misterios; es todo para los demás, porque está constituido en favor de sus hermanos, los hombres. La fidelidad al don de Dios, y la generosidad en su entrega a los demás, se entrecruzan en la existencia sacerdotal y la podrían sintetizar.

Vivir todo esto en la humildad, en la fidelidad a la Palabra de Dios y en la oblación diaria a los hermanos supone -y no temamos a la palabra, sí privémosla de toda exageración- un lento martirio, no en sentido cruento, sí en su significación testimonial. Martirio significa testimonio.

Y lo que valora todo esto no es el tiempo sino la intensidad con que se lo vive; pero cuando a lo último se le añade la prolongada perseverancia, la intensidad se ahonda y su vigencia se hace más valiosa a los ojos de Dios y más eficaz en la Santa Iglesia.

Hoy nos reunimos para celebrar en el altar y agradecer junto con nuestro hermano Eduardo Pironio, el don que hace 50 años le entregó Dios, y para entonar un himno de gratitud por el don que en su persona consagrada hizo a la Iglesia.

Digamos, sin concesiones a la retórica, que quienes lo habían visto recorrer la etapas de su formación sacerdotal -superiores y compañeros-, cuando su obispo le impuso las manos, tenían el claro presentimiento de que la Iglesia le abría al joven sacerdote espacios que iba a llenar generosa y espléndidamente. Quienes no previeron aquello fue porque eran ciegos o tenían velados sus ojos por la superficialidad.

Y así, su vida y figura sacerdotales fueron llenando aquellos espacios con su espíritu sacerdotal, indeclinable amor a la Iglesia, marcados con una espiritualidad tan profunda como serena. Respetuosamente dejo para su personal visión en estos días el recorrido de las distintas fases y tareas de su rica vida sacerdotal y episcopal con sus cuotas de cruz y de gozo. Prefiero anotar algunas coordenadas de su existencia sacerdotal.

Acontece muchas veces que una virtud o fuerza interior da color, aliento o significación a una vida, en sus palabras, gestos y actitudes. Me atrevo y permito señalar esto en Eduardo Pironio y decir que su palabra clave, su fuerza central es la esperanza. ¡Cuántas veces habló, escribió, enseñó y confortó en la esperanza y por ella! Claro que viviéndola intensamente primero él mismo, y sabiendo también a veces esperar contra toda esperanza.

Vivir la esperanza significa vivir y transmitir la paz. Sin pretenderlo las más de las veces, la fue entregando como quien da un regalo sin que se lo pidan. Simplemente tratarlo ha significado recibir serenidad y paz.

Vivir la esperanza significa también en el orden de las relaciones humanas, vivir la lealtad, esa virtud propia del caballero y que la consagración sacerdotal la ubica en un plano superior, el de la espiritualidad, evangélicamente recia.

Ya sé que la frase es de cajón, pero no puedo menos que recordarla hablando de Pironio: hizo de la amistad un culto.

Largos años de fraternal amistad me permiten indicar -entre tantos- estos pocos rasgos de una personalidad y de una existencia sacerdotal en las que los abundantes dones naturales se vieron enriquecidos y embellecidos por la virtud.

Por eso vemos en él un don generosamente entregado por Dios a la Iglesia argentina y a la Iglesia universal. Así, los dos primeros decenios de su vida sacerdotal fueron consagrados con entusiasmo, generosidad y sacrificio a la formación espiritual, intelectual y humana de esa esperanza de la Iglesia que son los candidatos al sacerdocio.

Ya obispo, fue la Iglesia latinoamericana la que pudo y supo apreciar, en época nada fácil, su sabiduría, su prudencia en circunstancias oscuras, su firmeza cuando era necesaria.

Luego vino la etapa universal cuando la decisión de Pablo VI le pide el esfuerzo eclesial de atender la congregación de la Vida Religiosa; y, después, Juan Pablo II pone en sus manos el Pontificio Consejo de los Laicos. Y en Roma y desde Roma se pusieron en evidencia aquellas dotes que hemos señalado cuando estuvo al frente del CELAM, con un acento que junto a Pedro aumentó en intensidad: crecieron y se dilataron la fuerza y las energías de su caridad eclesial, de su amor a la Iglesia viva y a su Señor.

Llega así el Cardenal Pironio a los 50 años de su ordenación sacerdotal. No me permito descender a señalar personas y circunstancias muy cercanas a su sacerdocio y a su corazón. Son cosas de las que se puede decir lo que San Agustín decía del Señor: «Intimior intimo meo». La intimidad del corazón es una realidad que merece el máximo y silencioso respeto, y hay que dejar al profundo y personal diálogo con Dios.

Ya sé que dije cosas que pudieron haber herido la pudorosa modestia del Cardenal Pironio. Sé que tiene suficiente humildad y paciencia para no causarle disgusto.

A algún otro pudo parecerle que se trató de un panegírico. Digo que está bien no esperar la hora de la despedida final para dejar asentadas ciertas afirmaciones.

¡Cincuenta años vividos de manera intensamente sacerdotal!

El Señor le depare otros largos años para gloria del Padre y bien de la Iglesia de Cristo el Señor, y acompañado siempre por la mirada y la manos de María Madre.

Señor: gracias por habernos dado el don de Eduardo Pironio, sacerdote.

## Notas

<sup>1</sup> Homilía pronunciada en la Basílica de Luján el 4/12/94. Tomada de Quarracino, Card. Antonio: «Perfiles sacerdotales», Ediciones AICA, Buenos aires, 1995, pp. 62-64.

## CARTA A MONSEÑOR LUCIO GERA, CON MOTIVO DE SU JUBILEO SACERDOTAL<sup>1</sup>

---

Roma, septiembre 1997

Muy querido Lucio:

Estás cumpliendo tus 50 años de sacerdocio. ¡Qué gracia de Dios para ti y qué don tan fecundo para la Iglesia! No podría faltar mi palabra de amigo. ¡Cómo quisiera estar a tu lado para compartir tu alegría profunda y tu gratitud sincera al Dios de la fidelidad! Lo hago desde aquí, desde Roma que tú conoces y amas, desde el corazón de la Iglesia a la que nos enseñaste magistralmente a conocer y a la que has servido siempre como hijo fiel. Me ha hecho mucho bien tu amistad y me ha confortado en los momentos difíciles. Supiste compartir mis alegrías con tu silencio, tu oración y tu cercanía espiritual. Comprendiste muy bien la recomendación de San Pablo: *«Alégrense con los que están alegres, y lloren con los que lloran»* (Rm 12, 15). Lo he sentido muy hondamente en mi vida, compartiendo cruces y esperanzas. Es que todo partía de una experiencia profunda del amor de Dios que nos envolvía en la recomendación concreta del Apóstol: *«Amen con sinceridad»* (Rm 12, 9). Más propiamente todavía todo parte de aquella caridad que Santo Tomás define como una «cierta amistad del hombre con Dios» (II, IIae, q. 23 a. 1). ¡Qué formidable! ¡La caridad –la más perfecta de las virtudes– definida como una forma de amistad! Es que la amistad verdadera supone siempre estas tres cosas: la benevolencia (querer el bien para el amigo), la reciprocidad (el amigo es amigo para el amigo) y la comunicación en algún bien (como Dios que nos comunica su propia felicidad y nos invita a la comunión de la felicidad perfecta en la eternidad). Santo Tomás –de quien ambos hemos aprendido tanto– nos enseña todas estas cosas (cfr. II, IIae, q. 23 a. 1). Pero lo más importante es que ambos hemos tenido, por pura gracia de Dios, una misma experiencia del amor de Dios. *«Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único»* (Jn 3, 16). Allí están las tres cosas (la benevolencia, la reciprocidad y la comunicación en el bien). Tu amistad ha sido siempre generosa y desinteresada, silenciosa y serena, en la profundidad de Dios y en la sacramentalidad de la Iglesia. Nunca la proclamaste en mis momentos aparentemente felices; en cambio la he sentido cuando el Señor me visitaba con la cruz.

Yo creo que la amistad pertenece a las almas nobles y sencillas; se da en los pobres y en los fuertes. Yo he comprendido en ti una capacidad sagrada de amistad sacerdotal. Se expresa, por momentos, en un gesto, un abrazo, una palabra. Pero uno la siente adentro; es como la sangre que circula por las venas sin que la veamos, pero que nos alimenta. Hay momentos en que uno siente la necesidad de la presencia del amigo (su palabra, su consejo, su gesto silencioso), pero sobre todo experimenta la urgencia de su cercanía espiritual, de su recuerdo, de su oración. Nos hace bien rezar juntos o saber que vamos caminando juntos contemplando en silencio el mismo mar (como aquella vez, a orillas de Ostia, sin preguntarnos nada).

Para intuir y gozar una amistad verdadera hay que ser pobre: sentir la debilidad propia y la generosidad desinteresada del amigo. Uno va con las manos vacías y el corazón abierto. No como quien pretende dar o enseñar, sino como quien necesita recibir sin exigirlo. Hay momentos en la vida que uno experimenta la gracia y el don del amigo. El sufrimiento es siempre un reclamo de la cercanía y la presencia del amigo verdadero, no como una forma de interés sino como una especial revelación del amor de Dios. Cuando Jesús nos llama sus amigos (Jn 15), nos señala dos cosas: que nos revela los secretos del Padre y nos llama a vivir en la comunión con el Padre. Me impresiona también que cuando Jesús quiere

enseñarnos la infalible eficacia de la oración (*Lc 11*) nos habla repetidamente del amigo: «Amigo, préstame tres panes, porque uno de mis amigos llegó de viaje y no tengo nada que ofrecerle». No quiero hacer una exégesis más profunda, ni sería capaz de hacerla. Tú serías capaz de hacerla (y nos haría bien a los dos), porque eres un teólogo contemplativo. Yo quiero simplemente decir que la oración es hablar con el amigo (en definitiva con el Amigo que es Jesús) y que nadie puede ser feliz sin amigos.

No quiero seguir más, porque temo enredar las cosas. Yo sólo quería decirte –en ocasión de tus 50 años de sacerdocio– cuánto he sentido tu amistad y cuánto bien me ha hecho sacerdotalmente: en mi vida personal y en mi ministerio. Necesitaba decírtelo para agradecerlo juntos al Señor. Además para pedirte, en este momento importante de mi vida, en este tramo final de mi camino («*voy entrando en la Vida*», diría Santa Teresita) que me acompañes con tu cariño y tu oración. Que ésa es la amistad verdadera. Querido Lucio: con mis mejores augurios, mi abrazo cordial y mi humilde bendición de hermano mayor en Cristo Sumo y Eterno Sacerdote y en María Santísima, nuestra Madre de Luján.

Eduardo F. Card. Pironio

#### Notas

<sup>1</sup> Tomada del libro «Juntos en su memoria», pp. 293 ss.

## UN SABIO Y UN AMIGO

---

*Homilía del Cardenal Antonio Quarracino, en la Misa exequial del Card. Eduardo Pironio celebrada en la Catedral de Buenos Aires, 12 de febrero*

Ha retornado a los brazos del Padre, el alma pura y limpia del Cardenal Eduardo Francisco Pironio; llegó para él la hora de la Pascua final, la de su paso a la eternidad. Está, ahora, contemplando *«lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman»* (1 Co 2, 9).

Créanme que resulta duro para alguien que ha compartido 60 años de entrañable amistad, evocarlo en este momento...

Se agolpan los recuerdos, los momentos de alegría y de dolor que juntos hemos convivido... Las reflexiones sobre temas y puntos que hacían a nuestra fe, a diversos y variados problemas y sus posibles soluciones, a comunes proyectos y tareas pastorales...

Todo ello hace brotar en mí sentimientos cuya marea interior se entremezcla en mi memoria y en mi corazón, hasta el punto de entrecortar mi voz y nublar mis ojos...

Cuando hace tres años, en la Basílica de Luján, con los obispos argentinos celebramos aquí, la Eucaristía jubilar del Cardenal Pironio, tuve la alegría de acceder a su fraternal pedido y referirme a la gozosa ocasión de sus 50 años sacerdotales.

Traté, entonces, de presentar un conciso resumen de su vida sacerdotal. Casi al final expresé lo siguiente: «Sé que dije cosas que pudieron haber herido la pudorosa modestia del Cardenal Pironio. Sé que tiene suficiente humildad y paciencia para no causarle disgusto. A algún otro pudo parecerle que se trató de un panegírico. Digo que está bien no esperar la hora de la despedida final para dejar asentadas ciertas afirmaciones».

Ni exultante panegírico ni lloroso recordatorio. A ustedes no necesito decirles quién fue y qué significó en la vida de la Iglesia argentina y universal el Cardenal Eduardo Pironio.

Es suficiente que en la serenidad de esta liturgia exequial, abran las puertas de su espíritu para contemplar con los ojos del alma la figura radiante del querido Cardenal.

Me permito, sin embargo, señalar **un hecho** y **un aspecto** entre los muchos de la rica vida espiritual del Cardenal Pironio.

**El hecho** –doloroso, por cierto– es que hemos perdido como Iglesia a **un sabio**. Uso esta expresión, pero totalmente desprovista del sentido racionalista que se le adjudica en nuestros tiempos. Se nos fue un sabio de la vida espiritual, con honda y firme fundamentación teológica.

Hace muchos años, mi padre –hombre sencillo– le formuló al padre Pironio una pregunta en tono jocoso: «Cuando usted habla, padre, ¿lo hace dirigiéndose a la inteligencia o al corazón de quien lo escucha?». Sonriente, Pironio respondió: «Al corazón». Y mi padre le replicó: «No, hay que dirigirse a la inteligencia». Luego tratamos de ubicarle, en sus respectivos lugares, las dos formas de responder.

Es claro que –como todos sabemos– en la inteligencia está la raíz de todo conocimiento, aun el de las verdades reveladas.

Bien lo sabía esto Pironio; y por eso estaba tan fundado en la Teología, la ciencia de la fe, a cuyas verdades no sólo adhería sino que profundizaba y las regustaba, las saboreaba: acción propia del don de Sabiduría.

Estas verdades sabidas con la inteligencia pasaban a su fervoroso corazón; y allí, por obra de una misteriosa alquimia de la Gracia y del don de Sabiduría, se transformaban en vida que engendraba vida. Su palabra, oral o escrita, llegaba al corazón y a la inteligencia de aquellos a los que iba dirigida. Se cumplía lo del Cardenal Newman: «Cor ad cor

loquitur» («El corazón habla al corazón»). Por eso, cada oyente o lector del Cardenal Pironio sentía que sus palabras eran dirigidas a él particularmente.

Este es **el hecho**: hemos perdido un sabio de las cosas sagradas, de aquellas que interesan para la santidad y la vida eterna.

Añado, enseguida, **un aspecto**, una característica que en el Cardenal Pironio había alcanzado el grado de virtud: **la amistad**.

La amistad que me dispensó generosamente durante más de 60 años; la amistad, de la que él hizo un culto y que era como desprendimiento o parte integral de su honda caridad.

Por eso, de la amistad del Cardenal Pironio es posible afirmar lo que San Pablo afirma acerca del amor: la amistad del Cardenal Pironio fue –para todos– comprensiva y servicial, dispuesta siempre a ayudar a todos y en todo; su amistad nada sabía de envidias, aunque él fuera objeto de envidias ajenas; una amistad siempre dispuesta a perdonar, a confiar, a esperar, a soportar.

He sido testigo de cómo trataba a personas de las que le constaba que habían hablado injustamente mal de él, o habían herido su sensible corazón: con una exquisita bondad, que involucraba perdón y, al mismo tiempo, afecto.

Nadie podía tratar al Cardenal Pironio sin sentir la cercanía de un hombre de Dios, que transmitía paz, y sin experimentar que era alguien con cuya amistad se podía contar.

Nos falta ahora, aquí, en la tierra, **un sabio** y **un amigo**.

Pero lo tenemos en el cielo, como fiel intercesor y vivo modelo en la memoria de nuestro corazón.

\* \* \*

Hermano Eduardo: amigo del alma (como una vez en un extremo de generosidad me definiste), te presento el afecto y la veneración de todos los que te quisieron y admiraron; y que ahora tienen la seguridad de tu intercesión ante el rostro del Padre que está en los cielos.

Sabemos que tendrás presente lo que en diálogo telefónico le prometiste al Santo Padre, casi en vísperas de dejar este mundo, cuando le dijiste: «Desde el cielo, seguiré rezando por la Iglesia».

No dejes de hacerlo también por esta porción de la Iglesia universal, por esta Iglesia argentina que te proclama como a uno de sus más eximios miembros, como a uno de sus más preclaros pastores: hubiera deseado que esto último te lo dijera nuestro hermano Monseñor Karlic, como presidente actual de la Conferencia Episcopal Argentina. En su ausencia, creo interpretar el sentir de nuestro Episcopado, de los sacerdotes y religiosas y del pueblo de Dios.

No pretendo ni quiero encomendarte más intenciones; las que podría añadir o sugerirte estoy cierto que las llevas como diseñadas en tu alma noble y generosa. ¿Acaso sería necesario recordarte a tu piadosa y sufrida hermana, a las religiosas que te acompañaron y a tu fiel secretario Fernando que estuvo a tu lado durante casi 25 años?

¡Descansa en paz, hermano y amigo!

Y ahora, cuando seguramente te tiene entre sus maternales brazos nuestra Santísima Madre la Virgen María, a la que amaste con ternura, pide por nosotros: para que ella nos ayude a llegar un día adonde hoy tú estás, en la luz de los bienaventurados, junto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.

## *Enamorado de la Pascua*

### **TESTAMENTO ESPIRITUAL**

---

¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén! ¡Magnificat!

Fui bautizado en el nombre de la Trinidad Santísima; creí firmemente en Ella, por la misericordia de Dios; gusté su presencia amorosa en la pequeñez de mi alma (me sentí inhabitado por la Trinidad). Ahora entro «en la alegría de mi Señor», en la contemplación directa, «cara a cara», de la Trinidad. Hasta ahora «peregriné lejos del Señor». Ahora «lo veo tal cual Él es». Soy feliz ¡Magnificat!

«Salí del Padre y vine al mundo. Ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre». Gracias, Señor y Dios mío, Padre de las misericordias, porque me llamas y me esperas. Porque me abrazas en la alegría de tu perdón.

No quiero que lloren mi partida. «Si me amáis, os alegraréis: porque me voy al Padre». Sólo pido que me sigan acompañando con su cariño y oración y que recen mucho por mi alma.

¡Magnificat! Me pongo en el corazón de María, mi buena Madre, la Virgen Fiel, para que me ayude a dar gracias al Padre y a pedir perdón por mis innumerables pecados.

¡Magnificat! Te doy gracias, Padre, por el don de la vida. ¡Qué lindo es vivir! Tú nos hiciste, Señor, para la Vida. La amo, la ofrezco, la espero. Tú eres la Vida, como fuiste siempre mi Verdad y mi Camino.

¡Magnificat! Doy gracias al Padre por el don inapreciable de mi Bautismo que me hizo hijo de Dios y templo vivo de la Trinidad. Me duele no haber realizado bien mi vocación bautismal a la santidad.

¡Magnificat! Agradezco al Señor por mi sacerdocio. Me he sentido extraordinariamente feliz de ser sacerdote y quisiera transmitir esta alegría profunda a los jóvenes de hoy, como mi mejor testamento y herencia. El Señor fue bueno conmigo. Que las almas que hayan recibido la presencia de Jesús por mi ministerio sacerdotal, recen por mi eterno descanso. Pido perdón, con toda mi alma, por el bien que he dejado de hacer como sacerdote. Soy plenamente consciente de que ha habido muchos pecados de omisión en mi sacerdocio, por no haber sido yo generosamente lo que debiera frente al Señor. Quizás ahora, al morir, empiece a ser verdaderamente útil: «Si el grano de trigo... cae en tierra y muere, entonces produce mucho fruto». Mi vida sacerdotal estuvo siempre marcada por tres amores y presencias: el Padre, María Santísima, la Cruz.

¡Magnificat! Doy gracias a Dios por mi ministerio de servicio en el episcopado. ¡Qué bueno ha sido Dios conmigo! He querido ser «padre, hermano y amigo» de los sacerdotes, religiosos y religiosas, de todo el Pueblo de Dios. He querido ser una simple presencia de «Cristo, Esperanza de la Gloria». Lo he querido ser siempre, en los diversos servicios que Dios me ha pedido como Obispo: Auxiliar de La Plata, Administrador Apostólico de Avellaneda, Secretario General y Presidente del CELAM, Obispo de Mar del Plata y luego, por disposición del Papa Pablo VI, Prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares y finalmente, por benigna disposición del Papa Juan Pablo II, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos. Me duele no haber sido más útil como obispo, haber defraudado la esperanza de muchos y la confianza de mis queridísimos Padres los Papas Pablo VI y Juan Pablo II. Pero acepto con alegría mi pobreza. Quiero morir con un alma enteramente pobre.



Quiero manifestar mi agradecimiento al Santo Padre, Juan Pablo II, por haberme confiado, en abril de 1984, la animación de los fieles laicos. De ellos depende, inmediatamente, la construcción de la «civilización del amor». Los quiero enormemente, los abrazo y los bendigo; y agradezco al Papa su confianza y su cariño.

¡Magnificat! Doy gracias a Dios que, por el Santo Padre Pablo VI, me ha llamado a servir a la Iglesia Universal en el privilegiado campo de la vida consagrada. ¡Cómo los quiero a los Religiosos y Religiosas y a todos los laicos consagrados en el mundo! ¡Cómo pido a María Santísima por ellos! ¡Cómo ofrezco hoy con alegría mi vida por su fidelidad! Soy Cardenal de la Santa Iglesia. Doy gracias al querido Santo Padre Pablo VI por este nombramiento inmerecido. Doy gracias al Señor por haberme hecho comprender que el Cardenato es una vocación al martirio, un llamado al servicio pastoral y una forma más honda de paternidad espiritual. Me siento así feliz de ser mártir, de ser pastor, de ser padre.

¡Magnificat! Agradezco al Señor el privilegio de su cruz. Me siento felicísimo de haber sufrido mucho. Sólo me duele no haber sufrido bien y no haber saboreado siempre en silencio mi cruz. Deseo que, al menos ahora, mi cruz comience a ser luminosa y fecunda. Que nadie se sienta culpable de haberme hecho sufrir, porque han sido instrumento providencial de un Padre que me amó mucho. ¡Yo sí pido perdón, con toda mi alma, porque hice sufrir a tantos!

¡Magnificat! Agradezco al Señor que me haya hecho comprender el Misterio de María en el Misterio de Jesús y que la Virgen haya estado tan presente en mi vida personal y en mi ministerio. A Ella le debo todo. Confieso que la fecundidad de mi palabra se la debo a Ella. Y que mis grandes fechas –de cruz y de alegría– fueron siempre fechas marianas.

¡Magnificat! Agradezco al Señor que mi ministerio se haya desarrollado casi siempre, de un modo privilegiado, al servicio de sacerdotes y seminaristas, de religiosos y religiosas y últimamente de los fieles laicos. A los sacerdotes a quienes, en mi largo ministerio, pude hacerles algo de bien les ruego la caridad de una Misa por mi alma. A todos los agradezco el don de su amistad sacerdotal. A los queridos seminaristas –a todos los que Dios puso un día en mi camino– les auguro un sacerdocio santo y fecundo: que sean almas de oración, que saboreen la cruz, que amen al Padre y a María. A los queridísimos religiosos y religiosas, «mi gloria y mi corona», les pido que vivan con alegría honda su consagración y su misión. Lo mismo les digo a los queridísimos laicos consagrados en la providencial llamada de los Institutos Seculares. A todos les pido que perdonen mis malos ejemplos y pecados de omisión.

¡Magnificat! Doy gracias a Dios por haber podido gastar mis pobres fuerzas y talentos en la entrega a los queridos laicos, cuya amistad y testimonio me han enriquecido espiritualmente. He querido mucho a la Acción Católica. Si no hice más es porque no he sabido hacerlo. Dios me concedió trabajar con los laicos desde la sencillez campesina de Mercedes (Argentina) hasta el Pontificio Consejo para los Laicos. ¡Magnificat!

Pido perdón a Dios por mis innumerables pecados, a la Iglesia por no haberla servido más generosamente, a las almas por no haberlas amado más heroica y concretamente. Si he ofendido a alguien, le pido que me perdone: quiero partir con la conciencia tranquila. Y si alguien cree haberme ofendido, quiero que sienta la alegría de mi perdón y de mi abrazo fraterno.

Agradezco a todos su amistad y confianza. Agradezco a mis queridos padres –a quienes ahora encontraré en el cielo– la fe que me transmitieron. Agradezco a todos mis hermanos su compañía espiritual y su cariño, especialmente a mi hermana Zulema.

Amo con toda mi alma al Papa Juan Pablo II, le renuevo mi entera disponibilidad, le pido perdón por todo lo que no supe hacer como Prefecto de la Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares y como Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos. Dios es testigo de mi absoluta entrega y de mi total buena voluntad. Le agradezco la delicadeza y la bondad de haberme querido nombrar Cardenal Obispo de la Diócesis Suburbicaria de Sabina - Poggio Mirteto.

Renuevo a las queridas Siervas de Cristo Sacerdote, que me acompañaron durante tantos años, toda mi gratitud, mi cariño paternal y mi profunda veneración por su vocación específica, tan providencial en la Iglesia. Las quiero mucho, rezo por ellas y las bendigo en Cristo y María Santísima.

Agradezco a mi querido y fiel Secretario, el R. P. Fernando Végez, Legionario de Cristo, su cariño y su fidelidad, su compañía tan cercana y eficaz, su colaboración, su paciencia y su bondad.

Pido que hagan celebrar misas por mí y rezar por mi alma y las de tantos por quienes nadie se acuerda. De un modo especial quiero que hagan rezar por la santificación de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas y de todas las almas consagradas.

Quiero morir tranquilo y sereno: perdonado por la misericordia del Padre, la bondad maternal de la Iglesia y el cariño y comprensión de mis hermanos. No tengo ningún enemigo, gracias a Dios; no siento rencor ni envidia a nadie. A todos les pido que me perdonen y recen por mí.

¡Hasta reunirnos en la Casa del Padre! ¡Los abrazo y bendigo con toda mi alma por última vez en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo! Los dejo en el corazón de María, la Virgen pobre, contemplativa y fiel. ¡Ave María! A Ella le pido: «Al final de este destierro muéstranos el fruto bendito de tu vientre, Jesús».

Eduardo Cardenal Pironio  
Roma, 11 de febrero de 1996

## LOS TRES TESTAMENTOS DE PABLO VI<sup>1</sup>

---

*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt 16, 16).

*He conservado la fe* (2 Tm 4, 7).

### I

Cuando uno se detiene a rezar ante la tumba de Pablo VI, sale pacificado, con ganas de ser más simple y sincero, con ganas de ser más bueno. Es que nos hace bien su recuerdo y su presencia.

Hacia mucho que nos miraba con ojos de eternidad: ojos tristes por el dolor de los hombres y la preocupación de la Iglesia, pero llenos de esperanza y de luz; buenos como los ojos de un niño que va descubriendo la vida, serenos como los ojos de un anciano que ha llorado sobre el mundo un martirio prolongado, luminosos como los ojos de un profeta que ha contemplado al Invisible y nos señala desde la visión el valor y el camino de la vida verdadera.

Pablo VI nos hacía bien cuando nos miraba; su mirada era un don, una invitación a la paz, una manifestación de Dios; pero al mismo tiempo era un pedido de comprensión en su sufrimiento, de afecto en su soledad, de oración en su ministerio de amor.

Cuando el 6 de agosto de 1978 –¡fiesta de la Transfiguración del Señor!– se nos anunció la noticia de su muerte, nos extrañó la rapidez y el silencio de su partida. Pero no preguntamos cómo ni por qué. Todos lo presentíamos ya; era una dolorosa intuición de nuestro corazón de hijos. Lloramos y dimos gracias al Señor por habérselo dado como padre, hermano y amigo. Nos dolió su partida, nos alegró su llegada, nos consuela la esperanza del encuentro definitivo.

Difícilmente podremos olvidar aquel atardecer del domingo 6 de agosto. La liturgia acababa de celebrar la Transfiguración del Señor: el Señor vino para llevárselo consigo al monte, como a su primer predecesor Pedro de Betsaida (Mt 17, 1), y transfigurarse ante él con su rostro brillante como el sol y sus vestidos blancos como la luz. Pablo VI vio a Jesús, aquella tarde, *cara a cara* (1 Co 13, 12) y para siempre. Partía serenamente al Padre. Nosotros, quedábamos, también serenamente, doloridos. Con una herida muy honda, que sólo puede llenar el calor de una amistad y la certeza de una esperanza. Sólo puede llenar la seguridad de que Pablo VI nos dejó a Dios.

Habíamos celebrado dos acontecimientos: la manifestación de la gloria del Señor y la pascua definitiva de Juan Bautista Montini. Pablo VI sigue viviendo todavía. No sólo en la persona y el mensaje de Juan Pablo II –que se define siempre como su heredero, su discípulo y su hijo–, sino porque sigue llegándonos cada día su imagen serena y su bondad inconfundible. Es el amigo, el hermano, el padre que se ha muerto. No se nos puede prohibir que lo lloremos. Es un modo de oración. Y un modo también de sentirlo más cerca y más adentro.

### II

Pablo VI nos dejó tres testamentos: su profesión de fe en la tarde del 29 de junio de 1978 en San Pedro, su canto a la vida en el testamento espiritual que todos hemos gustado como una meditación y sus exequias.

Las exequias de Pablo VI –tan simples y austeras, tan profundamente vividas por todos, tan colegialmente presididas por la concelebración de todos los cardenales– constituyen un testamento maravilloso. Como para ser leído con los ojos del alma, con el corazón abierto como las páginas del evangeliario que el viento de aquella tarde del 12 doblaba sobre el

féretro depositado sobre el pavimento. Fue su última gran audiencia. ¡Qué silencio en la plaza y en el mundo! ¡Qué honda emoción en todos! ¡Qué incontenible sollozo en los ojos de chicos y grandes, de pobres y ricos, de religiosos y laicos, de sacerdotes, obispos y cardenales! ¡Qué sacudida del alma y qué sereno temblor en los fieles «sediarios» –que tantas veces lo habían llevado con amor en la silla gestatoria– cuando levantaron el cajón para mostrarlo por última vez al mundo entero, y todos los presentes lo saludaron cariñosamente con aplausos, como lo hacían siempre cuando él entraba en la basílica o se despedía en el aula Nervi! Era su modo normal de comunicarse, sin palabras, con sus hijos. Sobre todo en los últimos tiempos era su inconfundible manera de extender sus brazos, de mover sus manos y de «ser llevado» (cf. *Jn* 21, 28). Durante varios días –en Castelgandolfo primero y en la basílica después– nos habló en silencio, nos dio cita a todos, nos curó el alma, nos mandó «mostrarnos a los sacerdotes» (*Mt* 8, 4). Se multiplicaron las misas, se agotaron las hostias, se asaltaron los confesonarios. Fue una verdadera audiencia prolongada, una gran misión, una culminación del Año Santo.

Luego vino la sencillez de su tumba: «Desearía que fuese en la verdadera tierra, con una humilde señal que indique el lugar e invite a cristiana piedad. Nada de monumento para mí». Se respetó su voluntad. Es una predicación continua: constantemente nos revela algo de su grandeza de alma, de su humildad profunda, de su sencillez evangélica. Nos hace bien. Es una reflexión sobre el sentido de nuestra vida y la responsabilidad de nuestra misión, una invitación a pensar en la sabiduría de los pequeños, una exhortación a buscar los valores evangélicos.

Éste es el misterio que nos descubre su testamento espiritual. Vale la pena leerlo en su sencillez y transparencia, sin ningún comentario: *Notas para nuestro testamento* (1965) y *Notas complementarias a mi testamento* (1972). Frente al misterio de la muerte, Pablo VI siente «el deber de celebrar el don de la vida»: con entusiasmo, con alegría, con gratitud. «Señor, te agradezco porque me has llamado a la vida, y todavía más, porque haciéndome cristiano, me has reengendrado y destinado a la plenitud de la vida». Se despide de este mundo no con pena, sino con admiración y reconocimiento. Dios lo puso en él para realizar una misión maravillosa, crucificante y esperanzada. «Cierro los ojos sobre esta tierra dolorosa, dramática y magnífica, llamando todavía una vez sobre ella la divina Bondad».

El testamento espiritual de Pablo VI revela su profundidad interior, su belleza de alma, su sentido del hombre y de las cosas, su sensibilidad humana y familiar, su apasionado amor a la Iglesia, su delicadeza de conciencia, su devoción a María, su seguridad en Cristo, «el vencedor de la muerte». Se llevó muchas cosas que no pudo decirnos: sobre la Iglesia, el concilio, el ecumenismo, el mundo. «Despidiéndome de la escena de este mundo y yendo al encuentro del juicio y de la misericordia de Dios, debería decir tantas cosas, tantas».

### III

Pablo VI, con la simplicidad y transparencia de su alma franciscana, adivinaba ya los pasos silenciosos de «la hermana muerte». La deseaba con amor; no como liberación de su martirio, sino como plenitud de gozo en el encuentro: *Ven, Señor Jesús* (*Ap* 22, 20). Nos tenía acostumbrados a sus presentimientos pascuales. Cada vez hablaba con más certeza y serenidad de su próxima partida: *el Señor viene* (*1 Co* 16, 22). Nos contagiaba la alegría de la llegada: *Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos... El Señor está cerca* (*Flp* 4, 4-5).

Pero fue el 29 de junio –a poco más de un mes antes de su muerte– cuando Pablo VI nos entregó en San Pedro, con plena conciencia de que era su propia síntesis del pontificado, su

testamento doctrinal. Su homilía en la festividad de los Santos Pedro y Pablo tenía sabor a despedida. Había elegido bien la fecha: era el día del papa –por consiguiente, «su día», el día de la conmemoración del XV aniversario de su pontificado, el día de la Iglesia, fundada sobre la piedra angular que es Jesucristo; el día de la fe profesada (Pedro) y de la fe anunciada (Pablo). Era el día de la fidelidad: a Cristo, a la Iglesia, al hombre. Pablo VI sentía que el Señor venía y golpeaba ya su puerta: «el curso natural de nuestra vida se dirige hacia el ocaso».

Con toda sencillez y humildad, con toda claridad y coraje, por amor a la Iglesia, quiso afirmar su indefectible fidelidad. Profundamente impresionado –¡más que nunca esta vez!– por los textos de la liturgia, escucha la confesión de fe de Pedro en Cesarea de Filipo y el testimonio de la misión de Pablo, a Timoteo, desde la cárcel de Roma. Mirándolos a ellos – y sabiendo que es el último y el más indigno sucesor de Pedro–, tiene conciencia de haber repetido incansablemente delante de la Iglesia y del mundo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt 16, 16), y siente que puede gritar con toda tranquilidad, como Pablo: *He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he conservado la fe* (2 Tm 4, 7). Por feliz providencia, esta solemne profesión de fe –*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*– que brota de su corazón cansado de sufrir y amar, la recibe el corazón trepidante de su inmediato sucesor, Juan Pablo I –que la repite «con alegre firmeza» al finalizar su homilía del comienzo de su ministerio apostólico el 3 de septiembre– y llega al corazón esperanzado y joven de Juan Pablo II, que también la proclama al comenzar su homilía en la misa de iniciación de su pontificado, el 22 de octubre de 1978.

Era necesaria esta pública afirmación de fe; no sólo para tranquilizar su conciencia frente al justo Juez (2 Tm 4, 8), a cuyo encuentro se encamina, sino para dar clara respuesta a cuantos no supieron comprender su «sufrido ministerio de amor y de servicio a la fe y a la disciplina».

Pablo VI sufrió mucho. Le tocaron tiempos difíciles; indudablemente, los más difíciles del siglo, si tenemos en cuenta los dolores del mundo y la problemática de la Iglesia. La aplicación del concilio no fue fácil (no lo es todavía); quizá la Iglesia que él había soñado como arzobispo de Milán y Padre conciliar no era todavía la «inmaculada esposa de Jesucristo». No faltaron voces (de derecha o de izquierda) que lo culparan, en esta crisis de la Iglesia, o de exceso de audacia o de falta de coraje. Pareciera que el capitán de la barca tiene siempre la culpa de la furia de las tormentas. Se ha acusado a Pablo VI de haber sido demasiado blando en los abusos en materia de fe, de disciplina, de liturgia. ¡Como si lo más importante no fueran las luces que encendía, las orientaciones doctrinales que daba, el Espíritu que infundía! Hay algo de su magisterio estupendo que no puede ser olvidado: son los discursos de apertura y de clausura de cada uno de los períodos conciliares que le tocó presidir. Recordemos solamente el magnífico discurso sobre *El valor religioso del concilio*, el 7 de diciembre de 1965.

La fidelidad de Pablo VI –a Cristo, a la Iglesia, al hombre– se manifiesta en la profundidad luminosa de su magisterio (encíclicas y exhortaciones, discursos y homilías, catequesis y mensajes, gestos simples y viajes por el mundo entero). Pablo VI era el hombre del silencio y la palabra, de la profundidad contemplativa y del sentido del hombre, del amor a Cristo y de su ministerio de amor al mundo. En su testamento doctrinal, Pablo VI quiso sintetizar su pontificado en dos puntos: conservación de la fe y defensa de la vida humana.

El oficio de un papa –como el de San Pedro, a quien Cristo confió el mandato de confirmar a sus hermanos– es el de servir a la verdad de la fe y ofrecer esta verdad a los que

la buscan. Pablo VI tiene «humilde y firme conciencia» de haber «confirmado a sus hermanos» en la fe (*Lc* 22, 32) y de no haber traicionado jamás «la santa verdad». Buscó sólo al Señor, el bien de la Iglesia, el servicio a los hermanos. Como haciendo un resumen de su magisterio –desde la *Ecclesiam suam* hasta la *Evangelii nuntiandi*–, Pablo VI enumera con sencillez sus principales encíclicas y exhortaciones apostólicas.

Es imposible entrar con profundidad en cada una de ellas. Yo sólo quiero señalar el valor –como testimonio de un hombre que está por partir– de estos tres documentos magníficos del Año Santo: *La reconciliación dentro de la Iglesia* (8-12-1974), *La alegría cristiana* (9-5-1975) y *La evangelización del mundo contemporáneo* (8-12-1975). ¡En el término exacto de un año, tres exhortaciones profundas y aleccionadoras! El Año Santo, presidido por Pablo VI, se abre con una exhortación a la conversión y reconciliación fraterna, se continúa con una invitación pascual a la alegría y se concluye con un mandato misionero para anunciar «la Buena Nueva» de Jesús a los pobres y la liberación a los oprimidos (*Lc* 4, 18).

Podríamos decir muchas cosas sobre Pablo VI: el hombre de espiritualidad profunda y vida interior (hombre verdaderamente contemplativo), el hombre apasionado por la Iglesia, el hombre fascinado por los valores auténticos de la naturaleza, del mundo, de la historia. El hombre del sufrimiento, de la cruz pascual y del martirio. El hombre del amor, la alegría y la esperanza. El hombre de la confianza en Dios. Alguien que supo encontrar a Cristo y amarlo con disponibilidad absoluta. Alguien que supo descubrir al hombre y servirlo con generosidad alegre.

Pablo VI murió el 6 de agosto. Exactamente el día que había firmado –catorce años antes– su encíclica sobre el diálogo en la Iglesia. Las campanas de María acababan apenas de callar después de haber celebrado la alabanza de Nuestra Señora de las Nieves. Cantaban entonces las campanas de la Transfiguración del Señor. Y las campanas de la Pascua de la Virgen –el 15 de agosto– se habían preparado para celebrar la pascua de un hombre que nació en Concessio, sirvió a la Iglesia como sacerdote, obispo y papa y murió en silencio en las colinas de los montes Albanos.

Lo lloró el mundo, lo sintió la Iglesia, lo recibieron en la gloria los bienaventurados. Sobre todo, María, a quien él tanto amó, se sintió feliz de tenerlo cerca en el día de su Pascua. Era el modo más seguro de que los hombres lo sintiéramos Padre. Por eso, María cantó nuevamente el *Magnificat* y nosotros lo cantamos con ella y con la Iglesia.

## NOTAS

1. Tomado del libro «Queremos ver a Jesús», Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1980, pp. 298-306.

## HOMILÍA EN LA MISA POR EL CARDENAL EDUARDO PIRONIO

---

Mons. Lucio Gera

11 de febrero, Catedral de Buenos Aires

### *I. El «Testamento espiritual»*

1. En febrero de 1996, el Card. Eduardo Pironio redactó un Testamento espiritual, que ahora, acaecido ya su fallecimiento, ha sido dado a conocer al público. Este texto había sido precedido por un documento análogo del Papa Pablo VI, quien, alrededor de quince años antes, había redactado también un documento con el mismo nombre de *Testamento espiritual*<sup>1</sup>. Dada la estrecha vinculación que, por oficio y por afecto, existía entre Pablo VI y el Cardenal E. Pironio, no estaría fuera de lugar pensar que este último fue inspirado por el ejemplo de aquel Pontífice, para escribir un documento del mismo tenor. El estilo literario de ambos textos es diferente: el de Pablo VI, hijo de un periodista, tiene una notable brillantez, una cierta exuberancia. En cambio, el escrito del Cardenal se caracteriza por su austeridad, por su decir escueto. El estilo de Pablo VI tenía algo de agustiniano; el del Cardenal Pironio, un sesgo más bien tomista. Ambos estilos tienen, cada uno, su propia belleza, y ambos, como es propio de todo estilo literario, traen a la superficie el fondo de la personalidad de sus autores.

Pero, no obstante la diferencia de estilos y de personalidad, ambos textos contienen analogías de contenido y ponen también de manifiesto la cercanía espiritual existente entre ambas personalidades.

2. La redacción de un «testamento espiritual» está estrechamente ligada a una determinada circunstancia temporal, a saber, al momento en el que la conciencia percibe, aun cuando no fuera la inminencia, sí la cercanía de la propia muerte. Momento en el que la conciencia se sorprende de que la vida haya ya transcurrido, entera o casi entera. Fundamentalmente la vida ya ha sido vivida. El apercibimiento de que el tiempo se acaba y de que se está por llegar a su confín, interpela poderosamente. Es uno de los mayores cuestionamientos que la persona puede hacerse a sí misma<sup>2</sup>. Porque en realidad son dos los desafíos que nos interpelan y cuestionan más poderosamente en la vida: el amor y la muerte, la pérdida del amor y la de la vida, la pérdida del amor recibido y, más profundamente, la del amor inicialmente dado.

Cuando la conciencia nos sorprende con este impacto, puede sobrevenir, como primera reacción, la tentación de distraerse, la de ahuyentar el pensamiento. En cambio, quien decide hacer un 'testamento espiritual' acepta el reto de mirar los ojos de la muerte y de preguntarse, en el atardecer de la vida, cómo acontecerá sobre él el cercano juicio acerca del amor. Esto es lo que observamos en los dos Testamentos espirituales, el de Pablo VI y el del Cardenal Pironio. Ambos han tenido la audacia, una de las últimas audacias que todavía puede tener un anciano<sup>3</sup>.

Esta circunstancia en la que la vida ya se roza con la muerte, es también un momento en el que la luz alterna con la oscuridad. Momento de claridad, porque la conciencia puede tomar distancia de la vida vivida, mirarla en su totalidad, de principio a fin; mirarla no solo en su tamaño temporal, sino también en la calidad de su propia verdad y valor. Pero también de oscuridad porque turba la angustia y perturba la incertidumbre del destino futuro. Paradójicamente es éste un momento de «*peculiar claridad oscura*», al decir de Pablo VI (TE 9), quien sin embargo nos recuerda «*la lámpara (de la fe) que Cristo nos*

*pone en la mano para dar el gran paso*». Claro que también la fe, siendo luz, no deja de ser oscura.

## **II. Diálogo con el Padre**

1. El *Testamento espiritual* en el que el Cardenal Pironio ha expresado su estado de conciencia ante la cercanía de su muerte, está encuadrado, de principio a fin, por la advocación a Dios Trino. Comienza recordando con gozo haber sido bautizado e inhabitado por la Trinidad y concluye impartiendo su bendición en nombre de las tres divinas Personas a todos aquellos a quienes ha recordado en su Testamento. En su punto de partida el TE se sitúa en una atmósfera notablemente mística: *«Fui bautizado en el nombre de la Trinidad Santísima; creí firmemente en ella, por la misericordia de Dios; gusté su presencia amorosa en la pequeñez de mi alma –me sentí inhabitado por la Trinidad–. Ahora entro ‘en la alegría de mi Señor’, en la contemplación directa, ‘cara a cara’, de la Trinidad. Hasta ahora ‘peregriné lejos del Señor’. Ahora ‘lo veo tal cual Él es’. Soy feliz. ¡Magnificat!»*.

El TE no refleja un momento de ensimismamiento dentro de la angustia de la propia soledad ante la muerte; no es un monólogo. Se desarrolla, dentro del marco trinitario, como un diálogo, y, por cierto, un **diálogo con el Padre**. Es una oración, una meditación hecha junto al Padre, una filial y afectuosa comunicación con Dios. Al escribir su testamento el Cardenal Pironio se estaba disponiendo a hacer de su muerte un acontecimiento entre dos: él y Dios. Con el acontecimiento de su muerte él no iría «a ninguna parte», sino a Aquel de donde había venido. Y así lo expresa, apropiándose de las palabras que Cristo dirigió a sus discípulos antes de su partida: *«Salí del Padre y vine al mundo. Ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre»* (TEP 1). En el momento en el que se le hace patente que esta vida, que ha tenido un comienzo, está por llegar a su término, es obvio que él evocara el punto exacto donde se sitúa su origen y su término, su principio y su fin: es precisamente este punto, el del *Alfa* y el de la *Omega*, lo que representa para la fe cristiana la figura paterna de Dios, nuestro Creador pero también nuestra Herencia. Como acabamos de escuchar en la Primera lectura de esta Misa, *«el Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados»* (Rm 8, 17).

También es perfectamente comprensible que, quien en su vida de sacerdote y de Obispo se había destacado por su actitud «paterna» hacia quienes le habían sido encomendados a su cuidado pastoral, recordara, al finalizar su misión, al Padre de los cielos, de quien proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra: *«He querido ser padre, hermano y amigo»* (TEP 2)<sup>4</sup>.

2. En este diálogo el Cardenal Pironio se expresa con el estilo de un himno, como un cántico de alabanza y acción de gracias. Para lo cual se coloca junto a María, dentro de su corazón, como queriendo identificarse con los sentimientos que ella tenía al entonar su *«Magnificat»*: *«¡Magnificat! Me pongo en el corazón de María, mi buena Madre, la Virgen Fiel, para que me ayude a dar gracias al Padre»* (TEP 1). El texto del Testamento cobra de este modo una **inflexión predominantemente mariana**, como fácilmente se puede verificar en el hecho que la expresión *«¡Magnificat! Te doy gracias...»*, dirigida al Padre, es reiterada al comienzo o al fin casi de cada párrafo. Pero, a todos nos es claro, que la inflexión mariana de su TE no hace más que ratificar el tono intensamente mariano de la vida entera del Cardenal. *«¡Magnificat! Agradezco al Señor que me haya hecho*



*comprender el Misterio de María en el Misterio de Jesús y que la Virgen haya estado tan presente en mi vida personal y en mi ministerio. A Ella le debo todo. Confieso que la fecundidad de mi palabra se la debo a Ella. Y que mis grandes fechas –de cruz y de alegría– fueron siempre fechas marianas» (p. 4). «Mi vida sacerdotal estuvo siempre marcada por tres amores y presencias: el Padre, María Santísima, la Cruz».*

3. Hay todavía otro aspecto que muestra la interna coherencia que rige el hecho de que en la etapa final de la vida nuestra conciencia otorgue relieve a la figura paterna de Dios. En el evangelio Dios Padre aparece como la suprema **instancia reconciliadora**: el Padre nos reconcilia consigo y nos convoca a la fraternidad invitándonos a reconciliarnos con los demás hombres. Esta convocatoria cobra una urgencia definitiva en el último tramo de nuestra vida. Ante la cercanía de la muerte se pone particularmente a prueba nuestra capacidad de amor, vivida y expresada en el acto de dar perdón y de pedir perdón. Junto al agradecimiento, la oferta y el pedido de perdón están expresados casi en cada párrafo del TE del Cardenal: «*Gracias, Señor y Dios mío, Padre de las misericordias... porque me abrazas en la alegría de tu perdón*» (TEP 1). «*Pido perdón a Dios por mis innumerables pecados, a la Iglesia por no haberla servido más generosamente, a las almas por no haberlas amado más heroica y concretamente. Si he ofendido a alguien, le pido que me perdone: quiero partir con la conciencia tranquila. Y si alguien cree haberme ofendido quiero que sienta la alegría de mi perdón y de mi abrazo fraterno*» (TEP 5).

### **III. La vida recibida, entregada y esperada**

En el TE aparecen dos grandes temas, que constituyen los motivos de su diálogo y del agradecimiento allí expresado: la vida personal del Cardenal y la misión que en ella se le ha encomendado. En realidad los dos temas coinciden en uno.

1. Agradece **la vida recibida**. A imitación del Padre Creador, el Cardenal Pironio era un intenso «amante de la vida». Aun cuando ya era sabedor del estado terminal de su salud, le escuché reiteradamente hablar de la belleza de esta vida y decir enfáticamente que la voluntad de Dios es que vivamos. Lo expresa también en su Testamento: «*¡Magnificat! Te doy gracias, Padre, por el don de la vida. ¡Qué lindo es vivir! Tú nos hiciste, Señor, para la Vida. La amo...*» (p. 2).

2. Tuvo, no obstante, la experiencia de la cruz. «*Agradezco al Señor el privilegio de su cruz. Me siento felicísimo de haber sufrido mucho. Sólo me duele no haber sufrido bien y no haber saboreado siempre en silencio mi cruz. Deseo que, al menos ahora, mi cruz comience a ser luminosa y fecunda*» (TEP 3). Estas últimas palabras encierran en sí la convicción de que la cruz no es solamente fuente de dolor y amargura, sino que también puede ser tornada luminosa y por lo mismo, fuente de una dimensión de belleza. La misma convicción se oculta detrás del hecho de haber vivido su Cardenalato como una «*vocación al martirio, un llamado al servicio pastoral y una forma más honda de paternidad espiritual*» (TEP 3). No se trata aquí de ‘cruz’ entendida en el sentido de dolor o muerte corporal: ya antes de morir la muerte física de su organismo, el Cardenal Pironio, durante su vida, había muerto la muerte sembrada en su persona por otras formas de cruz. Las formas de cruz que surgen de la convivencia en una Iglesia hecha también de pecadores, que, aunque duelen, no eximen de mantener fielmente una entrega a esa misma Iglesia, a la que se sigue amando en su figura concreta y real. También las formas de cruz que surgen de las exigencias del servicio pastoral que, precisamente por ser servicio, diakonía o ministerio, es entrega. Se trata de la cruz como **vida permanentemente entregada** por quien ha logrado alcanzar la sabiduría de entender que «*el hombre, única creatura terrestre*

*a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»<sup>5</sup>.*

Pero también se trata, en el sentir del Cardenal, de la cruz entendida como muerte corporal. La intuición de la mística fecundidad y de la belleza oculta en el interior de la muerte ha sido expresada por él con las palabras evangélicas de Jesús: «*Quizá ahora, al morir, empiece a ser verdaderamente útil: Si el grano de trigo... cae en tierra y muere, entonces produce mucho fruto*» (TEP 2).

La cruz es aquí entendida no simplemente como mero dolor. Es algo que da significado y valor a la vida. Esto deja traslucir un nivel de significado más profundo: la vida como entrega, ofrenda, don. Lo hemos escuchado hace pocos minutos, en la lectura del evangelio de Lucas: «*en tus manos entrego mi espíritu*». Hacer de la muerte una entrega, un don. Hacer de la muerte un diálogo: de entrega y recepción. No morir sólo en sí y para sí mismo.

Esto, pero también mucho más de lo que acabo de decir, está encerrado en uno de los «ternarios» con que se suele expresar el Cardenal Pironio, y que está contenido en el TE: «*Me siento feliz de ser mártir, de ser pastor, de ser padre*». Se trata del martirio, de la cruz, en vida o muerte, como factor de paternidad, de fecundidad.

3. Durante la celebración de esta Misa hemos leído parte del relato de la muerte y la resurrección de Cristo contenida en el evangelio de Lucas. El relato narra cómo de la muerte surge la vida renovada del Resucitado. Sabemos que el Evangelio no narra eso tan solo como un hecho individual y aislado ocurrido en Jesús de Nazaret, sino como una profecía de lo que ha de acontecer con quienes han puesto su fe en Cristo. Pablo en *1 Co* 15, ha explicitado con fuerte énfasis la trascendencia universal de la muerte y resurrección de Jesús: «*Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron*»; «*si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más desgraciados de todos los hombres!*» (*1 Co* 15, 19-20).

El Card. Pironio ha sido heredero de esta fe y de esta esperanza. Cuando estuvo por morir, la vida recibida y entregada se ha vuelto vida esperada. Lo cual le ha permitido expresar con un nuevo ternario, de un modo sintético, su amplia visión y estima de la vida. Escribe él: a la vida «*la amo, la ofrezco, la espero*». Podemos comentar brevemente estas tres palabras: la amo, porque es hermosa; la ofrezco, porque la entrega es lo que le da sentido y cumplimiento; la espero, porque no se me quita, sino que se me la renueva: *Mutatur, non tollitur*, cantamos en uno de los Prefacios de la Misa.

#### ***IV. La misión cumplida***

Otro motivo de agradecimiento está constituido por la **misión** recibida por el Cardenal; por las diversas tareas que, en virtud de su misión pastoral, le fueron asignadas a lo largo de su vida. Él ha tenido que actuar en ámbitos correspondientes a fieles situados en diversos estados de vida: laicos, personas pertenecientes a la esfera de la vida consagrada, y también sacerdotes o seminaristas.

Diversos estados de vida en la Iglesia que el Concilio Vaticano II diferencia por el hecho de que «*los dones (las vocaciones) del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar testimonio manifiesto del anhelo de la morada celestial y de mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres y así preparen el material del reino de los cielos*»<sup>6</sup>. Estos últimos son los laicos, particularmente

invitados a reunirse en esta celebración eucarística para despedir y dar sepultura al cuerpo de Mons. Pironio.

Los religiosos están llamados a dar de un modo particular testimonio **del tiempo futuro**, en el que, como dice el *Apocalipsis* (21, 4) Dios «enjugará toda lágrima de sus ojos»; tiempo en que ya no habrá lágrimas –no habrá injusticias, ni pobreza, ni violencia, ni muerte, ni soledad, ni abandono–. Para ello, bajo un determinado aspecto, abandonan este mundo presente. Los laicos en cambio, en virtud de su vocación están específicamente ligados al **mundo presente**, el mundo en el que todavía hay lágrimas, el mundo viejo, que aun no ha acabado de «pasar», que necesita ser renovado y transfigurado<sup>7</sup>. Su misión, la de los laicos, es tratar de un modo específico (gestionando los asuntos temporales) de que en el mundo presente haya menos lágrimas. El Cardenal Pironio, debido a ciertos acontecimientos y a algunas designaciones eclesíásticas, se ha visto ligado al ámbito del laicado, particularmente en algunos períodos de su vida. Él mismo lo recuerda con agradecimiento y alegría en su testamento espiritual: «¡Magnificat! Doy gracias a Dios por haber podido gastar mis pobres fuerzas y talentos en la entrega a los queridos laicos, cuya amistad y testimonio me han enriquecido espiritualmente... Dios me concedió trabajar con los laicos desde la sencillez campesina de Mercedes (Argentina) hasta el Pontificio Consejo para los Laicos. ¡Magnificat!» (TEP 4-5).

Posteriormente, consagrado Obispo, participa de la etapa final del Concilio Vaticano II, durante la cual se desarrolló el esforzado debate en torno a la Constitución *Gaudium et spes* acerca de la presencia de la Iglesia en el mundo, tema en el que el laicado ocupa obviamente un lugar central y específico. Posteriores acontecimientos de su vida lo mantienen en la tarea de participar del debate sobre temas de interés prioritario para el laicado: en la II Conferencia del Episcopado latinoamericano, celebrada en Medellín, a partir de la cual, como Secretario y Presidente del CELAM, ha afrontado con otros la tarea de realizar una lectura y discernimiento evangélico del desarrollo y la liberación, de la situación de pobreza y la violencia vigentes en América Latina. Él, de un modo particular, ha cuidado de distinguir sin disociar, la dimensión temporal de la espiritual, tratando siempre de que los ideales y proyectos de promoción humana, desarrollo o liberación, estuvieran arraigados en sus raíces espirituales, morales y teológicas. De allí, junto a Pablo VI, su insistencia en proyectos que atendieran a todo el hombre y a todos los hombres; a proyectos de carácter integral. La tarea de una reflexión teológica sobre estos temas que atañen sobre todo al laicado, ha tenido que continuarla, ampliarla e intensificarla durante su designación como Presidente del Consejo para los laicos. Personalmente pude yo ser testigo de la dedicación y entusiasmo con que primero colaboró, y luego, comentó y difundió, la teología del laicado contenida en la Exhortación postsinodal *Christifideles laici*; teología que él centraba, con particular esmero, en una eclesiología de la Iglesia entendida como «comunidad misionera».

Esta semblanza del Cardenal Eduardo Pironio, visto a través de su *Testamento espiritual*, quedaría seriamente incompleta, si no la concluyera refiriéndome a la frase final de ese escrito.

En algunas conversaciones de estos últimos dos años, nos expresábamos mutuamente que el hecho de estar en el último tramo de nuestra vida nos acercaba a Cristo. En realidad, Cristo está allí nomás, a un paso, y bastaría dar el simple paso de la muerte para encontrarlo, para verlo. ¡Ver a Cristo! ¡Estar con Cristo!, como deseaba San Pablo. El Cardenal Pironio concluye su Testamento expresando precisamente este deseo, de ver a

Cristo, pero expresándolo a través de una oración dirigida a María. Escribe, en efecto, como última frase, lo siguiente: «¡Ave María! A Ella le pido: 'Al final de este destierro **muéstranos el fruto bendito de tu vientre, Jesús**'». Como vemos, el Cardenal ha terminado su *Testamento espiritual* –tal vez, su misma vida– con la oración *Salve Regina* dirigida a María. Podemos sospechar que ésta era la oración con la que concluía cada uno de sus días, a lo largo de esta vida.

## Notas

<sup>1</sup> Pablo VI, *Testamento espiritual. Meditación ante mi muerte*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires 1993. El texto original italiano apareció en *L'Osservatore romano* del 12 de agosto de 1978, pocos días después de su muerte acaecida el 6 de agosto.

<sup>2</sup> Refiriéndose a ese momento dice Pablo VI (TE 7): «Veo que la consideración predominante se hace sumamente personal: yo, ¿quién soy?, ¿qué queda de mí?, ¿adónde voy?, y por eso sumamente moral: ¿qué debo hacer?, ¿cuáles son mis responsabilidades?».

<sup>3</sup> Como expresa el mismo Pablo VI al comenzar su Testamento: «no es sabia la ceguera... ante la misteriosa metamorfosis que está por realizarse en mi ser, ante lo que se avecina», p. 7. La convicción de que la «meditatio mortis» forma parte de la sabiduría pertenece desde antiguo a nuestra tradición cultural latina.

<sup>4</sup> «Me siento feliz de ser mártir, de ser pastor, de ser padre», TEP 3.

<sup>5</sup> Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* 24.

<sup>6</sup> *Const. pastoral Gaudium et spes* 38.

<sup>7</sup> «Y (Dios) enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado... Entonces dijo el que está sentado en el trono: 'Mira que hago un mundo nuevo'... Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin» (*Apoc* 21, 4-6).

## RECENSIONES

### «QUEREMOS VER A JESUS»

---

**(Retiro en el Vaticano, 1974)**

Pironio, Eduardo Francisco; Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1980.

Este libro está dedicado a Pablo VI: «Amigo de dios y contemplativo, que sufría en silencio y nos habló de la alegría, describió el misterio del hombre, tuvo pasión por la Iglesia, y cantó a la vida cuando se abrazaba serenamente a la muerte. El nos enseñó a amar a Jesucristo, a la Iglesia y al hombre.»

Nos cuenta el mismo autor que «poseía solamente los esquemas y las cintas. Se trataba de reconstruirlo todo y escribirlo.» Aquí está el límite principal de este libro: se publica en 1980. Pero cómo no sospechar una posible influencia en Exhortaciones pastorales como *Evangelii nuntiandi* y *Gaudete in Domino*, que aparecieron en 1975? Al pedirle la predicación de este retiro el papa deseaba poner de manifiesto la estima y afecto que sentía por el Cardenal Pironio y la ejemplar labor que desarrollaba, así como también hacer un reconocimiento al episcopado latinoamericano.

El, sin embargo, no puede negar su alegría interior; pero tampoco disimular la profunda experiencia de miedo, sintiendo ganas de gritar con Jeremías: «Ah!, Señor, mira que no sé expresarme, que soy un muchacho...» (Jer 1,6)

No le costó mucho elegir el tema. Conocía demasiado a Pablo VI para saber que el tema de la Iglesia le llenaba el corazón. La expresión «Iglesia de la Pascua» lo resumía todo: una Iglesia de la cruz y la esperanza, de la pobreza y la contemplación, de la profecía y el servicio.

Todo gira alrededor de Jesucristo, que vive y actúa por la fuerza de su Espíritu en la Iglesia. Por eso la continua insistencia en que la Iglesia sea verdaderamente «el sacramento del Cristo pascual». Por eso también la constante invitación a una alegría profunda y a una esperanza inquebrantable que nacen de la cruz.

«Queremos ver a Jesús» (Jn 12,21) es el grito del hombre de siempre y de las nuevas generaciones, que desean «una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual» (M 5,15) donde puedan fácilmente reconocer el rostro de Jesucristo.

Estas meditaciones son el fruto de un momento de plenitud personal y pastoral y «fueron preparadas con el cariño inmenso de un sacerdote que ha vivido ya mucho y siente cada día más hondamente la alegría pascual de su sacerdocio y su ministerio pastoral. Estas meditaciones podrán ayudar a muchos a descubrir mejor a Jesucristo y a amar más profundamente a la Iglesia».

«Quisiera que la publicación de este libro fuera un homenaje, desde mi pobreza, a la memoria de un hombre que iluminó la Iglesia con su doctrina y santidad, amó profundamente a Jesucristo y al hombre, sufrió un largo y profundo martirio interior... Paz a su alma buena! y a nosotros el gozo y la responsabilidad de recoger y vivir con fidelidad su herencia espiritual...» Estas palabras del Cardenal Pironio sobre Pablo VI son tal vez, la mejor expresión de lo que nosotros sentimos por él. El fue sin duda un maestro de oración, porque a su vez tuvo una gran capacidad de amistad y, como sabemos, el amor hace semejantes y pide reciprocidad.

*(Pbro. Manuel Pascual - Buenos Aires)*

## **TALLER PARA PARROCOS**

---

*La Comisión Episcopal de Ministerios de la Conferencia Episcopal Argentina organizó el pasado mes de octubre un «Taller para párrocos» como experiencia piloto, que se repetirá este año en dos oportunidades: del 15 al 19 de junio en Córdoba y del 21 al 25 de septiembre en Pilar (Pcia. de Bs. As.). Para la organización se contó con la colaboración de las Facultades de Teología y Derecho Canónico de la UCA. Participaron 31 presbíteros de 14 diócesis argentinas y una del Uruguay. Quienes estén interesados en participar de estos talleres deben dirigirse al Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros-CEMIN. Suipacha 1034 - 1008 Buenos Aires. Transcribimos a continuación el testimonio de uno de los participantes:*

### **Un testimonio sobre algo muy querido**

Hace tiempo me pidieron escribir algo a modo de testimonio sobre el taller de párrocos que se hizo en el mes de octubre y del que, gracias a Dios, pude participar.

Sin que suene a trabajo especulativo, y con esto correr el riesgo de perder el objetivo inicial que era el de compartir una experiencia, quiero tratar de pensar en voz alta y descubrir (al menos lo creo así) algo que es de Dios.

Hace mucho que empezó a surgir en mí la preocupación por el tema de la Parroquia; no sólo por una responsabilidad directa en la tarea pastoral, sino por una convicción profunda y el discernimiento de un aspecto que últimamente la Iglesia viene reafirmando casi como una opción prioritaria: recuperar, renovar y actualizar la parroquia.

Ya la invitación que me hizo mi obispo me sonó como un signo de Dios en donde se confirmaba ese interés personal, lo cual motivó mi participación.

Respecto al taller en sí me interesaría resaltar algunos aspectos que me parecieron muy importantes y que fueron como el núcleo del mismo:

1. **Integralidad:** El tema fue abordado de una manera interdisciplinaria, en donde la teología iluminó esta realidad pastoral, sobretodo desde uno de los aspectos más importantes de este tiempo: la eclesiología de comunión; y desde la opción más significativa del hoy: la nueva evangelización, la actitud renovada de salir al encuentro de todos, para anunciar a Jesús y promover al hombre. Pero además tuvimos la posibilidad de realizar la experiencia de relaciones interpersonales que de hecho se dan en nuestra tarea pastoral parroquial y que muchas veces no sabemos realizar, sea por deformación ministerial (ciertos conceptos de autoritarismo, de individualismo, etc.), sea por trabas afectivas. Resultó muy rica la comunicación entre los párrocos que formamos parte del taller, variedad de lugares, de formación, de edades.

2. **Profundidad:** Este punto es uno de los que más rescato; tanto en la organización, en donde se vio preparación, esfuerzo, claridad de objetivos y sobre todo seriedad; pero además se quiso trabajar con hondura, con el deseo de realizar un trabajo fuerte para aprovechar tanto el tiempo como las personas que acompañaron esta tarea.

3. **Eclesialidad:** Todo el taller respiró este espíritu: ser un encuentro de Iglesia; pensar, hacer y orar en Iglesia, sabiendo que el principal destinatario de todo el trabajo era todo el Pueblo de Dios que recibe la tarea ministerial de sus presbíteros, y que debe ser lo mejor posible. Esta visión de Iglesia también se percibió en la diversidad de origen de los participantes; éramos de muchas diócesis que tuvimos la posibilidad de intercambiar ideas, experiencias, inquietudes y pensar juntos aportes y propuestas pastorales.

No quiero dejar pasar esta oportunidad para agradecer a todos los que hicieron posible este taller: organizadores, panelistas, expositores y colaboradores de todo tipo; como además invitar a quienes lleguen a leer esto a que se comprometan a seguir pensando una parroquia renovada para una evangelización nueva. Sea participando de estos talleres (cuando se los invite) como con cualquier iniciativa que en comunión con otros se puedan hacer.

***(Pbro. Guillermo Federico Bido - San Martín)***